



"El saber de mis hijos
hará mi grandeza"

Universidad de Sonora
División de Humanidades y Bellas Artes
Departamento de Letras y Lingüística

Los Episodios nacionales mexicanos de
Victoriano Salado Álvarez. Una lectura positivista.

T E S I S

**QUE PARA OBTENER EL
GRADO DE MAESTRO EN
LITERATURA HISPANOAMERICANA**

Presenta

Antonio de Jesús Moreno Jiménez

Director

Dr. Gerardo Francisco Bobadilla Encinas

Hermosillo, Sonora.

Febrero de 2015.

Universidad de Sonora

Repositorio Institucional UNISON



**"El saber de mis hijos
hará mi grandeza"**



Excepto si se señala otra cosa, la licencia del ítem se describe como openAccess

Para Yoreme con todo mi corazón por enseñarme una variante infinita del amor.

Para *Estefanía* que sigue presente y ha llegado en una nueva manifestación.

Con admiración para mis papás por su ejemplo de responsabilidad y amor; con fraternidad para mis hermanos por sus enseñanzas y paciencia; con cariño para mis sobrinos; con respeto para la familia; con agradecimiento para mis compadres y ahijados.

Para todos los amigos y conocidos que a lo largo de la vida me han dejado múltiples enseñanzas y siguen demostrándome que día con día se debe aprender algo; así como para los profesores de la Universidad de Sonora y de la Universidad de Guadalajara, quienes me tendieron su mano en este proceso para llevarlo a buen puerto.

Índice.....	3
Introducción.....	4
I. El carácter liminal de los Episodios nacionales mexicanos de Victoriano Salado Álvarez.....	8
I.1. Unas palabras sobre Victoriano Salado Álvarez.....	9
I.2. Historia y literatura: la novela histórica.....	14
I.3. La liminalidad de los Episodios saladinos.....	17
I.4. México y la aplicación del positivismo.....	27
I.4.1. El positivismo.....	30
I.4.2. Importación del positivismo a México.....	35
I.4.3. La ley de los tres estadios.....	42
I.4.3.1. Los tres estadios y el devenir mexicano.....	46
I.4.3.2. Díaz, representante del tercer estadio (orden científico-industrial).....	48
II. Episodios nacionales mexicanos: una lectura positivista.....	51
II.1. De Santa Anna a la Reforma: el ocaso del estadio teológico.....	52
II.2. La particularidad mexicana en los Episodios saladinos: un estadio híbrido, a caballo entre el teológico y el metafísico, antecedente del estadio positivo.....	71
II.3. El estadio positivo: la realidad porfiriana.....	86
Conclusiones.....	102
Referencias.....	105

Introducción.

Los *Episodios nacionales mexicanos* de Victoriano Salado Álvarez no han recibido la atención debida por parte de la crítica literaria. Son contados los estudiosos que se han dado a la tarea de leer íntegramente las cerca de 5 mil cuartillas que componen este ciclo novelístico; número menor es el de aquellos que le han dedicado una mirada profunda a esta obra.

Para ahondar en la cuestión, quienes han abordado los *Episodios* saladinos han privilegiado el estudio de la primera serie de este ciclo, mismo que está compuesta por seis novelas bajo el título “De Santa Anna a la Reforma”, y han dejado en el olvido a la segunda, de siete novelas y denominada “La Intervención y el Imperio”. A lo largo de nuestras indagaciones, no nos fue posible rastrear alguna investigación que los abordara de manera integral.

El desconocimiento de la obra de Salado Álvarez se debe, probablemente, a dos razones: sus pronunciamientos a favor del régimen porfirista, una vez que el mismo fue derrocado por la Revolución, y la monumental extensión de los *Episodios nacionales mexicanos*, su obra más lograda y que retrata el acontecer de México entre los años 1851-1867, por ende, una de las partes cimera de la historia del liberalismo decimonónico mexicano.

En virtud de que no se han agotado las posibilidades de estudio de los *Episodios* de Salado Álvarez, nuestro trabajo cobra validez al analizar de manera novedosa e integral este ciclo novelístico, el cual interpretamos como el tratamiento literario de la ley de los tres estadios de Augusto Comte, en atención al contexto mexicano, es decir, nuestra hipótesis contempla que los *Episodios nacionales mexicanos* llevan a cabo la ficcionalización de momentos históricos mexicanos que pueden equipararse a los estadios teológico, metafísico y positivo. Como se puede intuir, nuestro abordaje de este problema no es íntegramente literario, sino que proponemos un acercamiento híbrido, ya que utilizaremos categorías de análisis históricas y literarias, lo que nos permitirá sustentar la presencia del discurso positivista en los *Episodios* saladinos.

En torno a los *Episodios nacionales mexicanos* se han hecho estudios acerca de la polifonía narrativa, el conflicto educativo, la relación entre Historia y literatura, la

autobiografía, entre otros elementos, pero enfocándose sólo a la primera serie o a alguna de las novelas que integran ésta, con esto, queremos refrendar que no existen estudios que tomen en cuenta a los *Episodios nacionales mexicanos* como unidad, tal como lo proponemos.

Desde nuestra visión, existe un nexo innegable entre Historia y literatura, por lo que nos corresponde indagar alrededor de esta relación y hacer patentes algunas conceptualizaciones que nos permitan cimentar de manera firme nuestra investigación.

A pesar de que han existido repetidos intentos por recalcar el supuesto carácter inmanente del texto literario,¹ consideramos que estos esfuerzos no han logrado su cometido y han quedado en meras tentativas para sustentar un textualismo que olvida que la literatura, ante todo, es “una práctica social” (Franco, 1988: 14), en la que es posible rastrear “huellas de la sociedad” (Negrín, 1993: 174), con esto, declaramos que no es posible deslindar a una obra literaria del contexto en el que surge,² principalmente si se trata de una novela histórica o de un ciclo novelístico como el conformado por los *Episodios* saladinos.³

Para llevar a buen puerto nuestra investigación en torno a Historia y literatura, haremos uso de algunos de los postulados presentes en la Sociología de la Literatura, específicamente de la corriente sociocrítica –cuyos principales centros de difusión se ubican en Francia (Montpellier y París), Bélgica (Bruselas), Costa Rica (Universidad de Costa Rica), Canadá (Montreal), Estados Unidos (Pittsburgh)⁴ y México (Universidad de Guadalajara)–, que consistiría en un método de análisis sociológico que sirve no sólo para el estudio de obras literarias, sino que va más allá, ya que también puede ser aplicado para el cine, la música,⁵ las obras plásticas, productos de la cultura de masa como los cómics, así como la identidad y la cultura en general.⁶

¹ Hablamos específicamente de las corrientes formalistas y estructuralistas, que se limitan a estudiar el texto como tal, dejando de lado las condiciones en las que surgió o lo referente a la recepción del mismo.

² “Explicar una obra y no sólo comprenderla implica descubrir y describir la estructura mayor en que la estructura significativa que se estudia tiene una función. El supuesto teórico aquí presente es que toda creación cultural debe estudiarse en relación a la vida global de la sociedad y que existe una íntima vinculación entre las leyes que rigen la creación cultural y las que regulan el comportamiento social y económico.” (Montés, 2012: 164)

³ El subgénero de la novela histórica goza de gran aceptación entre los lectores principalmente por la referencialidad que conlleva, además de que la apropiación y reelaboración del discurso histórico puede llegar a tener una función didáctica o reflexiva: “La novela histórica es una forma narrativa, es otra forma de expresar una posible realidad, una interpretación particular del pasado a través del artificio de la ficción, es pues donde convergen dos géneros en armonía.” (Mitlich, 2010: 20)

⁴ Cfr. Palomera, 1990.

⁵ Cfr. Mora, 1988.

⁶ Cfr. Morán, 2007.

La sociocrítica no tiene una definición terminante, pues son variados los acercamientos que se dan desde esta perspectiva.⁷ Para los análisis sociocríticos, lo fundamental radica en dilucidar la relación que se da entre el texto y la sociedad, el rastreo de marcas textuales que permiten una lectura social, y la presencia de diversos discursos y de los sujetos transindividuales, lo que permite conocer el contexto sociohistórico y el momento de escritura.

Coincidimos con la idea de Yilian-Castro, específicamente en su propuesta en torno a la relación recíproca que se forja entre la sociología y la literatura:

Entre la sociología y las obras literarias pueden [*Sic.*] establecerse una relación de reciprocidad en primer lugar de lo general de la obra literaria se pueden desprender conclusiones sociológicas. En segundo lugar de los contenidos sociológicos profesionales se pueden derivar formas peculiares de valoración de las obras. (Yilian-Castro, 2012: 306)

A diferencia de la postura desarrollada en la sociología de la literatura, que entiende a los textos literarios como documentos, como espejos de la realidad, la sociocrítica se enfoca en los discursos presentes, así como en la forma de los textos, por lo que imposibilita la función especular de la literatura, aunque sí aprecia al texto como un reflejo mediatizado.⁸

Nosotros coincidimos con la idea de que la sociocrítica es una corriente que permite ciertas libertades para abordar las obras literarias desde un paradigma no exclusivamente literario, sino híbrido, incluyente, a través del cual será posible sustentar la hipótesis de que los *Episodios* saladinos son la realización literaria de los tres estadios comtianos:

Es esto lo que la sociocrítica –en todo su aparente caos, y que, en última instancia, constituye una especie de permiso para salirnos de nuestra disciplina y abordar el estudio de lo que se nos venga en gana desde las disciplinas que el mismo objeto requiere– puede ayudarnos a lograr, con una perspectiva probablemente ingenua pero integradora, que parte de la complejidad y conduce a su comprensión. (Moran, 2007: 21)

⁷ “No es una, entonces, sino varias, las sociocríticas que se están desarrollando. Lo que reúne a los distintos sociocríticos es un mismo concepto de abordar la relación entre texto y sociedad, entre obra de arte e ideología, una reflexión de idéntica índole sobre el paso de un nivel a otro.” (Palomera, 1990: 8)

⁸ “En otras palabras, el texto no puede ser un espejo fiel de la realidad, sino un reflejo mediatizado, condicionado, filtrado por la posición personal y de clase del escritor en el proceso histórico, es decir, su ideología. Además, el texto tiene una coherencia interna capaz de convertirlo en un modelo de la realidad. Esto explica, por ejemplo, el objeto de algunas ciencias como la sociología o la psicología de la literatura, que buscan en el texto principalmente ejemplificaciones de una forma de mundo.” (Mbarga, 2004: 42)

Nuestra investigación está integrada por dos capítulos, el primero de los cuales se intitula “El carácter liminal de los *Episodios nacionales mexicanos* de Victoriano Salado Álvarez”. Ahí, expondremos algunos elementos biográficos sobre el autor jalisciense, la relación entre Historia y literatura, así como el caso específico de la novela histórica, además de analizar el carácter de liminalidad que le conferimos a esta obra, pues consideramos que navega entre las aguas de la Historia y la ficción.

También en este capítulo, hablaremos respecto al contexto en el que aparecieron las trece novelas que integran este ciclo, momento histórico que estuvo ampliamente dominado por el positivismo, por lo que también haremos un recuento respecto a este sistema filosófico, su importación a México, así como un elemento primordial para nuestra investigación: la ley de los tres estadios de Augusto Comte, las particularidades de cada uno de estos, así como su “aplicación” al entorno nacional.

“*Episodios nacionales mexicanos: una lectura positivista*” es el título del segundo capítulo, en el cual argumentaremos que la primera y la segunda serie de los *Episodios*, respectivamente, son representaciones literarias tanto del estadio teológico como del estadio metafísico, en términos de lo planteado por Comte.

El estadio positivo comtiano corresponde a la propia realidad del Porfirismo, por lo que ya no era necesario un tratamiento literario al respecto, es decir, el entorno que rodeaba al lector –un supuesto bienestar, así como la pretendida armonía que caracterizó al régimen de Díaz– contrasta con el estado de caos previo que es posible encontrar en las dos series de *Episodios*.

Con esto, podemos dar paso a nuestro trabajo, dejando en claro que aún hay muchas cosas que decir en torno a los *Episodios nacionales mexicanos*, pues es una obra rica en contenidos y sobre la cual aún faltan análisis que permitan su pleno rescate y la coloquen en el lugar de privilegio que le corresponde en la historia de la literatura mexicana.

Esta investigación es sólo un pequeño esfuerzo en la búsqueda de la reivindicación de una obra y un autor que no merecen el olvido, sino el reconocimiento y la difusión, el cual se alcanzará logrando que tenga más lectores y estudiosos.

Capítulo I.

El carácter liminal de los *Episodios nacionales mexicanos* de Victoriano Salado Álvarez.

El concepto de liminalidad lo retomamos de las ciencias sociales. Éste fue propuesto por el antropólogo francés, de origen alemán, Arnold Van Gennep, quien lo vincula con los ritos de paso.

Van Gennep expone que al interior de un grupo social existen momentos en los que algunos individuos son sometidos a un cambio, una transición, misma que les permitirá adquirir un nuevo status en la sociedad. Un ejemplo claro podría ser la entrada a la edad adulta. Siguiendo este modelo, se considera que los individuos que participan del rito de paso atraviesan por tres estadios: el preliminar –donde se les separa de la comunidad, lo que puede simbolizar una suerte de muerte para el grupo social, principalmente de lo que representaban hasta ese momento: infantes a los cuales se debe proteger y resguardar–, el liminal –momento en el que se da inicio a una nueva etapa, es decir, hay una *tabula rasa*, pues se cruza una especie de umbral que le permitirá al iniciado allegarse de nuevos conocimientos y tener nuevas responsabilidades– y el postliminal –en el que los individuos son reincorporados a la sociedad, misma que les reconoce su nuevo status de madurez–.

En nuestra investigación, postulamos que los *Episodios nacionales mexicanos* pueden ser caracterizados como una obra liminal, pues en el momento de su escritura, Salado Álvarez se empeña en darles visos de verismo, no obstante el proceso de ficcionalización al que somete al material histórico que le sirve de base. Así, los *Episodios* navegan entre las aguas de la historia –que vendría a ser el momento preliminar, el material base para la narración– y la literatura –estadio postliminal–, no obstante el hecho de que algunas editoriales no catalogan a esta obra como material literario, puesto que es claro que tiene los elementos que permiten su inclusión en el subgénero de la novela histórica.

Parte de nuestro interés por esta obra, compuesta por trece novelas divididas en dos series, nació cuando nos percatamos que un par de editoriales de renombre no la catalogan como literatura. Nos referimos al Fondo de Cultura Económica, que inserta los *Episodios nacionales mexicanos* en su sección de Obras de Historia, y a la Editorial Porrúa, que la coloca en la serie que abarca crónicas, relatos mitológicos, ensayo e historia de su colección

“Sepan cuántos...”. Esta ambigüedad en torno a los *Episodios* nos parece sintomática del carácter liminal que le asignamos en este análisis.

Antes de dar paso a nuestra argumentación respecto al carácter liminal de los *Episodios* saladinos, nos gustaría aportar alguna información sobre nuestro autor, pues sin duda ello nos permitirá comprender las razones que no han permitido una plena valoración de la obra de este escritor de entre siglos (XIX y XX).

I.1. Unas palabras sobre Victoriano Salado Álvarez.

El 19 de junio de 1867 es la fecha en la que se fusiló a Maximiliano de Habsburgo, archiduque de Austria, en el Cerro de las Campanas, Querétaro. Este personaje, proclamado emperador de los mexicanos, fue ejecutado junto a dos de sus principales lugartenientes, Tomás Mejía y Miguel Miramón. Este acto, al cual siguió la entrada de Benito Juárez a la ciudad de México –el 15 de julio del mismo año– coronó la empresa liberal de acabar con el partido conservador. La República estaba restaurada.

En 1867 –que en palabras de Benito Juárez fue el año en que se vio “consumada por segunda vez la independencia de nuestra patria”⁹–, sólo unos meses después, específicamente el 30 de septiembre, nacía en Teocaltiche, Jalisco, Victoriano Salado Álvarez, una de las personalidades más destacadas en el ámbito cultural en el ambiente finisecular, cuya buena estrella y una fama ganada a pulso gracias a las capacidades de su pluma lo proyectarían en los albores del siglo XX al mundo de la política, junto al grupo de *Los Científicos*, para después ser devorado, junto con todo el aparato gubernamental porfirista, por el proceso revolucionario.

Salado Álvarez pasa la primera parte de su vida en el occidente del país, principalmente en el foco cultural de la región, Guadalajara, donde tiene sus primeras experiencias periodísticas –labor que no abandonó el resto de su vida y que, en las épocas que vivió exiliado, le aseguró una entrada económica que le permitió sobrevivir–¹⁰. De joven,

⁹ “Discurso de Juárez al triunfo de la República, 15 de julio de 1867”. <http://www.senado2010.gob.mx/docs/cuadernos/documentosReforma/b15-documentosReforma.pdf> [Consultado el 9 de noviembre de 2013]

¹⁰ Respecto al andar periodístico de nuestro autor, se sugiere revisar la tesis de Margarito Arciniega que aparece en las referencias de esta investigación.

tuvo una vacilación respecto a perpetuar la tradición familiar relacionada con las leyes, pues estuvo cerca de decidirse por estudiar medicina, pero finalmente opta por ingresar al mundo jurídico, en el que posteriormente será una eminencia.

Desde su estado natal empieza a forjarse un lugar en el mapa literario de la época: realiza sus pininos poéticos y da comienzo a una fructífera producción periodística, la cual aborda temas diversos, lo que habla de su vocación humanista, consolidada por una labor plenamente filológica: “En las colaboraciones saladistas podemos admirar al periodista versátil: escribe artículos que sorprenden por su forma y contenido, traduce obras de autores franceses, italianos e incluso los compara señalando coincidencias, errores y diferencias entre ellos.” (Arciniega, 2005: 131)

A la par, desarrolla una intensa labor de crítica literaria, motivo por el cual se enreda en una polémica intensa con Francisco Olaguíbel, Amado Nervo y Jesús E. Valenzuela, en la que Salado defendía la tradición nacionalista, muy apegada a modelos hispánicos, mientras que los modernistas referidos abogaban por la universalidad y los modelos adaptados del decadentismo francés. Los textos que el teocaltichense escribió al respecto, junto con otros artículos, aparecen en el libro *De mi cosecha* (1899), editado en Guadalajara. Después y también impreso en la capital de Jalisco, aparece el cuentario *De autos* (1901), con lo cual se empieza a develar la capacidad saladiana para abordar diversos géneros literarios, misma que explotará al máximo en su obra cumbre, los *Episodios nacionales mexicanos*.

Posteriormente, a comienzos del siglo XX, Salado Álvarez arribó a la ciudad de México, hecho que será determinante para su vida y obra. En la capital, entra en contacto con el grupo que opera los hilos del porfirismo, “Los Científicos”, a través del cual ingresa en el mundo de la política, donde alcanzará cargos relevantes como una senaduría suplente y diputaciones, casualmente una de ellas representando al distrito de Magdalena, Sonora, lugar que probablemente nunca conoció, pues no se tiene noticia de algún viaje a la región.

Durante sus andanzas, conoce al “grande hombre”, Porfirio Díaz, quien llega a fungir, así como otros milicianos, como informante para la redacción de la segunda serie de los *Episodios nacionales mexicanos*:

En tales ocasiones Salado Álvarez no hablaba con simples veteranos de guerra, sino con el Presidente de la República, un hombre que había servido ejemplarmente a la patria, pero también la persona con un poder casi total.

Dudo que estas entrevistas con Porfirio Díaz hayan sido benéficas para el desarrollo de los episodios, ya que en la segunda parte pierden mucho de su carácter épico para convertirse en un reiterado elogio a Porfirio Díaz, que en no pocos momentos incomoda al lector, sobre todo en la novela homónima, aparecida en 1905, junto con *Ramón Corona*, que indudablemente es una obra muy superior. (Mata, 2010: 50)

Cabe hacer mención que la segunda serie de *Episodios* está dedicada a un prominente “científico” –Pablo Macedo–, y la primera tuvo dedicatoria para el propio Díaz e Ignacio Manuel Altamirano, lo que constituye una declaratoria de las convicciones políticas y literarias nacionalistas que abanderó nuestro escritor.

Uno de los *científicos* que más influirá en el destino de Salado fue el chihuahuense Enrique Creel, quien lo llevó a su tierra natal para que ocupara la Secretaría General de Gobierno, en 1906. Ahí, el jalisciense promueve diversas medidas en contra del alcoholismo y a favor de la instrucción pública, además de que realiza ciertas tareas etnohistóricas, para lo cual le solicita a Amado Nervo, que en ese entonces se encontraba en España, información del Archivo de Indias.

Desgraciadamente, las tareas que le llegan con sus nuevas responsabilidades administrativas provocaron una mengua en la calidad de su magno ciclo novelístico, ya que en un principio se dedicó de tiempo completo al mismo, recibiendo un peso por cuartilla escrita de parte del editor Santiago Ballescá, quien le comisionó la tarea de escribir esta obra, no así cuando tuvo que partir al norte, donde dividió su tiempo entre las tareas de gobierno y los oficios literarios. (Vital, 2002: 101-102)

Salado Álvarez continúa laborando para el régimen y se convierte en diplomático, en parte por las gestiones de Creel, quien al ser nombrado embajador de México en Washington, pide que Victoriano sea parte de su equipo, pero también gracias al favor de Porfirio Díaz, quien tenía de su lado a los pensadores de la época, conformando una suerte de Estado Mayor Intelectual, el cual desempeñaba un papel mucho menos relevante que el ejercido por sus antecesores de la Reforma.

Una vez en el servicio exterior, Salado destaca por el buen desempeño de las tareas de representación que se le asignan en los Estados Unidos de América, Guatemala, El Salvador y Brasil, así como en otras misiones, como ser presidente de la Delegación mexicana que acudió a la IV Conferencia Panamericana, realizada en 1910, lo cual le

permitió empaparse del acontecer político en Hispanoamérica y darse cuenta del control que los norteamericanos ejercían sobre diversas naciones del continente.

En medio del fárrago revolucionario, la carrera política del teocaltichense llega al punto máximo, pues posicionado en la subsecretaría de Relaciones Exteriores, con la renuncia del secretario Francisco León de la Barra y Quijano, Salado asciende a la titularidad de dicha Secretaría, antes de partir a desempeñar otra comisión diplomática.

La etapa álgida del proceso revolucionario conllevó la disolución del cuerpo de representantes en el extranjero, por lo que Victoriano Salado, una vez que recibió la notificación referente a que debía dejar Brasil, para trasladarse a Argentina, donde sería ministro de México, espera instrucciones que son confusas, contradictorias y que marcan el inicio de una época difícil para él, debido a su innegable adhesión al régimen caído.

La buena estrella que hasta este momento había iluminado el sendero político de nuestro escritor ha perdido su brillo, muestra de ello el hecho de que Venustiano Carranza obstaculice su retorno al país, debido al rencor por una antigua rencilla que aconteció cuando coincidieron como diputados en el Congreso de la Unión, por lo cual Salado se autoexilia en Europa y Estados Unidos, aproximadamente de 1914 a 1921.

Esta racha de mala suerte se prolongará hasta su muerte en 1931, debido a que choca con los presidentes Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles, tanto por sus convicciones políticas, estancadas en el porfirismo y expresadas en diversos medios de comunicación, como por su credo católico, el cual estaba censurado en la época callista, por lo que el ser sorprendido en una eucaristía clandestina fue el pretexto para que las autoridades lo expulsaran del país, etapa de exilio “que vivió con la ejemplar dignidad que siempre lo distinguió, ganándose el pan con la pluma.” (Mata, 2010: 40)

La lectura de su discurso de entrada a la Academia Mexicana de la Lengua, en septiembre de 1923, representa un respiro en medio de esta situación adversa, pero no es suficiente, pues José Vasconcelos se niega a devolverle su cátedra en la Escuela Nacional Preparatoria. No obstante las trabas gubernamentales, también se incorporará a la Academia Mexicana de la Historia, lo que demuestra que su autoridad intelectual seguía con vida, ejemplo de ello su labor como profesor en un ámbito que dominaba, como lo era el marco jurídico internacional, gracias a su amplia experiencia como diplomático durante la etapa del régimen porfirista. (Rojas, 1968: 585)

Victoriano Salado, en palabras de Alberto Vital, un intelectual orgánico del Porfiriato (Vital, 2002: 91), nunca renegó de su filiación al régimen desaparecido, lo cual puede ser una motivación para que, de ser uno de los polígrafos humanistas con mayor realce en su tiempo, haya sido relegado al olvido por las generaciones que le sucederían.

Un nostálgico Salado decidió sobrevivir al Porfirismo, añorándolo, configurándose como un hombre del “Tiempo Viejo”, un caballero del antiguo régimen, un porfirista de siempre, como le han llamado estudiosos como Oscar Mata y Alberto Vital.

Mata reseña que Victoriano Salado sí es mencionado en algunas historias literarias publicadas en fechas próximas a su fallecimiento o aparecidas aún cuando vivía, entre ellas las de Juan B. Iguiniz, Julio Jiménez Rueda y Carlos González Peña, pero posteriormente su obra va perdiendo vigencia y no es tomado en cuenta por otros especialistas que compilan el acontecer literario, sin importar que su personalidad haya alcanzado los altísimos vuelos que logró y sea un reflejo del intelectual que se incorporó a una forma de gobierno, además de configurarse como un puente entre las tradiciones de los siglos XIX y XX. Hoy en día, su nombre no hace eco entre la mayor parte de los académicos, ni siquiera remite a una vaga referencia. Está olvidado, no sólo eso, sino que es despreciado, a pesar de que en el Centenario de su nacimiento, su paisano jalisciense, José Luis Martínez, hizo un llamado para que se revalorara su producción.

A pesar de ser un humanista encomiado¹¹ y hombre de sagaz conversación sobre las temáticas más diversas, a tal grado que se le conocía con el apelativo de *Tertuliano*, la obra de Salado Álvarez no ha recibido el indulto por parte de la crítica, principalmente por su indisoluble lazo con el Porfirismo, aunque este elemento contextual no le resta mérito a la configuración estética de sus diversas producciones.

Es una lástima el desconocimiento que circunda la obra saladina, principalmente por el hecho de que los *Episodios* son probablemente uno de los retratos más logrados en torno

¹¹ Abordó otros géneros y asuntos, entre ellos temas históricos, lingüísticos, sociales, muestra de ello sus obras: *Breve historia de algunos manuscritos de interés histórico para México que se encuentran en los archivos y bibliotecas de Washington* (1908), *La conjura de Aaron Burr y las primeras tentativas de conquista de México por americanos del Oeste* (1908), *Lista de documentos que acerca de México se encuentran en los archivos y Bibliotecas de Washington* (1908), *Sobre la inmoralidad de la literatura* (1909), *El tratado de Florida y los límites de Texas* (1913), *La guerra de Texas y la Esclavitud* (1916), *Méjico peregrino. Mejicanismos supervivientes en el inglés de Norteamérica* (1908, posteriormente sería su discurso de entrada a la Academia Mexicana de la Lengua), *La vida azarosa y romántica de Don Carlos María de Bustamante* (póstuma, aparecida en 1933) y otras más que compilan parte de sus trabajos, destacando *El agrarismo, ruina de México y México en tierra Yanqui*, quedando por rescatar muchas publicaciones.

al triunfo liberal, configurándose como la épica de esa etapa histórica, por lo que este trabajo pretende seguir la línea de algunos estudios que se han realizado para recuperar y ponderar correctamente esta obra.

I.2. Historia y literatura: la novela histórica.

La literatura y la Historia mantienen diversos puntos de contacto. Consideramos que entre ellas se verifica una relación de reciprocidad, puesto que comparten personajes, contenidos y motivaciones, aunque sus objetivos sean por completo contrastantes, ya que una apunta a una finalidad estética y la otra a una de orden científico.

El caso particular de la novela histórica es uno de los espacios donde la confluencia entre ambas es más notoria, es decir, donde los límites son eclipsados, llegando a realizarse una simbiosis, ya que cada una obtiene beneficios de esta concurrencia.

Para efectos prácticos, utilizaremos esta definición planteada por Antonio Gómez Rufo: “una novela histórica es una historia de ficción que, aprovechando un acontecimiento histórico o la vida de un personaje del pasado, crea una trama novelística con una finalidad de entretenimiento o de reflexión.” (Gómez en Morales, 2006: 54).

Una de las voces más autorizadas para hablar de este subgénero literario es el teórico Georg Lukács, quien en su estudio *La novela histórica* puntualiza que, si bien es cierto, la novela de tema histórico está presente desde los siglos XVII y XVIII, el surgimiento de la novela histórica como tal se dará hasta la centuria XIX, de la mano del escritor británico Walter Scott, teniendo en cuenta que lo que se busca en este subgénero literario es el tratamiento literario de los momentos críticos de la historia.

Lukács enlista tres elementos respecto al porqué del fuerte impulso que se le dio a la novela histórica en el siglo XIX: el nacionalismo, pues se traen a la mente momentos de esplendor; la historia y las masas, a manera de propaganda en los grandes ejércitos; y la noción de progreso.

Este teórico hace alusión al “héroe mediocre”, personaje que tiene la capacidad para conocer y exponer las situaciones que se viven en los diversos bandos que se enfrentan en los episodios históricos climáticos, además de que indica que la novela histórica no irrumpe en la vida privada ni se inmiscuye en el origen de los personajes históricos, puesto que es a

través de los personajes ficticios que se debe lograr la exposición de los conflictos de la época, ya que “en el momento preciso, el personaje emergía como respuesta a las necesidades populares”. (Barrientos, 2001: 16) Parte de la intención de los novelistas históricos radica en lograr condiciones de verismo en sus relatos, de concretar que el binomio realidad-ficción se convierta en una sola unidad.

Victoriano Salado Álvarez tenía conocimiento de este rasgo, muestra de ello su afán de documentación, sus días de encierro en la Biblioteca Nacional dirigida en ese entonces por José María Vigil, quien le facilitó una capilla en este inmueble, la serie de entrevistas que realizó y el sometimiento de sus *Episodios nacionales mexicanos* ante un círculo de lectores, con el fin de detectar errores.

En términos lukascianos, podemos concluir que una novela histórica no busca la aglomeración de rasgos históricos, no es un discurso historicista, sino que lo que persigue es el cruce de grandes personalidades con momentos críticos, a la par de la humanización de estas figuras a través del proceso de ficcionalización al que son sometidas:

Poco importa, pues, en la novela histórica la relación de los grandes acontecimientos históricos; se trata de resucitar poéticamente a los seres humanos que figuraron en esos acontecimientos. Lo importante es procurar la vivencia de los móviles sociales e individuales por los que los hombres pensaron, sintieron y actuaron precisamente del modo en que ocurrió en la realidad histórica. (Lukács, 1977: 44)

Se hace necesario recordar, y contrastar los elementos en los que se basan tanto la Historia como las novelas: exposición imparcial y objetiva de una verdad en contraste con la ficción; objetividad y subjetividad; no presencia de la imaginación contra no presencia del verismo; hechos, acontecimientos y personajes de probada veracidad en parangón con un relato de ficción referido a unos personajes inventados.

A pesar de los elementos antitéticos que configuran a las novelas y a los relatos historicistas, hay autores como Hayden White, que señalan que son tipos de discursos semejantes.

El contexto mexicano decimonónico es interesante en cuanto al desarrollo de la novela histórica, debido a que este subgénero se trasplantó desde el continente europeo y comenzó a tener gran aceptación entre el público, principalmente por la referencialidad que lo llega a caracterizar. Aparecida anónimamente en Filadelfia en 1826, *Jicoténcatl* es la primera novela histórica en lengua española que se conoce en tierras americanas. En adelante,

han sido diversas las obras que han tratado de manera ficcional algún momento histórico de los países hispanoamericanos, a tal grado que hay ciertas obras del siglo XIX que se categorizan bajo el rubro de novelas fundacionales, además de que a mediados del siglo XX se verifica una reformulación de la novela histórica, gracias a autores como Alejo Carpentier, Reinaldo Arenas, Arturo Uslar Prieti, Miguel Otero Silva, Jorge Ibarguengoitia, Gabriel García Márquez, Fernando del Paso, Abel Posse, quienes son parte de la corriente que se ha dado en llamar: nueva novela histórica hispanoamericana. (Menton, 1993)

Como mencionamos, la referencialidad es un elemento que propicia la gran aceptación de la novela histórica en México. Alberto Vital lo comenta de la siguiente manera:

El subgénero de la novela histórica ha sido muy popular en México, sin duda porque une ficción y realidad. El público mayoritario ha dado exhaustivas pruebas de su preferencia por el texto que a la vez lo entretenga y le proporcione instrucción histórica, esto es, referencialidad. Los mismos liberales concibieron la historia patria como un relato enaltecedor, legitimado (por su veracidad, esto es, en último término, por la propia realidad) y legitimador (de la realidad misma). (Vital, 2002: 42)

Es necesario resaltar el afán didáctico-lúdico de la novela histórica, así como la relación de este subgénero con la Historia creada por los liberales, ya que además de la cercanía que se le pretende inyectar a este género para generar empatía entre los lectores, se le concede, como a la Historia, la misión de legitimar un régimen.

Uno de los personajes claves en el surgimiento de la literatura mexicana, según la concepción de ésta en el siglo XIX, fue Ignacio Manuel Altamirano, a quien dijimos páginas atrás que le está dedicada, junto a Porfirio Díaz, la primera serie de los *Episodios nacionales mexicanos*. Altamirano fue un promotor a ultranza de una literatura de corte nacional, tanto en la forma como en el fondo, además de que le asignó a los escritores la misión de dar a conocer la Historia a los mexicanos:

Insistió en crear una literatura nacional, exhortando a los escritores jóvenes a que enfocaran la vida de México con una interpretación del “alma” de su país como ideal. Altamirano, como Fenimore Cooper y Walter Scott, opinó que los novelistas mexicanos tenían la obligación de que la historia fuera conocida por sus compatriotas. (Jiménez, 1974: 30)

Gracias a la dedicatoria de su obra, podemos ver qué clase de literatura es la que propugna Salado Álvarez, aunado a lo cual recordamos el debate que este autor sostuvo con los

modernistas, defendiendo la bandera de la tradición nacionalista, apegada a modelos hispánicos, en contra de las innovaciones de cuño principalmente francés.

Antes de cerrar este apartado, nos gustaría añadir un brevísimo comentario respecto al realismo –emparentado hasta cierto punto con la referencialidad ya expuesta–, ya que ésta tradición literaria es parte fundamental de la poética inserta en las novelas históricas. En este sentido, Rogelio Jiménez expone que:

En el realismo se crea un efecto de 'con-fusión' que unía al mundo in-tensional con el mundo referencial, es decir, cada personaje participante de la trama literaria (mundo in-tensional) se circunscribe a un 'mundo vivido' (mundo referencial). Con ello la novela realista consiguió unir en una trama y en un tiempo comunes a la historia y a la literatura. (Jiménez, 2007: 81)

Con esto, podemos concluir que la insistencia de veracidad presente en los textos saladinos es uno de los elementos a través de los cuales se logra la unión de los mundos ficticio y referencial, es decir, los espacios propios de la literatura y la Historia.

I.3. La liminalidad de los *Episodios saladinos*.

Previamente manifestamos el carácter liminal de los *Episodios nacionales mexicanos*, pero esta interpretación no la aventuramos solamente por el material histórico que se relata en estas obras –el periodo en México que va de los años de 1851 a 1867, en el cual se desarrolló la última presidencia de Santa Anna, se promulgó y derogó la Constitución de 1857, se expidieron las leyes de Reforma, aconteció la Intervención Francesa, se vivió el Segundo Imperio y se restauró la República–, sino que sustentaremos esta hipótesis con referencias a la heterogeneidad discursiva de los propios *Episodios*, en los que a la par de los relatos de los narradores, tanto en primera como en tercera persona, se desarrolla una intensa práctica epistolar, hay inclusión de poemas y textos periodísticos de la época reseñada. También es importante mencionar que en esta obra aparecen una serie de fragmentos entrecomillados, de los cuales se desconocen las fuentes, ya que el autor no ofrece alguna referencia al respecto, lo que fortalece nuestra noción acerca de la liminalidad de esta obra, en el sentido de que pone a discusión y reflexión un tema histórico entre los receptores coétanos (vid. supra p. 5). Para desarrollar nuestra idea de la liminalidad de los *Episodios saladinos*, nos basaremos en el contenido de las dos series que componen esta obra.

Los *Episodios nacionales mexicanos* conforman un ciclo integrado por trece novelas.¹² “De Santa Anna a la Reforma” es la primera serie (aparecida en los años 1902 y 1903) y narra los acontecimientos suscitados en México de 1851 a 1861.¹³ El relato es autobiográfico y retrospectivo por parte de Juan Pérez de la Llana, liberal que a sus 69 años de edad, en 1902, cuenta su participación y los encuentros que sostuvo con las personalidades más destacadas de esta época, tanto del bando conservador como del liberal.

Este narrador es oriundo de Tlaxochimaco, pueblo ficticio ubicado en Jalisco, cerca del estado de Zacatecas (a la manera de Teocaltiche, tierra natal de Salado Álvarez). El primer aspecto a destacar sobre este personaje es el carácter alegórico de su nombre: “En nuestro país, este nombre equivale, dada la popularidad y la frecuencia, a la denominación de un sinnúmero de personas. Por tanto, sería el nombre de cualquiera, un miembro más de la masa.” (Sánchez, 2005: 70)– comienza su participación en el bando conservador, sirviendo al militar Juan Suárez Navarro, y fungiendo como escribano del Plan del Hospicio.

A la par del componente común del nombre del narrador, hay un segundo segmento –de la Llana– que lo particulariza y le permite incluirse en un segmento social más elevado: “Por el contrario, la segunda parte del nombre, el elemento compuesto por “De la Llana”, hace la referencia opuesta; establece una posición ligada a un origen y a unas relaciones de mayor nivel social.” (Sánchez, 2005: 70)

Aún como integrante del partido conservador, Pérez acude hasta tierras colombianas para el llamamiento que se le hace al general Antonio López de Santa Anna. Desencantado por la forma de gobierno que se suscitó en la onceava y última presidencia santanista, y una vez que su protector ha caído en desgracia, lo que le ha valido llegar a prisión, recibe ayuda

¹² En la primera página además del título “De Santa Anna a la Reforma”, aparecen las leyendas “Memorias de un veterano; Relato anecdótico de nuestras luchas y de la vida nacional desde 1851 a 1861, recogido y puesto en forma amena e instructiva por el Lic. D. Victoriano Salado Álvarez.” El título de *Episodios* aparecerá hasta el tercer tomo, cuando los editores anuncian la segunda serie de los mismos, debido a los resultados positivos: “El éxito que ha alcanzado la primera serie de *Episodios históricos mexicanos*, que el Sr. Lic. don Victoriano Salado Álvarez escribió por encargo de esta casa...” (Salado, 1984-II: 446) Ya la segunda serie aparecerá titulada como *Episodios nacionales mexicanos*.

Todas las referencias a los *Episodios nacionales mexicanos* se harán tomando como base la edición facsimilar publicada en 1984 por el Fondo de Cultura Económica, el Instituto Cultural Cabañas y el Instituto Nacional de Bellas Artes. Se colocará el año, seguido del tomo y la página a que se alude. Cabe hacer mención que se actualiza la ortografía de algunas palabras, principalmente los monosílabos, que en la mentada edición aparecen invariablemente acentuados.

¹³ Seis novelas en tres tomos: *Su Alteza Serenísima y Memorias de un polizonte* (I), *El golpe de Estado y Los mártires de Tacubaya* (II), y *La Reforma y El plan de pacificación* (III)

de Anarda, mujer que se posiciona como su directora política y quien lo lleva a formar parte del bando liberal, donde conocerá y servirá a los personajes más destacados de este partido: Ignacio Comonfort, Juan Álvarez, Benito Juárez, Melchor Ocampo, artífices de la rebelión que defenestró a Santa Anna, de la Constitución de 1857 y de las Leyes de Reforma.

El viraje ideológico que sufre nuestro personaje tiene como afán dar cabida a las diversas partes del conflicto histórico: “La sorprendente movilidad de Pérez de la Llana en *De Santa a la Reforma* nace de una aparente necesidad por mostrar la diversidad de voces convergentes en la época narrada.” (Sánchez, 2007: 143)

Una vez en las filas liberales, Juan Pérez ofrece la visión de este bando, pero para dar una sensación de pluralidad a su texto, específicamente para conocer lo que pasa en el partido conservador, Pérez de la Llana inserta otras voces en su relato, pero actúa como mediador de éstas, es una suerte de censor. Guadalupe Sánchez expresa al respecto de esta voz imperante y sus subordinadas: “La voz narrativa establece una supremacía sobre todo lo narrado, pues se trata de una práctica de tipo autobiográfico: los acontecimientos pasan por la mirada siempre vigilante y definitiva del narrador, por más que él pretenda autorrestringirse.” (Sánchez, 2007: 63)

El efecto de totalidad que persigue la voz de Juan Pérez y sus adláteres es complementado con una intensa práctica epistolar, misma que nace a partir de testimonios históricos, que son reelaborados por la avezada pluma de Salado Álvarez, esto según la visión de Francisco Jiménez: “Diestramente, Salado convirtió el relato del testigo presencial, para darle forma de cartas escritas por Manuel Payno a José María Lafragua y a Ezequiel Montes.” (Jiménez, 1974: 43)

El retrato de época que Juan Pérez busca forjar también se vale de la inclusión de textos periodísticos: –“El papel que juega el periodismo en la sociedad mexicana de fines del siglo XIX y principios del XX es insoslayable. De aquí la importancia que tiene para el mismo Salado Álvarez, citarlo como medio de documentación de la época que narra, junto a libros y a sus anónimos amigos.” (Sánchez, 2000)– y de poemas:

El ciclo saladiano tiene también la virtud de hacer constantes alusiones a poemas de distintas intenciones y procedencias, en parte con el objeto de producir un ambiente de época, pero sobre todo para dejar asentado cuanta importancia práctica tiene entonces el discurso literario, así sea con las

salvedades propias de la premura y de la carencia de nivel estético entre algunos de los autores. (Vital, 2002: 169)

Paralelamente a la presentación de los grandes hitos de la vida nacional, Pérez de la Llana entreteje una historia de amor con una paisana suya, Trinidad, hija de su padrino y cacique del pueblo, Crescencio Lares, el cual inicialmente se opuso a esta relación, so pretexto de diferencias sociales y un origen superior al de su ahijado, a quien llegó a apoyar económicamente para concretar sus estudios en Guadalajara, pero al enterarse del idilio le retira su respaldo.

Por esta historia de amor que en momentos se complica, la serie “De Santa Anna a la Reforma” tiene un sabor a novela bizantina, melodrama o comedia de enredos, que al final se resuelve positivamente, pues gracias a sus méritos y tesón, Juan Pérez logra alcanzar el amor de la mujer que siempre anheló,¹⁴ resolución que se alcanza a la par del encumbramiento liberal a finales de 1860 y principios de 1861, al triunfar los milicianos de este partido en la batalla de Calpulalpan, misma que definió el rumbo final de la Guerra de Reforma o Guerra de los Tres Años.

La segunda serie (1903-1906) lleva por título “La Intervención y el Imperio”.¹⁵ Ésta abarca los acontecimientos patrios del periodo 1861-1867. La apuesta narrativa es diferente a la de la primera serie, ya que hay una serie de narradores tanto en primera como en tercera personas. La práctica epistolar se mantiene e incluso se intensifica y, es parte central de algunos de los relatos. Además, la última de las siete novelas es dramatizada.

La diversificación narrativa nos permite, por una parte, adentrarnos en la vida de la familia Caballero de los Olivos, que defiende la causa liberal, específicamente en la de los hermanos Francisco y Miguel, que participan, cada uno por su lado, de las acciones más relevantes que acontecen en la época reseñada: la batalla del 5 de mayo de 1862, la caída de Puebla un año después, el exilio al que son sometidos los liberales que se niegan a jurar el

¹⁴ Es interesante el papel que juega la mujer en la primera de los *Episodios*: Trinidad aparece como motivadora de acciones, caracterizada por su pureza y fidelidad, aunque también hay otra mujer, como lo es Anarda, que es directora política de Pérez de la Llana y lo conduce al bando liberal: “Juan Pérez, guiado por Anarda y Trini (el protagonista descubre después que su novia no se ha casado) defiende la causa de la Reforma de manera valiente y patriótica. Acepta su deber militar y renuncia a sus placeres personales para servir a la patria.” (Jiménez, 1974: 66)

¹⁵ Siete novelas en cuatro tomos: *Las ranas pidiendo rey y Puebla* (IV), *La corte de Maximiliano* (V), *Porfirio Díaz y Ramón Corona* (VI), y *La emigración y Querétaro* (VII).

Segundo Imperio mexicano, la batalla del 2 de abril de 1867, el sitio de Querétaro, entre otras.

Francisco Caballero de los Olivos llega a posicionarse como asistente personal y amigo de Porfirio Díaz, además de que la galería de liberales destacados se enriquece con la aparición de Ramón Corona, Guillermo Prieto, Benito Juárez, Ezequiel Montes, Ignacio Zaragoza, Nicolás Romero, entre otros.

Hay otros personajes, meramente ficcionales, es decir, que no tienen una correspondencia con figuras históricas, que son parte del fresco que se realiza respecto de los liberales, quienes presencian la huida del gobierno juarista de la ciudad de México rumbo al norte, así como las vicisitudes que en el camino les acontecen; tal es el caso de José Brambila, quien también vive la caída de Querétaro, último bastión en el que se refugió Maximiliano de Habsburgo y parte de su ejército, ante el empuje de los liberales, una vez que la tropas francesas partieron del territorio nacional.

En consonancia con el afán de totalidad que se pretende, y en un intento por ofrecer la visión del otro bando –el imperialista–, en algunas novelas la voz que narra le pertenece al personaje de Josefina Hernández de Ubiarco, quien históricamente fue partícipe de la empresa imperialista. Salado Álvarez defiende su poética en un comentario previo al inicio de esta serie, en el que señala que tanto los personajes humildes como los de primera fila deben ser representados.

La dramatización del episodio “Querétaro” es una forma narrativa interesante, novedosa para la época, aunque Alberto Vital la aduce más a la prisa que a un rasgo creativo: “Incluso, el haber apelado al parlamento teatral, recurso relativamente innovador por otra parte, era indicio de la prisa por terminar que atacó a ambos, al catalán [Santiago Ballezá, editor que encargó la obra a nuestro autor] y al criollo jalisciense [Salado].” (Vital, 2002: 141).

No obstante la dramatización o la forma epistolar de otros episodios de la segunda serie, ésta pierde en calidad en comparación con la primera, lo que probablemente se deba a que las ocupaciones de Salado Álvarez se incrementaron debido a su incursión en el ámbito político, ya que fue en esta época cuando fungió como diputado, además de que tuvo que trasladarse a Chihuahua para asumir el cargo de secretario general de gobierno.

Una vez que ha quedado resumida la estructura de la obra saladina, examinaremos la liminalidad en la misma, rasgo que se hace presente desde la “Advertencia” que antecede a la serie “De Santa Anna a la Reforma”, en la que Salado Álvarez señala que relata de manera novelesca los acontecimientos del movimiento reformista, además de que indica la inclusión textual de algunos elementos, con el fin de que no perdieran su fuerza original:

Siempre que logré encontrar un diálogo o una frase que dieran idea de lo que pensaban, querían u opinaban las gentes que vivieron en aquel agitado periodo, las aproveché a la letra; no fueran a desvirtuarse y a perder su frescura al caer bajo los puntos de mi torpe pluma. (Salado, 1984-I: 7)

Además de encontrar el recurso literario que conocemos como *Captatio benevolentiae*, por medio del cual el autor busca captar la disposición de sus lectores a través de una falsa modestia, en esta referencia vemos que la intención de Salado es lograr veracidad para su relato, lo cual conseguirá insertando materiales objetivos, históricos, en su obra ficcional, es decir, se combinará la imaginación-lo ficcional (propriadamente de la literatura) con lo histórico-referencial (del campo histórico).

Ahondando en la “Advertencia”, Victoriano Salado expresa: “He acometido la tarea de relatar en forma novelesca los episodios del gran movimiento reformista...”, lo que le permite a María Guadalupe Sánchez Robles argumentar en torno los elementos aludidos por el autor (forma novelesca/gran movimiento reformista):

De esa manera, dicho binomio discursivo formaliza una de las oposiciones fundadoras de *De Santa Anna a la Reforma*: el texto semiótico falso vs. verdadero. Lo literario –ficción– es un útil y se le enfrenta a lo histórico, presuntamente objetivo. La disociación de los materiales con los que estas dos disciplinas se manifiestan opera ya en el texto. Mientras que en el discurso literario funciona el recurso primordial de la imaginación, para la formación del discurso historicista el elemento fundador es el referente de lo real, de lo verídico. Y ambos discursos son apartados un tanto de su despliegue original. (Sánchez, 2007: 20)

Otro elemento a través del cual se busca la sensación de verismo es la inserción de notas a pie de página en los *Episodios* saladinos, donde se afirma que los diálogos referidos son “reales”. En el episodio que lleva por título “El golpe de Estado”, hay dos referencias de esta naturaleza: “Los diálogos son auténticos.” (Salado, 1984-II: 114) y “Los diálogos que siguen son auténticos.” (Salado, 1984-II: 267), lo que demuestra el afán de alcanzar un suficiente grado de verosimilitud.

La liminalidad a la que hacemos mención también se consigue a través de la inclusión de información de tipo histórica gracias al uso de las comillas, sin que se especifique la fuente de la cual es extraída. También en “El golpe de Estado”, un retrato de los acontecimientos previos a la jura de la Constitución de 1857:

La voz del presidente de la Comisión de Constitución [Ponciano Arriaga], al principio vacilante, sin expresión, sin colorido, sin fuerza, subió de todo: <<Tengo fe en el pueblo, no en su instrucción teológica, no en su ilustración en jurisprudencia, sino en los instintos que lo inclinan al bien. Uno de los impugnadores se ha atrevido a decir en el calor de su improvisación que las Constituciones deben acomodarse, no sólo a la ignorancia y a las preocupaciones del pueblo, sino también a sus vicios. ¡Y el orador que así se ha expresado, ha tenido la osadía de calificar de inmoral la idea del artículo!>> (Salado, 1984-II: 36)

Así, podemos constatar como además del afán de plasmar la totalidad de una época en los *Episodios*, el contacto entre historia y literatura es evidente, la frontera entre realidad y ficción se va diluyendo, principalmente por las trampas que a lo largo del camino va colocando Salado Álvarez.

Aquí hacemos una pausa para señalar un elemento que puede fortalecer nuestra noción de liminalidad, ya que es necesario recordar el gran trabajo de documentación que Victoriano demostró durante la realización de su obra, tiempo en el que pudo acercarse a memorias, a la prensa y a los datos que sus informantes de carne y hueso le proporcionaron, lo que reforzó sus conocimientos al respecto y le permitió plasmar de una manera magistral estos momentos críticos de la historia mexicana.

También las informaciones de tipo periodístico nos permiten hablar del carácter liminal de los *Episodios nacionales mexicanos*, ya que lo que buscan estos elementos es darle mayor verismo a la obra. Aquí uno de los muchos ejemplos, en el cual se reseña la muerte de los hijos de Anarda, cada uno de los cuales defendía la bandera liberal y conservadora:

Al margen dos placas negras, arriba un angelón con una faja que dice: *Requiescat in pace*, al pie un renglón de góticas que reza: *Tremendo acontecimiento*; y luego con tipo de atanasia, esta relación:

<<Un terrible acontecimiento, de esos que sólo ocurren en épocas como la presente, de relajamiento de todas las energías, acaba de sumir en el desconsuelo a una familia respetabilísima. Los jóvenes Pedro y Andrés Ruiz de Esparza, pertenecientes a la parte más selecta de nuestra sociedad, e hijos de padres distinguidísimos, han muerto en circunstancias verdaderamente trágicas.

[...]

<<Enviamos nuestro pésame al señor licenciado Ruiz de Esparza, nuestro respetable amigo, y a su digna y virtuosa compañera, haciéndolo extensivo a toda la familia herida con tan espantosos sucesos.>>
(*Diario de Avisos*, correspondiente al del 23 de mayo de 1857). (Salado, 1984-II: 239, 241)

En las secciones epistolares también es posible distinguir el carácter liminal de este ciclo novelístico. En el contacto que tienen a lo largo de diversas cartas, Anarda aparecerá como la mujer que guiará las acciones de Juan Pérez, una vez que éste se ha enterado que Trinidad se ha casado con Buenaventura Ortiz –noticia que posteriormente se desmentirá—. En el apartado “Estafeta política y social”, inserto en el episodio “Memorias de un polizonte”, Pérez le expone lo que acontece en el bando liberal, sitiado en Acapulco por las tropas santanistas:

Señora: Cuanto refería a usted acerca de la proclamación del plan de Ayutla, lo supe por noticias fidedignas; lo que voy a relatarle, pasó en mi presencia y tiene el carácter de impresión personal. [...]
El diez y nueve de Abril se supo la llegada de Santa Anna, y ya pudimos disparar cañonazos hacia su real. Comonfort, activo, nervioso y vigilante, no cesaba de recorrer los parapetos y líneas de defensa, excitando a los valientes, animando a los irresolutos, exaltando el valor de los indios y hablando al alma de los oficiales. (Salado, 1984-I: 330-331)

Además de los hechos históricos que se relatan, también en las informaciones epistolares hay elementos de historia cultural, como lo es esta reseña de Anarda, enviada a Juan Pérez el 24 de mayo de 1854, sobre la presencia de compañías de ópera en la capital mexicana:

Tenemos aquí dos compañías, dos compañías de ópera con personal selectísimo, que se disputan el campo, riñen batallas, se dan mutuos disgustos y a nosotros nos proporcionan inmensas satisfacciones.
En Puesto Nuevo tiene usted a la Steffenone, la Salve y la Beneventano: en Santa Anna a la divina Enriqueta Sontag, a Claudina Fiorentini, a Pozzolini, Rocco y Badiali. La pugna ha sido terrible; la cuestión se ha llamado nada menos que *oriental*, y entre *rusos*, como se llama a los Santanistas, y *turcos*, como se apellida a los de oriente, se han librado verdaderas batallas. (Salado, 1984-I: 344-345)

Este tipo de informaciones respalda nuestra idea de liminalidad, puesto que la ficcionalización de elementos de corte histórico, la inclusión de citas sobre las que desconocemos la fuente, así como el afán de verismo que se refleja en las notas al pie que hablan de la autenticidad de los diálogos, así como el propio relato autobiográfico de Juan

Pérez, dan pie a dudar sobre si lo que leemos es una novela, es historia o una mezcla entre ambas, por lo que Salado Álvarez se posiciona como un precursor de elementos narrativos que tendrán auge a lo largo del siglo XX.

Páginas atrás hicimos mención de la referencialidad y su importancia en este tipo de novelas. Si aunamos a ellas el concepto de realismo, vemos que ésta es de suma importancia, principalmente para generar empatía e interés entre los lectores:

Un rasgo de la novela realista era la introducción de acontecimientos históricos en los diálogos de los personajes, estrategia narrativa que buscaba que los lectores tuvieran la certeza de que lo que leían era verdadero y no un simple ejercicio ficcional que utilizaba los asuntos históricos como telón de fondo. (Jiménez, 2007: 81)

Salado Álvarez pretendía dejar en claro que su narración era plenamente fidedigna, por ello la inclusión de aclaraciones sobre la autenticidad de diálogos, o el uso de cartas, es decir, su intención es posicionarse en los límites del quehacer historiográfico, pues la finalidad de su ciclo novelístico fue legar una enseñanza a sus lectores: contrastar las condiciones del México de las décadas de 1850 y 1860, un país caótico y fratricida, con la prosperidad y supuesta tranquilidad que caracterizaron al Porfiriato. En el capítulo II desarrollaremos esta idea a profundidad, donde equipararemos los estadios comtianos con las personalidades históricas (teológico-militar=Santa Anna y los conservadores; metafísico=Benito Juárez y otros liberales; positivo=Porfirio Díaz y los “Científicos”).

Volviendo al tema de la liminalidad, recordamos que Salado apela a dos discursos de origen, digamos, contradictorio, como son el ficcional y el histórico, lo que provoca que en ocasiones el narrador caiga en contradicciones. En este sentido, María Guadalupe Sánchez Robles refiere que:

Al no poder ubicarla plenamente en las zonas de influencia de dos órdenes que pueden ser abstraídos como mecanismos portadores de lo “verdadero” (lo autobiográfico) y lo ficticio o “falso” (la novela), la obra se instala en un orden con grandes trazos caóticos, al echar mano de forma indiscriminada de sus dos fuentes, con repetidas manifestaciones de contradicciones semánticas. (Sánchez, 2007: 64)

En esta primera serie, el narrador Juan Pérez cae en una serie de contradicciones, como llamarse a sí mismo historiador y después renegar de hacer historia o ser novelista. Si a esto le sumamos el género que Salado Álvarez le concede a su obra –relación–, estas inconsistencias son aún más notorias:

Ahora, como *historiador fiel y puntual*, voy a hacer algunas explicaciones que aclaren y completen lo que no está bien determinado en mi relación, que puede tachar de inverosímil alguno de esos que les gusta llevar las cosas por el cabo que no se les halla. (Salado, 1984-III: 203-204; resaltado nuestro).¹⁶

La liminalidad también la podemos identificar en el hecho de que algunos de los narradores de estas novelas históricas le concedan a sus textos el nombre de relaciones, principalmente si echamos un ojo a la tradición hispanoamericana, en la cual las crónicas, las cartas y otras obras navegan entre las aguas históricas y literarias. Solamente como muestra, traemos a colación el caso de los *Infortunios* de Carlos de Sigüenza y Góngora, los cuales han sido abordados de muy diversa manera, apreciándolos como relación, crónica, protonovela o híbrido genérico.

Además de su carácter hegemónico, ya que la configuración de los *Episodios nacionales mexicanos* pretende dar validez al régimen porfirista, posicionarlo como heredero de las glorias liberales y contrastar las épocas de caos con la pretendida bonanza del Porfiriato, también le podemos asignar a estos textos liminales una función educativa, alterna a los relatos historicistas, lo cual coincide con una de las características del realismo de la época, que insistía en la veracidad de sus contenidos: “El realismo pugnaba por mostrar los errores del pasado, es decir, buscaba convertirse en un medio pedagógico, razón por la que se ponía especial énfasis en mostrar que los relatos estaban fundamentados en documentos.” (Jiménez, 2007: 81)

Ejemplo de este interés educativo es esta cita, en el episodio “El plan de pacificación”:
“Pero procedamos por orden, que quizá exprimiendo la memoria logre decir de González Ortega algo que no ande en los manualitos de historia ni en las biografías oficiales.” (Salado, 1984-III: 394)

¹⁶ Aquí algunas otras referencias con las cuales es posible verificar las contradicciones en el discurso de Juan Pérez: “Pero en fin, *esto no es una historia*, sino algo más humilde y de menos aliento, la narración de la odisea de un viejo soldado que se complace en recordar tiempos malísimos, pero que fueron los que antecedieron naturalmente a los mejores que ahora pasamos.” (Salado, 1984-II: 158; resaltado nuestro); “Si fuera un poco mentirosillo, nada más que un poco, y *esta narración no fuera la pura y desnuda verdad*, aquí pondría la relación de portentosos hechos de armas en que intervine, destruyendo ejércitos, capturando convoyes y dando muestras de serenidad e hidalguía.” (Salado, 1984-II: 496; resaltado nuestro); “*Si escribiera una novela*, quizás encontraría modo de evitar la relación de lo que va a leerse, y daría como causa de los trastornos que acontecerían la enemiga de algún poderoso, que envidiando mis altas y soberanas prendas, había determinado causarme daño; el celo que tenía que producir en el gobierno o en el clero, la noticia de que apuntaba un astro que podía con sus fulgores obscurecer los astros que estaban revolucionando, o cualquiera de tantas fantochadas como podían ocurrírseme. Nada de esto hubo, y quien lea esta verídica historia, se convencerá de que todo fue tan común y corriente como que salga el sol o que llegue la noche.” (Salado, 1984-I: 59; resaltado nuestro)

En este entendido, podemos argumentar que este ciclo novelístico da una visión más humana, de carne y hueso de los personajes relevantes de la Historia, tal como lo hace con Porfirio Díaz, Benito Juárez, Antonio López de Santa Anna, Lucas Alamán, Ignacio Comonfort, Aquiles Bazaine, Maximiliano de Habsburgo, Carlota de Bélgica, entre otros, pues se concede voz a todos los bandos. Sánchez Robles analiza el cruce de voces y las figuras que son retratadas en estos relatos: “La multiplicidad y la confluencia de voces en el texto novelesco-histórico es el punto central de este análisis. La novela histórica funciona como vehículo privilegiado para tener acceso a una determinada época en una historia nacional.” (Sánchez, 2007: 139)

Consideramos que los elementos aquí expuestos sostienen nuestra hipótesis en torno al carácter liminal de los *Episodios* saladinos, sólo reiteraremos que la elección del subgénero de novela histórica es determinante para hablar de esta característica en torno a estos textos, que dejan en claro que la Historia y la literatura, a pesar de parecer divergentes, corren sendas tan paralelas que en ocasiones llegan a confundirse.

Quisiéramos agregar un último ejemplo que, extratextualmente, habla del carácter liminal de los *Episodios* saladinos y demuestra la intensa y recíproca relación que se entreteje entre la Historia y la literatura. Ya hicimos hincapié en la titánica labor de documentación que Victoriano Salado desarrolló para escribir sus *Episodios*, misma que hizo de una manera tan consciente, a través del acopio de información periodística, bibliográfica y vital –vía las entrevistas a soldados veteranos–, que logra que su obra literaria se erija como fuente histórica: “La exactitud con la que Salado delinea a las figuras históricas y su efectividad para retratarlas, queda comprobada por historiadores tales como Wilfrid Hardy Callcott, que empleó a los *Episodios* para su libro *Santa Anna*.” (Vital, 2002: 136)

I.4. México y la aplicación del positivismo.

Dos son los rasgos definitorios que forjaron en gran medida el devenir del siglo XIX: en primer término, la revolución industrial británica, cuyos avances irán expandiéndose a lo largo y ancho del mundo y que de manera paralela impulsarán un afán progresista y un pensamiento permeado por el cientismo; por otra parte, la revolución francesa, protagonizada

por la burguesía, sector social que ha ido cobrando relevancia desde la caída del feudalismo y que buscará los mecanismos que le permitan afianzarse en el poder.

Los elementos recién consignados conllevarán la creación de doctrinas que pretendan sintetizar los planteamientos del grupo –la burguesía– que ha alcanzado la cúspide política y que, por consiguiente, entrará en pugna con los sectores desplazados: expresiones reaccionarias o democráticas. En Europa, específicamente en Francia, este proceso trascurrió en la primera mitad del siglo XIX, donde la burguesía se enfrentó a las tentativas de restauración absolutistas, al clero y a la aristocracia (grupos reaccionarios), además de que también tuvo que lidiar con parte del campesinado y con un incipiente proletariado (grupos democráticos). Un proceso similar se desarrolló en México, en el último cuarto de la centuria referida, donde la flamante burguesía, ascendida al poder junto con Porfirio Díaz, aproximadamente en 1876, hubo de enfrentarse a los partidos que libraron una batalla desde la consumación de la Independencia (1821): conservadores y liberales.

Una de las teorías más logradas con el objetivo de salvaguardar los intereses burgueses fue el positivismo, integrado por los planteamientos del francés Augusto Comte, así como con aportaciones de coetáneos suyos, tanto de Francia como de Inglaterra y Alemania. Esta corriente filosófica tiene como principal fundamento el conocimiento científico, emanado de la experiencia, además de apuntar al establecimiento de leyes que permitan explicar cualquier fenómeno causalmente.

Esta doctrina fue importada a México desde Francia. Con el paso del tiempo, el positivismo llegaría a convertirse en ideología oficial del régimen porfirista, pero en un principio, a finales de 1867, se instauró como principio educativo, con Benito Juárez en la presidencia de la República, con el objetivo de que contribuyera a paliar la necesidad más urgente de la nación: alcanzar un estado de orden y paz, luego de poner punto final a la Intervención y al Segundo Imperio, con el fusilamiento de Maximiliano de Habsburgo, el 19 de julio del mismo año en el Cerro de las Campanas, Querétaro.

Uno de los principales aportes que Augusto Comte realizó a las ciencias sociales es su propuesta de esquematización referente a la evolución histórica que la ciencia y la sociedad han emprendido de manera paralela. Conocida popularmente como la ley de las tres fases o estadios, el pensador francés establece en ella que son tres las etapas por las cuales han atravesado las concepciones humanas: la teológica, la metafísica y la positiva,

correspondiendo en política a las doctrinas de los reyes, de los pueblos y a un estado social, respectivamente.

En su aplicación al contexto mexicano, el positivismo enfrentó diversas polémicas con los grupos a los que desplazó: jacobinos (liberales) y reaccionarios (conservadores), teniendo como principal escaparate la prensa escrita, lo cual ha sido analizado por Leopoldo Zea en uno de los textos más conocidos que aborda esta etapa histórica: *El positivismo en México. Nacimiento, apogeo y decadencia*; existe otro interesante estudio, *El positivismo durante el porfiriato (1876-1910)* de William D. Raat, donde desmiente algunos de los postulados del filósofo mexicano, señalando que la doctrina mencionada sólo alcanzó a posicionarse como filosofía de la educación, quedando lejos de lograr el rango de filosofía política oficial del régimen.

Además de los artículos difundidos en publicaciones periódicas como *La Libertad* o la *Revista Positiva*, en esta investigación se postula que, como parte de la ofensiva ideológica del régimen, aparecen obras de mayor calado, como lo fueron *México a través de los siglos* (1884) y los *Episodios nacionales mexicanos* (1902-1906), obra esta última del escritor Victoriano Salado Álvarez. Ambas publicaciones monumentales, la primera es de corte histórico y está compuesta por cinco tomos, mientras que la segunda es ficcional y la integran siete volúmenes en los que a su vez se compilan trece novelas, fueron publicadas por la casa editorial representada por Santiago Balleescá, liberal de origen español y notable impresor de la época.¹⁷

En las dos obras referidas se perciben posturas evolucionistas, un afán progresista, recordando que la noción de progreso se configuró como la “piedra angular del evolucionismo decimonónico.” (Díaz-Polanco, 1983: 60),¹⁸ es decir, ambos trabajos están impregnados del cientismo de la época, aunque por sendas paralelas y con fines diferentes, ya que *México a través de los siglos*, proyecto enciclopédico dirigido por Vicente Riva

¹⁷ “[Victoriano Salado Álvarez] tuvo un programa afín al nacionalismo de sus maestros, y no es casual que Santiago Balleescá, el mismo editor que rescató y editó *El Zarco*, de Ignacio Manuel Altamirano, en 1901, encomendara al prosista jalisciense sólo un año después la redacción de los *Episodios nacionales mexicanos*. Salado Álvarez se encontraba a principios de siglo en el comienzo de la cresta de su trayectoria personal, literaria y política, y Balleescá estuvo entre quienes le dieron un impulso decisivo.” (Vital, 2005: 516)

¹⁸ “El concepto de evolución, al difundirse, fue transformándose en idea de progreso. El progreso se interpretó, sobre todo por la burguesía en ascenso, en términos del aumento constante de la riqueza material de las naciones. La creación de riqueza se atribuyó a los avances de la tecnología y de las ciencias aplicadas a la producción.” (Palerm, 1986: 34)

Palacio, pretendía, desde un marco histórico, apuntalar al liberalismo, y los *Episodios nacionales mexicanos* planteaban el retrato de México durante sus estadios comtianos teológico-militar y metafísico-transitorio, con el objetivo de dejar de manifiesto el estado de paz y orden que en teoría caracterizaban al régimen porfirista, entendido como la etapa positiva-estado social.

En las páginas siguientes, se hará una revisión de lo que fue el positivismo en su vertiente comtiana, su traslado a la circunstancia mexicana, la ley de los tres estadios (Augusto Comte), para en el segundo capítulo sustentar una interpretación del ciclo novelístico saladiano en correspondencia con la ley aludida, idea que será respaldada y tiene similitudes con lo expresado por porfiristas en sus escritos, es decir, desde nuestra visión, la primera y segunda serie de los *Episodios nacionales mexicanos* son un reflejo de las sociedades teológica y metafísica, las cuales respectivamente en la vertiente política estarían regidas por reyes y por los pueblos.

I.4.1. El positivismo.

Ensayar una definición respecto al positivismo es una tarea ardua, por no decir irrealizable, debido a las diferentes voces, algunas sumamente autorizadas, que en esta materia se han pronunciado. Es tan variado el abanico de acepciones existente, que por mencionar sólo algunas de las mismas, se recuerda que se le ha clasificado como doctrina, teoría, filosofía, sistema, serie de corrientes o punto de vista.

Antes de remitir a la definición que nos parece más pertinente, es necesario ahondar en los antecedentes de esta filosofía, que tendrá a su máximo exponente en la figura de Isidoro Augusto María Francisco Comte (1798-1857), ya que, previamente, las nociones que él sistematiza ya habían sido planteadas por otros pensadores.

Desde el siglo XVIII, la noción de evolución aparece y poco después dominará el panorama científico decimonónico. Si bien es cierto, el surgimiento de ésta se da en las denominadas ciencias de la naturaleza, pronto se trasladará al ámbito de las ciencias del espíritu, donde será reinterpretada y utilizada para legitimar el poder de una clase en ascenso: la burguesía: “Desde fines del siglo XVIII y durante todo el siglo XIX la atmósfera intelectual

estuvo dominada por el espíritu del evolucionismo, emanado de la experiencia histórica de la revolución burguesa y de la revolución industrial.” (Palerm, 1986: 84)

En filósofos como Giambattista Vico (1668-1744), Robert Jacques Turgot (1727-1781) y, principalmente, Marie-Jean-Antoine Nicolas de Caritat, mejor conocido como Condorcet (1743-1794), se prefigura el concepto de progreso, que será uno de los puntales de la filosofía comtiana. Uno de los principales aportes que realizan estos pensadores es plantear la evolución social en un marco histórico, postulado al que dará continuidad Augusto Comte.¹⁹

Probablemente, Claudio Enrique de Rouvroy, conde de Saint-Simon (1760-1825), haya sido una de las principales influencias para Comte, quien fungió como su discípulo, secretario y colaborador durante algunos años. Este noble francés planteaba una ciencia del hombre, por medio de la cual se estudiarían las épocas críticas y las épocas orgánicas, es decir, los momentos caóticos y armónicos de la sociedad, que en su perspectiva se sucedían continuamente para configurar la historia de la humanidad, siempre en constante progreso.

El inglés John Stuart Mill, quien en primera instancia simpatizara con el positivismo de Comte y después se distanciara de éste debido a la postulación de la Religión de la Humanidad, indicó que son Bacon, Descartes, Galileo y Newton, los fundadores de la filosofía positiva, debido a su inclinación empírica y a la negativa de poder conocer algo por medios ajenos a las leyes de los fenómenos.²⁰ Este pensador refiere que Comte únicamente se adhirió a las “tradiciones de todos los grandes espíritus Científicos”. (Mill, 1972: 40)

Una vez planteadas las influencias que se perciben en el pensamiento de Augusto Comte, podemos afirmar que coincidimos con lo expuesto por Héctor Díaz-Polanco, en el sentido de que el positivismo va más allá de ser una doctrina, una filosofía o una teoría evolutiva, pues se configura como

un sistema que intenta integrar en un vasto enfoque comprensivo las etapas del pasado con la situación presente, a fin de entender hacia donde marcha la humanidad con el firme paso de los procesos que responden a leyes, procesos que, no obstante, pueden ser conducidos o acelerados de acuerdo con la sabia dirección científica que proporciona la nueva filosofía. (Díaz-Polanco, 1983: 104)

¹⁹ *Cfr.* Palerm, 1986. I. Filósofos de la historia y economistas políticos.

²⁰ *Cfr.* Mill, 1972: 38-39.

En la definición de lo que será el primer gran sistema filosófico de la época industrial resaltan tres aspectos: el enfoque causal que se le da a los momentos históricos previos, la intención cientista al buscar leyes y el carácter pragmático, utilitario, que tiene este sistema.

Surge una cuestión relativa a la manipulación que se puede ejercer de los procesos: ¿quiénes son los responsables de dirigirlos o encaminarlos por la senda correcta, la del progreso? Será la burguesía la que tome a su cargo este rol protagónico, para lo cual tendrá que disputar el control social a otros grupos: por un lado los entes reaccionarios, que buscan a toda costa volver al *statu quo* previo al momento en que les fue arrebatado el poder; por otra parte, a sectores anárquicos, democráticos, que plantean continuar en la revolución, ante lo cual, Comte opone el concepto de progreso a través de cambios evolutivos:

Las intenciones de la obra de Comte responden a la coyuntura histórica de la consolidación del poder de la burguesía francesa, realizada en condiciones angustiosas; es decir, a lo largo de un proceso lleno de riesgos, luchando al mismo tiempo contra los intentos de restauración del absolutismo monárquico, de la aristocracia y el clero, y contra el descontento y las tentativas insurreccionales de los trabajadores urbanos y los campesinos. (Palerm, 1986: 128)

En cuanto creador del positivismo, Augusto Comte plantea una reconstrucción científica, una reforma de la sociedad, para lo cual se valdrá de las experiencias previas, es decir, aplicará el método científico en torno al conocimiento que se tiene del tránsito evolutivo de la humanidad, con miras a conducirlo por el camino del progreso, superando las etapas caóticas, críticas para usar el término saintsimoniano, que han caracterizado el momento reciente.²¹

La condición utilitaria de la filosofía comtiana, aprovechada por la burguesía, se expresa en estos apotegmas, en los cuales es posible rastrear tanto las cuestiones teóricas como las prácticas:

“Saber para prever, prever para obrar”, constituye el lema fundamental del positivismo. Es, pues, una filosofía eminentemente pragmática que establece una posición ante la existencia y el universo, basada en la contemplación de una y otro a través de las realidades comprobadas científicamente y con el fin de ordenar esas realidades en beneficio del ser humano. (Mendieta, 1961: 19-20)

²¹ Cfr. Larroyo en Comte, 2000: XXXIV.

El otro lema ampliamente difundido del positivismo comtiano, “Amor, orden y progreso”, es una suerte de resumen del programa ideológico del filósofo francés. El amor como principio, el orden como base y el progreso como objetivo. Si se analizan con detenimiento, los términos orden y progreso son contrastantes, uno representa al viejo régimen (orden), mientras que otro le pertenece al sector revolucionario (progreso), por lo que Comte realiza una suerte de síntesis entre ambos grupos en pugna.²²

Como se verá más adelante, al tratar lo referente a la ley de los tres estadios, Augusto Comte plantea aprovechar al grupo democrático, y hacerlo a un lado una vez que la burguesía alcance el poder. Incluso, calificará como etapa de transición al período que le corresponde al sector revolucionario en el devenir de la humanidad.

Una diferencia fundamental entre los programas de acción propuestos por los grupos democráticos y los representantes del positivismo tiene que ver con la preeminencia que le otorgan, respectivamente, al individuo o a la sociedad. Por su parte, los positivistas pretenden la uniformidad y la erradicación de cualquier posible elemento que torne caótico el estado de tranquilidad que se ha logrado, posicionando a la exigencia de derechos individuales, demandada por liberales y revolucionarios, como un posible agente de disociación, al que hubo que marcarle límites. De esta manera, se distancian de los pensadores ilustrados que los precedieron:

Con el positivismo se afirma en la tradición del pensamiento burgués la idea de la precedencia de la sociedad respecto del individuo, en contraposición a ciertas concepciones previas que colocaban a éste en primer plano (*v. gr.* J. J. Rousseau) y, por consiguiente, imaginaban el origen de la sociedad como una especie de acuerdo entre sus miembros. (Díaz-Polanco, 1983: 41)

Como ya se ha enfatizado, el positivismo propuesto por Augusto Comte, con base en la seguridad en el progreso que caracterizaba su pensamiento, buscaba la influencia científica en la sociedad, específicamente en la política, con la finalidad de superar de una vez por todas los estados patológicos, inorgánicos, que han caracterizado el devenir social, la sucesión planteada por Saint-Simon entre las etapas críticas y las orgánicas.

Para lograr su cometido, en su *Curso de filosofía positiva*, Comte propone una nueva ciencia, que en ese momento llama física social, posteriormente la designará como

²² *Cfr.* Palerm, 1986: 128.

sociología. Esta nascente disciplina, de conformidad con el espíritu del tiempo, retoma nociones de las ciencias de la naturaleza para su integración.

En su planteamiento, el filósofo francés hace uso de los términos que conforman el ideario básico del positivismo, orden y progreso, que hasta cierto punto resultan paradójicos y revelan el carácter sintético de esta filosofía al servicio de la burguesía, la cual reinterpreta dos nociones contrastantes, que son propias de grupos sociales (democráticos-progreso y aristocracia-orden) con los que está en pugna:

La nueva ciencia tendrá dos partes, lógicamente unidas: la parte estática y la parte dinámica. El estudio estático corresponde a la doctrina positiva del orden, que consiste en la armonía de las diversas condiciones de existencia de las sociedades humanas. En cambio, el estudio dinámico de la vida colectiva constituye la doctrina positiva del progreso social. Los dos principios, el orden y el progreso, representan las dos nociones fundamentales cuya deplorable oposición trae consigo el trastorno de las sociedades humanas. La anatomía o estática social forma la base, en la fisiología o dinámica social arraiga el impulso histórico renovador. (Comte, 2000: 54)

Los momentos de agitación han quedado atrás, el viejo régimen (clero, aristocracia y nobleza) ha caído, gracias a la labor destructiva de los metafísicos (revolucionarios), por lo que es momento de reorganizar, labor que realizarán los positivistas, auspiciados por la burguesía que comanda el nuevo orden.

En gran medida, el positivismo buscó reinstaurar un orden similar al teológico, no se trataba de un retorno al pasado, pero sí se pretendía un ambiente orgánico, como el que llegó a caracterizar a la etapa teológica, sólo que ahora la conducción del mismo correría a cargo de la ascendente burguesía, que relegaría por completo los intentos de quienes buscarían arrebatarse el poder, debido a que han demostrado su incapacidad para mantener un estado de bienestar, o por lo menos de tranquilidad, para la sociedad.

Para lograr sus objetivos, Comte apuntó a una uniformidad mental, una homogeneización, por medio de la cual se conseguirá el orden, necesario como base para alcanzar el progreso:

El objeto de la nueva filosofía, según René Hubert, era:

- a) Proporcionar a las mentalidades individuales un sistema de creencias para unificar el espíritu colectivo.
- b) Establecer un conjunto de reglas coordinadas sobre las creencias comunes del sistema aludido.

c) Determinar una organización política que sería aceptada por todos los hombres, en virtud de que respondería a sus aspiraciones intelectuales y a sus tendencias morales. (Mendieta, 1961: 17-18)

Con lo aquí expuesto, se ha ofrecido una visión panorámica del positivismo, principalmente de la vertiente comtiana. Se dejarán de lado las especulaciones del fundador de la sociología en lo concerniente a la Religión de la Humanidad, serie de dogmas que empezó a diseñar en la parte final de su vida, alrededor de 1845, debido a que dicha propuesta utópica no corresponde a los intereses de este trabajo.

Basta lo consignado para tener una idea acerca del positivismo, sistema filosófico científico que está puesto al servicio de la burguesía, con miras a acrecentar su control sobre la sociedad y dejar fuera de la disputa por el poder a otros grupos.

I.4.2. Importación del positivismo a México.

Como sistema filosófico, el positivismo alcanzó gran difusión: parte de Francia y se propaga en países como Alemania e Inglaterra, donde su propuesta fue enriquecida. El modelo superó las barreras continentales y fue trasladado a varios países de América, entre los que se destacan Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, México y Perú. La impronta que este sistema marcó a las naciones latinoamericanas fue tamaña que hoy en día, a más de un siglo de su trasplante, aún es visible en detalles como la bandera brasileña, en la que aparece en portugués una de las máximas comtianas: “Ordem e Progresso”.

La importación de esta doctrina a México, y en general al subcontinente latinoamericano, fue analizada por Leopoldo Zea. Los dos volúmenes de *El pensamiento positivista latinoamericano* y *El positivismo en México. Nacimiento, apogeo y decadencia* son textos de obligada referencia para cualquier investigación que aborde el momento histórico en que se llevó a cabo la introducción de estas ideas, ubicada en el último cuarto del siglo XIX y los albores de la centuria XX.

La “aplicación” en México de las ideas de Comte y otros de los positivistas, franceses o británicos, fue una de las más notables, principalmente por la amplia vigencia que mantuvo esta corriente de pensamiento, paralela a la dictadura de Porfirio Díaz, aproximadamente de 1876 a 1910:

Uno de los casos latinoamericanos más destacados de adopción de la doctrina positivista por parte de las capas dirigentes lo constituye el de México, en donde un importante grupo denominado los “científicos” logró enquistarse en el aparato de gobierno e influir en el curso de los acontecimientos políticos y el manejo de la cosa pública. Los miembros de este grupo asumían, con mayor o menor ortodoxia, elementos de la doctrina positivista de Augusto Comte.” (Díaz-Polanco, 1983: 106)

Como está mencionado en la anterior referencia, la “adopción” del modelo corrió a cargo de una capa dirigente, siendo la naciente burguesía mexicana el grupo aludido. Este sector social, en 1867, una vez finalizada la Intervención francesa y el Segundo Imperio, es decir, consumada la Restauración de la República y lograda la Segunda Independencia nacional, buscaba poner fin a una etapa convulsa, de 57 años de luchas intestinas, mismas que habían provocado un anhelo de paz entre toda la población.

A diferencia de los grupos que le antecedieron en el poder, la burguesía carece de un origen divino o heroico, por ello busca una estrategia de legitimación, la cual encuentra en un régimen que se caracterizará por el orden, mismo que no había podido ser impuesto por largo tiempo.

En la circunstancia francesa, la burguesía se enfrentó a los sectores democráticos de la revolución y a la nobleza, (Díaz-Polanco, 1983: 24) mientras que en el caso mexicano, la naciente burguesía tuvo que lidiar contra el clero y la milicia (núcleo conservador), valiéndose de los liberales, quienes fueron los que lograron el triunfo y posteriormente se les relegó de la escena política.

Según la idea de Leopoldo Zea, se opera un cambio de ideología, pasando de una de combate a una de orden:

La doctrina liberal, que hizo posible la Reforma y permitió la resistencia y triunfo de un pueblo, fue substituida por otra doctrina que si bien tenía la misma raíz, tendía a organizar, a ordenar la libertad: el positivismo. Una doctrina de orden para poner fin a la anarquía, a la guerra civil que había hecho que una parte del pueblo se enfrentase a la otra en una guerra fratricida. (Zea, 1985: 12)

El nuevo sistema fue traído con fines pragmáticos, no reflexivos, debido a que la urgencia era instaurar la tranquilidad y la paz en un país asolado por guerras y conflictos entre los grupos de poder, los cuales arrastraban al resto de la nación en una escalada de violencia y destrucción, lo que hacía imposible el orden espiritual.

Benito Juárez García, el liberal por antonomasia, el artífice de la derrota al invasor, el genio de las Leyes de Reforma, el Benemérito de las Américas, el destructor del Imperio, fue el mismo que introdujo el positivismo en México. Sin duda alguna lo trajo con miras a tranquilizar el país, no pensando en que pasara al primer plano, trascendiera, en las décadas siguientes, relegando al liberalismo. Además, lo implantó como una filosofía de la educación, siendo posterior su transformación en doctrina política. William Dirk Raat menciona las causas que posibilitaron la implantación de este sistema en México, entre las que enfatiza el respaldo presidencial a este proyecto:

Varios factores crearon un clima propicio para la difusión del positivismo en México. Como en la Francia de Comte, se propagaba en México el pensamiento científico y había un ambiente político en desorden.

[...]

Respecto al desorden político, debe señalarse que los excesos del liberalismo llevaron a la atomización del poder y a la anarquía social, hasta el grado de producir desilusión en idealistas liberales como Benito Juárez, cuya experiencia en las guerras de Reforma y en la lucha contra la intervención extranjera lo indujo a buscar una filosofía social que no fomentara los disturbios sociales y políticos. (Raat, 1975: 12)

El responsable de insertar el positivismo en México fue Gabino Barreda, quien fuera discípulo directo de Augusto Comte durante su estadía en Francia, de 1847 a 1851. Pedro Contreras Elizalde, considerado el primer positivista mexicano y quien tendrá una brevísima aparición en los *Episodios* saladinos, fue quien introdujo a Barreda en el círculo positivista.

Era tal la premura por hacer prevalecer el orden, que a tan sólo seis meses del triunfo definitivo de la República, simbolizado con el fusilamiento de Maximiliano, en diciembre de 1867 se decretaba la Ley Orgánica de Instrucción Pública, en la que estaba contemplada la creación de la Escuela Nacional Preparatoria, órgano desde el cual se forjarían las mentes de las nuevas generaciones, privilegiando el orden espiritual.

En virtud de que fue el sector liberal el que llevó a cabo la empresa de defender la soberanía y la integridad mexicanas durante la Intervención francesa y el Imperio, los positivistas tuvieron la necesidad de afiliarse al programa revolucionario, por lo menos temporalmente, a fin de instaurar el régimen de orden que demandaba el país.

Muestra de ello, Gabino Barreda, en su multicitada *Oración cívica*, pronunciada el 16 de septiembre de 1867 en Guanajuato, “adapta” la trinidad comtiana, que pasó de ser “Amor, Orden y Progreso”²³ a “Libertad, Orden y Progreso”:

Conciudadanos: que en lo de adelante sea nuestra divisa LIBERTAD, ORDEN y PROGRESO; la libertad como MEDIO; el orden como BASE y el progreso como FIN; triple lema simbolizado en el triple colorido de nuestro hermoso pabellón nacional, de ese pabellón que en 1821 fue en manos de Guerrero e Iturbide el emblema santo de nuestra independencia; y que, empuñado por Zaragoza el 5 de mayo de 1862, aseguró el porvenir de América y del mundo, salvando las instituciones republicanas. (Barreda, en Sosa, 2010: 40)

Posteriormente, durante el Porfiriato, el lema se modificaría nuevamente por el de “Paz, Orden y Progreso”, con lo que se buscaba la legitimación del régimen a través de estas nociones, dando prioridad al supuesto estado de paz, bienestar y tranquilidad que caracterizaba al gobierno porfirista, en comparación con las agitadas épocas que encabezaron los conservadores y liberales.

De manera astuta, los positivistas, en el periodo inmediato a la Restauración de la República, se pavonean como herederos del liberalismo que logró la epopeya de derrocar al Segundo Imperio, encabezado por Maximiliano de Habsburgo y respaldado por las tropas francesas de Napoleón III.

En realidad, los positivistas mexicanos estaban impulsando una filosofía contrarrevolucionaria que aspira a toda costa a mantener un naciente orden, luego de la derrota de los extranjeros y sus aliados nacionales en 1867. A través de esta doctrina, Juárez buscaba preservar el *statu quo* de armonía, para empezar la labor de reconstrucción, además de que era una manera de preservar la presidencia, misma que ocupó de 1857 hasta su muerte en 1872, gracias a los poderes extraordinarios que le confirió el Congreso.

La burguesía nacional aspira, tal como lo dictaban las nociones del positivismo, a un cuasi-retorno a la mejor época del estado teológico, que es lo que acontece con Porfirio Díaz en el poder, se da una vuelta “al poder virreinal” (Molina en Sosa, 2010: 172). En el nuevo régimen, gracias a la consigna de paz, orden y progreso, la burguesía tiene garantizada la preeminencia y la tarea de restauración del *ancien régime*, por lo que los conservadores son

²³ L’amour pour principe et l’ordre pour base ; le progrès pour but. [<http://atheisme.free.fr/Biographies/Comte.htm>, consultado el domingo 17 de noviembre de 2013]

relegados, mientras que, poco a poco, también se hace a un lado a los liberales, quienes no cuentan con un pretexto para seguir revolucionando.

El matrimonio entre positivistas y liberales duró alrededor de una década. En 1880 el rompimiento es total y se percibe un cambio en el trato de quienes otrora se asumieron como herederos de la tradición liberal y ahora quieren distanciarse de aquellos demócratas admirados en otro momento: “Eran los radicales, los jacobinos, que ahora llamamos plaga de los tiempos normales, y en las épocas críticas indispensables elementos de impulso” (Sierra, en Sosa, 2010: 75)

Los representantes del positivismo atemperan su discurso, configurándose como liberales moderados, a la manera de los girondinos franceses, en contraste con los *puros*, designación que en la época se les daba a los liberales radicales. En consonancia con el programa positivista, varias libertades son suprimidas, principalmente las de corte social, pero la más importante para este sistema, la de conciencia, se mantiene vigente.

Una vez que se ha aprovechado la inercia liberal para acceder al poder, el grupo positivista da un golpe de timón y desecha a los liberales, sobre quienes llueven críticas, pues aún se mantenían en abstracciones en el terreno jurídico y las facciones que integraban ese partido podrían dar al traste con el régimen ordenado que impera. (Raat, 1975: 50)

Una vez en el mando, las mentes positivas, ordenadas, emisarias de la burguesía, han logrado instalarse cómodamente en un contexto similar al que disfrutaban aquellos que encabezaban el estado teológico, pero para mantenerse en este estado de poderío, deben mantener bajo control a las mentes metafísicas-anárquicas, y a los conservadores clericales. En gran medida, la arena de esta lucha fue la prensa, sobre la cual Leopoldo Zea y otros historiadores han discutido al respecto.

El nuevo régimen impulsaba la reorganización de la sociedad, aprovechando a todos los sectores, incluso a los liberales jacobinos. La clave de este nuevo orden era el trabajo. El uso del positivismo, paralelamente a la edificación del orden, tuvo un fin geopolítico: fortalecer a la nación mexicana para evitar la inminente expansión norteamericana, que amenazaba la integridad del territorio nacional y, en cierta medida, era impulsada por los nexos de los liberales con la élite política del país vecino:

Los positivistas, al proponer su nuevo paradigma a la sociedad, mostraban, por vía de hecho, su rechazo al voluntarismo de la vieja guardia de liberales que, por la agitación derivada de la independencia política, primero, y de la

necesidad posterior de establecer una organización política centralista o federalista, no tuvieron oportunidad de reflexionar sobre la pertinencia de adoptar en forma acrítica el modelo estadounidense. (Sosa, 2010: XXX)

Obviamente, hubo reparos a la implantación del positivismo, a tal grado que esta importación del modelo fue la única situación que pudo alinear en la misma lucha a liberales y conservadores, alegando en contra de los puntos débiles del positivismo, y enfatizando en el hecho de que era una ideología extranjera, ajena tanto a la tradición patriótica como a la católica.

Cuando se buscó el derrocamiento del modelo positivista, de manera conjunta por clericales y jacobinos, fue demasiado tarde, pues el espectro de influencia de Porfirio Díaz era tan vasto que no iba a permitir que el positivismo, transformado en doctrina política del régimen, e incluso en ideología nacional, se viera afectado.

Para hacer frente a las críticas y ataques que sufrieron, los positivistas mexicanos de diversas épocas se escudaron en la idea de orden y desmitificaron los logros de los liberales, a quienes incluso se les atribuía la etapa de sobresaltos que antecedió a la actual de bonanza y armonía, orgánica en toda la extensión de la palabra:

Para las distintas generaciones que adoptaron los principios del positivismo, uno de sus objetivos, tal vez el principal, fue el de erradicar de la sociedad el fantasma omnipresente de la revolución; para ello se esforzaron en eliminar el aura gloriosa con la que la describía el liberalismo y que la acompañaba a partir de la revolución francesa, por haber destruido el antiguo régimen. (Sosa, 2010: XIV)

Los positivistas, aparecidos en la escena política mexicana alrededor de 1867, no serían los mismos con el paso del tiempo. Incluso se dieron un par de relevos generacionales, lo que se traduce, en la última década decimonónica, en un grupo de poder de alta influencia en las decisiones que tomará el gobierno porfirista: los Científicos.

En teoría, este grupo se acercaba mucho al ideal planteado por Comte, desgraciadamente, en la realidad este grupo se dedicó a incrementar sus canongías y beneficios. William Raat retrata el papel desplegado por los Científicos en la transición secular:

Alrededor de 1890, algunos de estos criollos nuevos formaron una camarilla política, a la que sus opositores llamaron “Partido de los Científicos”. Entre los “científicos” hubo banqueros importantes (Scherer-Limantour, los hermanos Macedo), industriales y financieros. Para 1900, muchos de los

criollos nuevos eran verdaderos tecnócratas encumbrados en la nueva industria. (Raat, 1975: 27)

Mientras colaboraba con el dictador, este grupo se preparaba para sucederlo en el poder, y, en tanto, medraba con la riqueza del erario, de manera poco discreta, lo que valió el surgimiento del mote de “pesetivismo” para el sistema importado desde Francia.

La primera generación de positivistas, que tuvo su radio de influencia entre los años de 1867-1880, la configuran Pedro Contreras Elizalde, Gabino Barreda y Justo Sierra, entre otros. Es necesario aclarar que no hay un corte abrupto entre los diversos grupos, muchas de sus figuras coincidieron en el tiempo. En la segunda generación, de 1880 a 1900, brillaron Porfirio Parra, Miguel S. Macedo, Luis F. Ruiz y Manuel Flores. La postrera (1900-1912) estuvo conformada por el grupo de “los Científicos”, destacando Jose Yves Limantour, Alfredo Chavero, Enrique C. Creel, Joaquín Casasús, Ramón Corral, Miguel y Pablo Macedo (a este último, Victoriano Salado Álvarez le dedica la segunda serie de los *Episodios nacionales mexicanos*), Rafael Reyes Spíndola, Emilio Rabasa, Francisco Cosmes, por mencionar sólo a las figuras más sobresalientes.

La última generación tenía la certeza de estar inmersa en una atmósfera que se caracterizaba por el orden y la paz, pero el vendaval revolucionario, pocos años después, daría cuenta del carácter ficticio de estos elementos y, por ende, de la torre de marfil en la que radicaba la élite positiva-científica asentada en el poder.

Con todos sus defectos, el positivismo cumplió su cometido pragmático: sentar las bases de un orden duradero, deseo expreso del pueblo mexicano que llevaba 57 años de conflictos fraternos. Posteriormente, y más allá de sus taras y defectos, Porfirio Díaz, a través de una dictadura paternalista, le dio continuidad a este proyecto y logró dotar a México de personalidad internacional, una vez que el movimiento independentista y la Reforma concretaron las personalidades nacional y social, respectivamente; esta interpretación netamente evolucionista de la historia de México fue realizada por Justo Sierra en su texto “La era actual”.

“Los Científicos” no fueron capaces de visualizar que el restablecimiento de algunas condiciones del *ancien régime* generaron inconformidad, principalmente entre las clases bajas, lo que años después desencadenará el aluvión revolucionario:

Tantas novedades parecían transformarlo todo favorablemente; pero el credo positivista impidió ver los problemas sociales que se estaban generando y que

el México profundo, indígena, rural, así como el dogma político del México independiente, mestizo, que apeló a la revolución como fórmula suprema para la solución de los problemas, no interpretaban del mismo modo a la modernidad porfirista. El régimen del orden y el progreso no fue el régimen de la igualdad. (Sosa, 2010: XXVIII)

El positivismo y el régimen se anquilosaron a tal grado, que se visualizan como una nueva etapa teológica, por lo que, en una lectura positivista, el movimiento revolucionario surge como un nuevo estadio metafísico, de transición, posibilitando la apreciación del largo régimen priista como un nuevo estadio positivo. Pero esta interpretación es meramente personal, debido a que Comte nunca hizo referencia a un determinado carácter cíclico de la historia, a diferencia de Hegel, quien sí lo postuló.

I.4.3. La ley de los tres estadios.

Probablemente esta noción sea el aporte más conocido, discutido y, las más de las veces, poco comprendido de Augusto Comte al corpus conceptual de las ciencias sociales. Como el resto de la filosofía del pensador francés, está basada en una perspectiva historicista caracterizada por la idea de progreso, además de que refleja el alcance universal de la doctrina positivista. En palabras de un especialista comtiano, esta ley transcurre de la siguiente manera:

La humanidad ha pasado por tres estadios sucesivos: el estado teológico, durante el cual el hombre explica los fenómenos por la intervención de agentes sobrenaturales (estado que comprende, a su turno, tres etapas: fetichismo, politeísmo, monoteísmo); el estado metafísico, en el que todo se explica por entidades abstractas, como son las nociones de substancia, causalidad, finalidad de la naturaleza, etc.; en fin, el estadio positivo o real, en donde mediante la observación de hechos, de lo positivo (lo puesto o dado), se trata de descubrir las leyes, ello es, las relaciones objetivas de los fenómenos. (Larroyo en Comte, 2000: XXXVI-XXXVII)

Muy temprano, en 1865, John Stuart Mill reconoce la originalidad de la secuencia propuesta por Comte respecto al desarrollo intelectual y al tipo de sociedad que cada uno de los estadios desarrolla:

La generalización que le pertenece a él y en la cual, hasta donde nosotros sabemos, no ha sido precedido por nadie, consiste en que cada especie distinta de concepciones humanas, pasa a través de todas esas etapas, comenzando por

la teológica y prosiguiendo a través de la metafísica, hasta la positiva; siendo la etapa metafísica un mero estado de transición, pero indispensable, desde el modo teológico de pensamiento al positivo, que está destinado a prevalecer, finalmente, mediante el reconocimiento universal de que todos los fenómenos sin excepción son gobernados por leyes invariables, con las cuales no se interfieren relaciones ni naturales ni sobrenaturales. (Mill, 1972: 43)

Como es posible apreciar, el modo de pensamiento teológico es meramente preparatorio, mientras que el metafísico es transitorio rumbo al positivo, que será el definitivo y no tendrá que modificarse; esta condición de permanencia, de fijeza, no es realizable, o por lo menos no lo fue en la circunstancia mexicana, tal como quedó demostrado en el apartado anterior, donde se vio como el Porfiriato (etapa positiva) fue desplazado por la revolución.

El estadio teológico, según expone Comte en el *Plan de los trabajos científicos necesarios para reorganizar a la sociedad* (1827), se caracteriza de esta manera:

En el primero, las ideas sobrenaturales sirven para ligar el pequeño número de observaciones aisladas de que entonces se compone la ciencia. En otros términos, los hechos observados son explicados, es decir, vistos a priori, según hechos inventados. Este estado es necesariamente el de toda ciencia en mantillas. (Comte, 2000: 22)

En esta etapa del desarrollo mental, existe una fuerte conexión con el ámbito sobrenatural, al que se le atribuye influencia en los asuntos del mundo terrenal.²⁴ En el ámbito político, la fase histórica estará dominada por una realeza,²⁵ la cual se legitimó a través de una supuesta una ascendencia divina:

La doctrina de los reyes representa el estado teológico de la política. En efecto, en último análisis, está fundada sobre ideas teológicas. Presenta las relaciones sociales como apoyadas sobre la idea sobrenatural del derecho divino. Explica los cambios políticos sucesivos de la especie humana mediante una dirección sobrenatural inmediata, ejercida de una manera continua desde el primer hombre hasta el actual. Fue así como estuvo concebida la política únicamente, hasta que el sistema antiguo comenzó a declinar. (Comte, 2000: 23)

En el devenir europeo, este estadio se corresponde con la amplia Edad Media, caracterizada por su inmovilismo y un intenso teocentrismo.

²⁴ “Lo Teológico, que constituye la forma original y espontánea del pensamiento, considera los hechos del universo como gobernados, no por leyes invariables de secuencia, sino por voliciones singulares y directas de seres, reales o imaginarios, poseídos de vida e inteligencia.” (Mill, 1972: 41)

²⁵ “*El estado teológico creó su propio tipo de sociedad, dominada por el elemento militar.*” (Palerm, 1986: 129) Héctor Díaz-Polanco coincide con esta nomenclatura, ya que habla de un “régimen militar” para este momento histórico. (Díaz-Polanco, 1983: 144)

Para poner fin a una etapa rígida como la teológica, debía producirse un estremecimiento intenso en el pensamiento humano, pero esto será meramente transitorio. Comte denominó al estadio al que hacemos referencia como metafísico:

El segundo estado tiene por único destino el servir de medio de transición del primero al tercero. Su carácter es híbrido: liga los hechos según ideas que no son ya en absoluto sobrenaturales por entero. En una palabra, estas ideas son abstracciones personificadas, en las que el espíritu puede ver a su voluntad o el nombre místico de una causa sobrenatural, o la enunciación abstracta de una simple serie de fenómenos, según esté más cerca del estado teológico o del estado científico. (Comte, 2000: 22)

La misión de este estadio será el desplazar al modo de pensar teológico, para ello, descalificará las manifestaciones religiosas y divinas, privilegiando las abstracciones. Históricamente, y centrándonos en el ámbito europeo, la tradición de la Ilustración, desembocada en la Revolución Francesa, representó al estadio metafísico:

La doctrina de los pueblos expresa el estadio metafísico de la política. Está fundada en su totalidad sobre la suposición abstracta y metafísica de un contrato social primitivo, anterior a todo desarrollo de las facultades humanas por la civilización. Los medios habituales de razonamiento que emplea son los derechos, considerados como naturales y comunes en el mismo grado a todos los hombres, que hace garantizar por este contrato. Esa es la doctrina primitivamente crítica, sucede en su origen en la teología, para combatir contra el sistema antiguo, y que después ha sido considerada como orgánica. Ha sido Rousseau principalmente quien la ha resumido en su forma sistemática, en una obra que ha servido y todavía sirve de base a las consideraciones vulgares sobre la organización social. (Comte, 2000: 23)

Comte toma distancia del pensamiento rousseauniano y lumínico que representa este momento evolutivo, al descalificarlo y asignarle una tarea ancilar para la implantación del modelo positivo.

Al estadio metafísico, por una parte, se le reconoce el logro de derrumbar al sistema teológico, pero a la par se le critica por haber desatado un estado de anarquía, perpetuando esta situación entre la sociedad.

Finalmente, el estadio positivo es aquel que está caracterizado por una actitud plenamente científica, dejando atrás abstracciones o divinidades. Como ya se aludió, esta etapa es definitiva, no hay más allá de ella:

El tercer estado es el modo definitivo de una ciencia cualquiera. Los dos primeros estaban destinados más que a prepararlo gradualmente. Los hechos están ligados de acuerdo con ideas o leyes generales de un orden enteramente

positivo, sugeridos o confirmados por los hechos mismos, y que con frecuencia no son sino simples hechos lo bastante generales como para convertirse en principios. (Comte, 2000: 22-23)

Comte no pudo ver el estado social al que conduciría la evolución mental positiva, aunque la simpatía que mostró hacia el régimen de Napoleón III ponía en tela de juicio su interés por ver realizados estos niveles de desarrollo. También se debe recordar el papel preponderante que este filósofo francés le asignaba a la burguesía en el nuevo orden social.

El plano político del estadio positivo²⁶ lo visualizaba de esta manera:

Por último, la doctrina científica de la política considera el estado social, en el cual la especie humana ha sido siempre hallada por los observadores como la consecuencia necesaria de la organización. Concibe el fin de este estado social como determinado por el rango que ocupa el hombre en el sistema natural, tal y como ha sido fijado por los hechos y sin ser considerado como susceptible de explicación. (Comte, 2000: 23)

La esquematización y la búsqueda de taxonomías fue un rasgo de esta época plenamente cientista, actitud a la que se suma Augusto Comte a través de la periodización que realiza sobre el devenir humano, misma que tiene propósitos explicativos y de legitimación para el ascenso de la burguesía al poder. Además, las fases están inmersas en una relación de dependencia, puesto que cada una es producto de la que le antecedió y será un marco preparatorio para la venidera.

Son diversos las puntualizaciones que se pueden hacer respecto a la ley comtiana de los tres estadios, pero la más importante sería el carácter evolutivo y universal de la norma, el cual no para mientes en las condiciones de cada grupo humano, lo que demuestra el eurocentrismo del pensamiento comtiano, alejado de las nociones relativistas que harán acto de presencia hasta finales de la centuria decimonónica.

Para finalizar, este gráfico en el que Héctor Díaz-Polanco, en su libro *Teorías antropológicas. El evolucionismo*, sintetiza los elementos de esta ley, misma que podría adecuarse al devenir mental humano, pues el estadio metafísico podría caracterizarse como la niñez del pensamiento, con una carga de servilismo, mientras que la fase metafísica es de transición, egoísta, configurándose la etapa positiva como la madurez, por ello su universalidad y la intención de alcanzar la felicidad humana:

²⁶ Díaz-Polanco apunta que en esta fase la sociedad será de corte *científico-industrial* (Díaz-Polanco, 1983: 39).

Órdenes o estadios	Filosofía	Método	Fase histórica
Teológico	Provisional	Ficticio	Militar
Metafísico	Transitoria	Abstracto	Transitoria
Positiva	Definitiva	Científico	Industrial

I.4.3.1. Los tres estadios y el devenir mexicano.

Los ideólogos positivistas en México, con la finalidad de instaurar un régimen de orden luego del caos que representó el periodo intervencionista e imperial, precedido por la Guerra de los Tres Años y otros episodios convulsos, aplicaron la ley comtiana de los tres estadios a la historia mexicana, estableciendo el año de 1867 como el inicio de una nueva etapa, una vez conseguida la emancipación de los invasores y creada la conciencia nacional.

Para ello, era necesario hacer una revisión del pasado, haciendo énfasis en la incapacidad que tuvieron conservadores y liberales para implantar el orden, anhelo de toda la nación y pase de legitimación para el gobierno que daba sus primeros pasos en medio de los escombros que dejaron los enfrentamientos entre los bandos referidos.

Gabino Barreda, en su *Oración cívica*, aplicó el dogma de Comte, considerando que la etapa teológica en México correspondió a los tres siglos de dominación colonial, mientras que el periodo metafísico serían los años en los que se ha presentado la lucha entre las facciones conservadoras y liberales: “Por una parte el clero y el ejército, como restos del pasado régimen y por otra, las inteligencias emancipadas por acelerar el porvenir, entraron en una terrible lucha que ha durado 47 años” (Barreda en Sosa, 2010: 19).

En la batalla de estas fuerzas, resultó triunfador el partido progresista, como Barreda denominó a los liberales, lo cual es significativo, ya que por este simple cambio de nomenclatura se comienzan a insertar las nociones positivistas en el imaginario mexicano. A partir de dicha victoria, daría inicio la nueva etapa, la positiva, o científico-industrial: “Desde el comtismo y desde el evolucionismo se interpretó la restauración de la República como la apertura de una nueva era nacional.” (Villegas, 1972: 25)

Leopoldo Zea describe el devenir mexicano en atención a la ley comtiana de los tres estadios:

El estado teológico estaba representado en México por la época en la que el dominio social, en el que la política estuvo en manos del clero y la milicia. El clero y la milicia representaban el estado teológico de la historia positiva de México. Pero a ese estado sigue un estado combativo, un estado en el cual se destruye el orden del estado teológico para ser substituido por el orden positivo. Esta era, este estado es el metafísico, que en México es identificado con la época de las grandes luchas de los liberales contra los conservadores y que culmina con el triunfo de los primeros sobre los segundos, al triunfar el partido de la Reforma. A este estado siguió el estado cuya iniciación había sido encargada a Barreda. (Zea, 1985: 49)

En “La era actual”, Justo Sierra hace una lectura similar al respecto, ya que considera que fueron tres las etapas de la evolución total del país, generando cada una de ellas una personalidad: la Independencia, la Reforma y la Paz, correspondiendo a cada una de ellas la creación de las personalidades nacional, social e internacional.

Esta sería una primera interpretación al respecto de esta ley, pero existen otras que girarían exclusivamente en torno a la historia de México como nación independiente, en la que la etapa teológica abarcaría de 1821 a 1851, con Santa Anna como su máximo exponente al ser un militar cercano al clero. El estadio metafísico correría de 1851 a 1867, siendo este año el del comienzo de la era positiva.

Consideramos que Emilio Rabasa, escritor destacado y parte de la corriente positivista, señala a tres figuras encumbradas en correspondencia con los estadios de desarrollo intelectual teológico, metafísico y positivo: “La historia del México independiente, en lo que tiene de trascendental, cabe en las biografías de tres presidentes: Santa Anna, Juárez y Díaz.” (Rabasa en Sosa, 2010: 147)

Cabe mencionar que el cambio entre los estadios no se puede señalar de manera abrupta con una fecha, sino que las diversas etapas llegan a convivir, por lo cual la burguesía, representante de la fase industrial, tendrá a su cargo la conducción del resto de los grupos hacia el estadio positivo:

El desorden de la sociedad mexicana era el resultado de la desigualdad cultural de los mexicanos. Unos se encontraban todavía en una etapa teológica, otros en la etapa metafísica, y los mejores habían alcanzado la etapa positiva. Pero esta diversidad hacía imposible el orden social. (Zea, 1985: 182)

La circunstancia mexicana, y en general la hispanoamericana, se han caracterizado por una suerte de prisa histórica, por ello la necesidad de recorrer en pocos lustros lo que en Europa transcurrió durante siglos, como sería el caso del estadio teológico. Esta situación

hizo propicia la adopción del modelo positivista-evolucionista, ya que a través de éste se podía inducir a la sociedad en la ruta del progreso: “El evolucionismo se hacía etnocéntrico y racista. La cúspide de la civilización era la cultura occidental, y el capitalismo era el modelo hacia el cual tendían o debían ser conducidas las demás sociedades del mundo.” (Palerm, 1986: 139).

El entorno cientista-positivista-evolucionista alcanzó tal difusión, que en el plano de las ciencias médicas también se hizo una interpretación desde la ley de los tres estados, con un nuevo alcance, ya que se daba apertura al periodo prehispánico, que representaba la etapa teológica, circunstancia que demuestra la penetración del dogma positivista comtiano en el ámbito mexicano,²⁷ con lo que además queda en claro que no se puede hablar de fechas exactas respecto a los momentos en los que tuvo preeminencia alguno de los estados, puesto que además de que se encuentran en convivencia, los pensadores les han marcado diferentes épocas a cada uno de ellos.

I.4.3.2. Díaz, representante del tercer estadio (orden científico industrial).

La interpretación que la burguesía mexicana, a través de los ideólogos positivistas, realizó sobre la historia del país, ya sea en su versión prolongada, incluyendo la etapa colonial e incluso prehispánica, o resumida, sólo la época independiente, marca el año de 1867 como el inicio del estadio científico, una vez que se ha logrado la emancipación espiritual (fin del estado teológico y su etapa militar, ya que, a diferencia del contexto europeo, no había dinastías reales que ostentaran el poder por derecho divino), gracias a la lucha brindada por el liberalismo (estadio metafísico, de transición).

Ahora bien, el nuevo estadio se caracterizará por el trabajo, atrás ha quedado la época combativa, por lo que el orden será la principal prioridad. La burguesía se escuda en la figura del mestizo para cumplir sus intereses de allegarse riqueza. En los mestizos recae la responsabilidad de la conducción en el nuevo régimen, siendo el representante de este grupo Porfirio Díaz.

²⁷ “Entre 1886 y 1888, el doctor Francisco A. Flores publicó su *Historia de la medicina en México*, en la que consideraba a la medicina indígena como el estado teológico de la ciencia; a la colonial, como el metafísico y, por supuesto, a la medicina moderna, a partir de la independencia, como la positiva.” (Raat, 1975: 28)

“Porfirio Díaz encarna este ideal de los mexicanos. Se le considera ya como representante de la era industrial que nuestros positivistas ven perfilarse en el futuro.” (Zea, 2002: 288), la unidad y el orden se alcanzan de la mano de Díaz, figura positivista, quien logra aglutinar en torno suyo a las más diversas fuerzas políticas y económicas.

A diferencia de sus predecesores, representantes de los estadios teológico y metafísico, Díaz logra la unión de todas las fuerzas:

El dictador fuerte, que en los países latinoamericanos ha hecho la unidad y la disciplina que en Europa fue obra del poder absoluto, no apareció en México en cincuenta años, sea porque el hombre faltaba o porque la ocasión no era propicia. Santa Anna no sabía mantenerse, Juárez no vivió lo bastante y había consumido siete años en guerras. Pero Juárez preparó el sistema, y la Intervención francesa el campo para el gobierno de cohesión nacional, de suerte que para crear la dictadura sólida, larga y fecunda de Díaz, concurren oportunamente la situación hecha y el hombre necesario para aprovecharla. (Rabasa en Villegas, 1972: 164)

De esta manera, Díaz aparece como heredero del ideario liberal y de su máximo representante, Benito Juárez García, quien no logró culminar la tarea de darle personalidad internacional al país, pero sí le dio personalidad social, como lo expuso Justo Sierra.

Para legitimar al régimen, los positivistas recalcan la metamorfosis que ha acontecido con Díaz, quien bien puede personificar dos y hasta los tres estadios comtianos, pues pasó de ser un militar a héroe liberal, configurándose después como símbolo de orden: “Ha llegado a ser el hombre de la paz, después de haber sido el guerrero, el caudillo victorioso, el intrépido paladín de la libertad y de la Reforma.” (Parra en Sosa, 2010: 105)

Finalmente, el nuevo gobierno, haciendo uso de una filosofía contrarrevolucionaria como lo es el positivismo, para acabar con los intereses de los liberales, restablecerá elementos del *ancien régime* para beneficio de un nuevo grupo en el poder: la burguesía, pero irá anquilosándose y tendrá que ser desterrado por una nueva etapa crítica, de transición.

Resulta una ironía de la historia que el porfirismo se haya transformado en lo que los liberales desterraron, un régimen reaccionario,²⁸ pues Comte no planteó un carácter cíclico a la evolución humana, aunque sí mencionó que deberían existir condiciones similares a las

²⁸ “El carácter revolucionario y propositivo del movimiento liberal ha quedado atrás, después de la llegada de la burguesía al poder. Al establecerse y gozar de los privilegios que este hecho atrae, el movimiento positivista olvida sus raíces para convertirse en un movimiento reaccionario y contradictorio, cuyo fin es la permanencia y difusión de su nuevo estatus social.” (Sánchez, 2007: 223)

previas al periodo metafísico-revolucionario. La revolución dismanteló lo construido por el positivismo en más de tres décadas:

No abrigo el deseo de que se humille a nadie ni de que se le aniquile tampoco, porque es mi convencimiento que esta revolución no se ha hecho por espíritu de venganza, sino como medio de defensa, esto es, para proteger al débil y para oponerse a la monstruosa doctrina de que las necesidades de una clase social (la oligarquía plutocrática) y de una casta (la de los militares) justifican todas las iniquidades. (Aragón en Villegas, 1972: 221)

-

Miembro del grupo de los Científicos, Agustín Aragón se encargaba, en el artículo de despedida de la *Revista Positiva*, de dar el último adiós al régimen porfirista, criticando que hubiera degenerado en un nuevo estadio teológico.

Capítulo II.

Episodios nacionales mexicanos: una lectura positivista.

La propuesta de lectura que en este momento realizamos postula a los *Episodios nacionales mexicanos* como la equiparación literaria de la ley de los tres estadios de Augusto Comte, es decir, tanto la sociedad como la cosmovisión del pueblo de México son retratadas por Victoriano Salado Álvarez en diversos momentos, en los cuales impera la ciencia teológica, metafísica y positiva, lo cual corresponde con las formas de gobierno de una sociedad, ya sea a través de reyes, pueblos o un estado social.

A través de esta hipótesis, aludimos a la función especular de la literatura, además de que vemos como a través de la literatura se legitima al régimen de Porfirio Díaz y se le posiciona como heredero de la estirpe liberal, pues este gobernante supo poner fin al caos que imperó en el país durante mucho tiempo, gracias a su capacidad de conciliación y a la mano dura que lo caracterizó.

La dedicatoria de la serie *De Santa Anna a la Reforma* a Ignacio Manuel Altamirano deja en claro el tipo de literatura por la que aboga Salado Álvarez, una de corte nacionalista, misma que previamente ya había defendido en la polémica que sostuvo con los modernistas, quienes se inclinaron por modelos extranjeros. Además, esta serie también va dedicada:

Al insigne patriota General

Don Porfirio Díaz

merced a cuyo esfuerzo cesó el estado de anarquía que produjeron las revoluciones que se narran en estas páginas, y por quien amamos y comprendemos las instituciones que dimanaron de tan memorables sucesos. (Salado, 1984-I: 5)

Con estas palabras, Victoriano Salado avaló al régimen porfirista, puesto que el caudillo logró afirmar las instituciones que surgieron luego de las contiendas encabezadas por liberales como Benito Juárez, Ignacio Comonfort, Melchor Ocampo, Ramón Corona, Mariano Escobedo, Santos Degollado, así como otros personajes que aparecen en las páginas de los *Episodios nacionales mexicanos*, es decir, Porfirio Díaz aparece como depositario de la semilla liberal que comenzará a dar frutos en su gobierno.

Para el caso mexicano, como ya lo hemos constatado,²⁹ es imposible marcar una división cronológica exacta entre los diversos estadios que propone Augusto Comte, principalmente por el hecho de que tanto las cosmovisiones como las formas de gobierno están en constante roce, conviven unas con otras, además de que el caso mexicano, según lo expuesto por Victoriano Salado Álvarez, es particular, pues se podría hablar de un estadio extra, entre el teológico y el metafísico, ya que hubo un intento de negociación entre ambas facciones, representadas por conservadores y liberales.

A continuación, expondremos la manera en la que dichos estadios aparecen en los *Episodios* saladinos, recordando que el vaivén entre estas cosmovisiones y formas de gobierno será constante, lo cual contrastará con el supuesto ambiente de homogeneidad, certidumbre y armonía que caracterizó al Porfiriato.

II.1. De Santa Anna a la Reforma: el ocaso del estadio teológico.

Antes de comenzar propiamente con el análisis discursivo, conviene hacer algunas puntualizaciones acerca de la composición y el contenido de esta primera serie de *Episodios*, misma que está intitulada *De Santa Anna a la Reforma. Memorias de un veterano*.

Son seis novelas en las que un narrador principal, Juan Pérez de la Llana, hace un recuento autobiográfico de su participación en los acontecimientos que sucedieron en el periodo que comprende de 1851 a 1861:

En *De Santa Anna a la Reforma* se ofrece a lector un recuento de numerosos acontecimientos que permitieron el triunfo y evolución de la doctrina liberal en el México de 1851 a 1861. Mediante la autobiografía, el autor instala al narrador principal de la novela –Juan Pérez de la Llana– en las luchas que propiciaron el movimiento reformista encabezado por Benito Juárez. Cuenta a los sesenta y nueve años lo que vio y vivió en su infancia y juventud, hasta que regresa a su pueblo natal, Tlaxochimaco, convertido en exitoso hombre de bien. (Sánchez, 2014)

En su retiro, sintiendo próxima la muerte, el provector relator refiere los avatares que sucedían en México en la época a la par que rememora la historia de amor que sostuvo con su paisana Trini, es decir, la historia individual de este personaje corre de manera paralela a la historia colectiva:

²⁹ Vid. *Supra* I.4.3.1. Los tres estadios y el devenir mexicano.

Pero algunos que me quieren bien, y que dicen que poseo palabra fácil y colorida, buena memoria y noticias, que ya van siendo escasas, de acontecimientos pasados, me animan a que relate las grandes cosas que presencié y en que tomé la parte secundaria que era natural me tocara, dados mi corto mérito y mis escasas prendas. (Salado, 1984-I: 9-10)

A lo largo de estos *Episodios*, se configura una rica y completa galería de personajes eminentes tanto del bando liberal como del conservador, lo cual se concreta a través de la delegación de la palabra por parte de Juan Pérez hacia narradores subalternos (Nicolás Cuevas, paisano veleidoso de Pérez de la Llana, quien narra parte de las *Memorias de un polizonte*; Buenaventura Ortiz, también paisano de Juan Pérez, quien le corrige la plana en las “Memorias de un mocho”, apartado de la quinta novela, *La Reforma*; el cura Agustín Rivera, a quien se le presta la palabra en *El plan de pacificación*) o vía la introducción de una intensa práctica epistolar.

En sus mocedades, en la ciudad de Guadalajara, Juan Pérez milita en el bando conservador: funge como redactor del Plan del Hospicio, por lo que después se traslada a la ciudad de México junto a los impulsores de esta iniciativa:

Por donde quiera que pasábamos éramos recibidos en palmitas, recitándonos sin cesar el mismo tema: que íbamos (digo íbamos como el mosquito que desde la carreta que transitaba por un camino polvoso, decía para su agujijón <<qué polvareda vamos levantando>>), que íbamos a regenerar al país, a establecer la paz, a poner en su sitio a los malditos extranjeros que tanto mando habían tenido en el gobierno anterior, a hacer feliz a la República y a cambiar la faz del mundo. (Salado, 1984-I: 129)

Más tarde, Juan Pérez –nombre alegórico, como ya lo señalamos– participa del llamamiento que se le hizo a Antonio López de Santa Anna, pues acudió como miembro de la comisión que visita al “grande hombre” en su exilio colombiano para pedir su vuelta. Poco tiempo después, el narrador principal de la primera serie de *Episodios* abandona a esta facción y pasa al bando liberal. Gracias a este cambio de grupo y a otros rasgos, se le puede considerar como un “héroe mediocre”, concepto expuesto en *La novela histórica*, multicitado estudio de Georg Lukács en torno a la novelística de Walter Scott.³⁰

Seguramente, Victoriano Salado conocía la poética scottiana, pero al trasladarla al contexto mexicano la enriqueció con rasgos propios de la cosmovisión nacional, debido a

³⁰ *Vid. Supra* I.2. Historia y literatura: la novela histórica.

que, a diferencia de los personajes de Scott, quienes no defienden a ultranza sus convicciones, Juan Pérez sí se posiciona como un ferviente liberal, una vez que se retira del bando conservador.

La pluralidad narrativa³¹ a la que se ha hecho mención se usa con una intención efectista, para ofrecer una sensación de totalidad, pero consideramos que no está lograda a cabalidad, pues las voces no son del todo verosímiles y durante las intervenciones de los relatores subalternos tanto la tensión como la calidad narrativas decrecen.

Ahora bien, en el periodo compendiado en esta serie de *Episodios*, en México se vivieron acontecimientos como el retorno, clímax dictatorial y caída de Santa Anna; la Revolución de Ayutla; la promulgación de la Constitución de 1857; la creación de las Leyes de Reforma; la Guerra de los Tres Años. A lo largo de dichos años, Juan Pérez tuvo oportunidad de conocer, e incluso servir, a personajes del bando liberal, como Juan Álvarez, Valentín Gómez Farías, Ignacio Comonfort, Ponciano Arriaga, Juan José Baz, Benito Juárez, Melchor Ocampo, Santos Degollado, Guillermo Prieto, Jesús González Ortega y Porfirio Díaz; a esta galería se le suman con otras figuras del bando conservador, entre ellos Juan Suárez y Navarro, y Antonio López de Santa Anna, además de que gracias a los narradores delegados es posible conocer a figuras como Leonardo Márquez y Miguel Miramón.

Con estos breves antecedentes, podemos pasar a señalar aquellos puntos en los que se aprecia el estadio primero en términos de Comte, es decir, aquel que se caracteriza por una ciencia teológica y una sociedad encabezada por reyes, de corte militar.

Hay un elemento paratextual, una “Advertencia” a esta serie, en la cual Victoriano Salado Álvarez explica la razón que lo motivó a comenzar su narración en el año de 1851. El autor señala que ese momento representa la cúspide del estadio teológico, el cual será reemplazado por el ala liberal a través de las leyes de Reforma:

Comencé mi relación en tiempo de la postrer dictadura de Santa Anna, porque de allí arranca la revolución de Ayutla, y porque en ninguna época de la historia mexicana se acentúan tanto como en esa los vicios del *régimen antiguo*, que la *Reforma destruyó* por completo. (Salado, 1984-I: 7; resaltado nuestro)

³¹ Guadalupe Sánchez Robles hace puntual seguimiento a cada una de estas voces y su función en la obra. *Cfr.* Sánchez, 2005.

Como ya se ha comentado, para Comte, el estadio metafísico debe de tener un carácter aguerrido debido a que aspira a la destrucción del *ancien régime*, ello con el objetivo de instalarse en el poder.

Ya sea que se le considere cronológicamente como la etapa comprendida entre los años 1821 a 1857 o de 1521 a 1810, el estadio teológico en México fue comandado por el grupo conservador, parte del clero, algunos sectores de la milicia y la pretendida aristocracia, élite que sumada a un pueblo fanatizado resultó un hueso duro de roer para que los liberales (metafísicos) lograran ascender al gobierno. A continuación, develaremos la manera en la que Victoriano Salado Álvarez retrata tanto esta cosmovisión como su respectiva forma de gobierno en ambas series de los *Episodios nacionales mexicanos*.

En sus primeros años, aún en Tlaxochimaco, Juan Pérez describe el convento donde estudió, ejemplo de la riqueza y acaparamiento que caracterizó al clero desde la época colonial, razón que motivó, una vez instalado en el poder el bando metafísico, el decreto de la Ley de Desamortización de Manos Muertas.³² Recuerda de esta manera el inmueble clerical:

El cual era un inmenso edificio que ocupaba la cuarta parte de la población. Los ambulatorios, corredores, patios y corrales que lo componían, no los podría recordar fácilmente; las celdas eran como trescientas; el refectorio una inmensa galería que habría podido contener un mediano ejército; el general un salón en que habrían cabido los discípulos del Tostado cuando éste leía en Alcalá. Había además una huerta de frondosísimos árboles frutales, con calles que la atravesaban en todos sentidos, y tan anchas, que es fama paseaban por ellas en coche los frailes anteriores; un estanque de agua limpidísima; juego de bolos y no sé cuántos primores más. Este convento, los ranchos de *Pedregoso*, la *Cuesta*, *Jalacingo*, *Estancia de Ayones* y otras posesiones rústicas, estaban destinadas a la manutención de cuatro frailes y dos legos. (Salado, 1984-I: 25-26)

En esa época, Pérez de la Llana tiene un encuentro con frailes, quienes además de representar para el pueblo una figura de autoridad a la que se debe agasajar, son los responsables de la instrucción.

Nuestro personaje recibe lecciones de diversas materias, entre ellas latín, de fray Martín de Luna, un cura representativo del estadio teológico, ya que fanatiza al pueblo, se

³² Esta ley fue decretada el 25 de junio de 1856 por el entonces presidente Ignacio Comonfort. www.pa.gob.mx/publica/MARCO%20LEGAL%20PDF/LEY%20DESAM%20BIE%20MAN%20MUER.pdf [Consultado el 20 de agosto de 2014 a las 11:25]

inmiscuye en asuntos políticos y clama por el retorno de Antonio López de Santa Anna, quien vendrá a configurarse como un dictador con tendencias a la implantación de un régimen con visos de realeza. Así se expresa este sacerdote en torno a la figura que ocupó once veces la presidencia de México enarbolando las banderas de diversos partidos, aunque en el caso al que aludimos –1851– responde al llamado del núcleo clerical-conservador:

Pero esas cosas las tiene que remediar el bendito General Santa Anna, que ya ha de haber llegado a la capital para quitar de en medio al protervo Farías. Ese nuevo Gedeón, ese deseado de las gentes, ese héroe invictorísimo, ese defensor de la religión, esa estrella de Oriente es el destinado a cambiarlo todo. ¡Y poquito que nos envidian las naciones extranjeras a nuestro presidente! (Salado, 1984-I: 32)

La comparación con un personaje bíblico como lo es Gedeón, que etimológicamente significa “Destructor” o “Guerrero poderoso”, permite al clero la postulación de Antonio López de Santa Anna para que con su mano rígida reoriente el camino de la patria.

En contraste con el padre Luna, hay otro cura, fray Antonio Huerta, quien es afín a la política liberal y critica el estancamiento de bienes y productos por parte de la iglesia, situación propiciada por la gran cantidad de conventos y gente ociosa que en ellos moraba, la cual databa desde el comienzo de la época colonial.

Una razón en particular hace interesante la introducción de este personaje: es muestra de la poética que está inmersa en la novelística saladina que integra los *Episodios nacionales mexicanos*. Cada uno de los personajes que aparecen en esta obra tendrá un ente con el cual contrastar, un anverso en su actuar político y en su discurrir ideológico. Conforme avancemos en el análisis discursivo, podremos ubicar a otras parejas que representen pensamientos divergentes.

Otro representante de este orden teológico es Crescencio Torres, padrino de Juan Pérez y mandamás en su tierra natal. Desde su presentación es posible afiliarlo con el bando clerical y con el régimen antiguo, ello por elementos como su gariboleado apellido y por su título nobiliario, próximo a caducar si recordamos que la Constitución de 1857 ordenaba la desaparición de estos cargos: “don Crescencio Torres y Lares Vázquez de Medrano y Ayllón, cuarto marqués de casa Ayllón, ex regidor perpetuo de la villa de Tlaxochimaco, patrono del santuario en que se veneraba a Jesús Nazareno y cacique indiscutido e indiscutible del lugar.” (Salado, 1984-I: 37)

Devoto de la heráldica y partidario de una sociedad claramente estratificada, Crescencio Torres poseía una enorme casa, que simbólicamente representa su poderío, al estar casi en igualdad de condiciones con el inmueble clerical antes mencionado: “Era vasta, vastísima, casi como el convento.” (Salado, 1984-I: 38) Este personaje será importante en el desarrollo de esta primera serie episódica, ya que respalda los estudios de Juan Pérez en Guadalajara, pero posteriormente retirará este apoyo al enterarse del idilio que éste sostiene con su hija Trinidad. Al pasar por su pueblo junto con los conservadores triunfadores, Juan Pérez se gana el respeto de su padrino, y finalmente salvará la casa Torres de la destrucción de una gavilla, con lo que logra hacerse de los méritos necesarios para pretender a Trinidad, con quien terminará casándose y formará una familia.

Como ya hemos señalado, los estadios no pueden encasillarse en una fecha, debido a que fue un ir y venir entre las cosmovisiones metafísica y teológica, así como entre regímenes caracterizados ya sea por un gobierno de los pueblos o por una realeza, es por ello que en las dos series de los *Episodios nacionales mexicanos* aparecen elementos de ambos momentos.

En los albores de la década de 1850, Crescencio Torres aún se ufana de proceder de una familia de abolengo, dueña de un escudo de armas, tal como lo hará Josefina Fernández de Ubiarco de Jecker (en el plano histórico, esta mujer se casó con Pierre, hermano de Juan Bautista, personaje famoso por los bonos que llevan su apellido y que fueron parte de los argumentos para llevar a cabo la Intervención francesa), una de las narradoras y protagonistas de la segunda serie de *Episodios*, la cual lleva por título *La Intervención y el Imperio*:

Empecé preguntando a mi anfitrión, si por acaso descendía de la familia Caballero de los Olivos, que tiene por armas un escudo cortado y medio partido: primero de oro con dos olivos; segundo de gules, un brazo armado empuñando una espada; tercero de azur, tres falas de oro y por timbre un casco de caballero... (Salado, 1984-IV: 43-44)

El caso de Josefina es más drástico que el de Crescencio Torres, por lo menos en lo que concierne a una pretendida superioridad respecto a otros grupos sociales. Si bien es cierto, Crescencio se queja de la “gente baja” como Juan Pérez, ello en el momento de descubrir el idilio de este con su hija, pues argumenta que él quiso ascender socialmente a través de un “casorio desigual”, su discurso no va más allá, tal como el de Josefina:

Al llegar a mi tierra, me encontré juntamente la miseria y el dolor dentro de mi casa, y la desolación y la muerte fuera de ella. Esta gentuza liberalesca que

se ha apoderado de la cosa pública, si no mereciera mi odio porque me ha arruinado, merecería mi desprecio por lo vil, ignorante y sucia. No he visto nada más feo que la canalla, nada más repulsivo que el populacho que quiere hacer de persona. Estos *suidadanos* que se hacen mutuamente ceremonias y genuflexiones: estos *indios* o *mestizos* que juegan a los ministros, a los generales o a los diplomáticos, estos demócratas que fingen despreciar o desprecian realmente los pocos elementos de orden y de moralidad que hay en el país, a causa de que son *aristócratas*, aparecen para mí la prueba patente de que esta sociedad se acaba, se desquicia, se desmorona... (Salado, 1984-IV: 42-43; resaltado nuestro)

Pareciera que Josefina, la “afrancesada” (mote que se le otorga por su apoyo a la intervención extranjera), pugnara por una vuelta al sistema de castas colonial, donde el criollo tenía preponderancia sobre otros grupos sociales, lo que se aviene con el pensamiento propio del estadio teológico, a diferencia de los estadios metafísico y positivo, donde se promueve la igualdad.

En breve, hemos visto como el clero, por una parte, y la supuesta aristocracia conspiran para llegar al poder y reimplantar un sistema similar al que se desarrolló en la época de la Nueva España. Toca el turno a los militares, que tuvieron oportunidad de entronizar a un miembro de sus filas, Antonio López de Santa Anna.

En su onceava y última oportunidad como presidente, Santa Anna encabezó un gobierno que tuvo características de dictadura y realenza, ya que se decretó su permanencia en el poder y se hizo llamar Su Alteza Serenísima, pero los detalles sobre esta figura y régimen los comentaremos más adelante, por el momento conviene tener en cuenta que la milicia, según lo expuesto por Victoriano Salado Álvarez, también está inmersa en el estadio teológico.

En 1853, el coronel Escobar, emisario de los conservadores, acude junto con Juan Pérez a Turbaco, donde se ubica la hacienda de Santa Anna en territorio colombiano, para solicitar su retorno, con miras a poner fin al desorden promovido por el gobierno de cuño liberal:

El coronel hizo una explicación de lo que aquí pasaba, ponderando la anarquía del pueblo, la desmoralización del ejército, la bancarrota del erario, la desconfianza de los capitalistas y la necesidad que había de un Salvador, de un Mesías que quisiera redimir al desgraciado país del yugo de los malos. (Salado, 1984-I: 176-177)

En la novela en cinco jornadas, titulada *Querétaro*, última de la segunda serie de los *Episodios* y singular pues es un relato dramatizado que ubica al lector en el año de 1867, en

la víspera de la caída del imperio de Maximiliano, ahí el general Leonardo Márquez, “el Tigre de Tacubaya”, es un representante del estadio teológico, ya que es un defensor a ultranza de la religión católica y parece dispuesto a reimplantar los métodos de la Inquisición a fin de que se respete dicho sistema de creencias:

Quando vine al mundo recibí en feudo, en herencia, dos amores. El amor a mi madre y el amor a mi religión... En esas dos compendio y resumo todas las afecciones del mundo... Mi madre y mi Dios, Sire, mi Dios y mi madre; tales son mis delicias y tales son mis ideales, como ahora dicen... Allí está todo: amor a la patria, amor al soberano, amor al prójimo, amor a la verdad, amor a la vida... Nadie ha injuriado ni maltratado a mi viejecita; ¡ay del que lo hiciera!, pero sobran infames que se empleen en querer expulsar a la religión del alma de las gentes, en querer echar a Dios de sus altares, en quitarle sus casas y sus bienes... Contra estos mi odio no tiene límites, no alcanza fondo, es inextinguible... ¡Muerte, hoguera, tormento, azotes, todo me parece poco!... No pierdo la esperanza de ver al mundo purgado de esa maldita plaga de ladrones de las creencias, de esa maldita manía de pensar que se ha extendido últimamente por el trato con los extranjeros y por la lectura de libros... la ilustración, el progreso, el afán de lo que llaman instrucción, han traído más daños que el cólera morbus y el matlazáhuatl!... (Salado, 1984-VII: 418-419)

El discurso de Márquez es mucho más radical pues se declara en contra de la educación y del progreso, es incluso de carácter retrógrado, al plantear una vuelta a esquemas de represión coloniales y medievales.

Ahora bien, uno de los ideólogos principales del núcleo conservador, Lucas Alamán, historiador de renombre, también hace su aparición en los *Episodios* saladinos. Con toda su autoridad moral, a través de una carta enviada al propio Santa Anna, hace un llamado al “Héroe de Tampico” o al “Quince años”³³ para que la religión católica fuera el eje rector del gobierno, al fungir como lazo de unión entre la población mexicana:

<<Ante todo, decía el perínclito historiador, pedimos que se conserve la religión católica, porque creemos en ella, y porque, aunque no la tuviéramos por divina, la consideramos como el único lazo común que liga a todos los mexicanos, cuando todos los demás han sido rotos, y como lo único capaz de

³³ Motes que se le dieron a Antonio López de Santa Anna, el primero por su rol de adalid en la defensa del territorio ante un intento de reconquista española en el temprano 1829, y el segundo por su afición al dinero o por la pérdida de su pierna en Veracruz, en el marco de la Guerra de los Pasteles, episodio a partir del cual se le comenzó también a llamar mocho, derivándose que a los afiliados al partido conservador también se les llamara de esta manera.

sostener a la raza hispano-americana, y que puede librarla de los grandes peligros a que está expuesta. (Salado, 1984-I: 196)

En su papel de intelectual del bando conservador, Alamán modera el discurso, ya que argumenta que no se plantea una vuelta a los tiempos inquisitoriales, sino un gobierno capaz de poner freno a la difusión de obras que fomenten la inmoralidad o sean impías.

Además, este personaje, y por ende el grupo conservador, se pronuncian a favor del centralismo y en contra de la participación popular en la toma de decisiones, con lo cual cortan de raíz con expresiones que serían propias del estado metafísico, en el cual la sociedad, el pueblo, tiene capacidad de expresión y decisión de las cosas públicas.

Acorde con los *Episodios*, lo anterior se desarrollaba en 1853, no obstante el triunfo liberal y la expedición de las Leyes de Reforma, en la década de 1860, hubo personajes también de cuño conservador que buscaban la implantación de un imperio que tornara las cosas a la usanza del estadio teológico, uno de los más destacados fue José María Gutiérrez Estrada, quien desde la década de 1840 se mudó a Europa con la intención de forjar un imperio en México que estuviera encabezado por un príncipe europeo.

Fueron varias las intentonas de este personaje por concretar su proyecto, muchas de las cuales no tuvieron éxito, pero su sueño imperial se concretaría cuando Maximiliano de Habsburgo aceptó la corona que le ofreció la Asamblea de Notables mexicanos; el naciente imperio mexicano estaría apoyado por el imperio francés, a la sazón comandado por Napoleón III.

Gutiérrez Estrada señala a la instauración de la República y a la independencia como las responsables de la degeneración que sucedía en México: “En estos o parecidos términos se expresaba, y concluía haciendo notar que la disolución, el bandidaje, el desorden y la anarquía eran del tiempo en que México había cambiado su forma de gobierno.” (Salado, 1984-IV: 134)

En el estira y afloja entre los diversos estadios que propone Comte, los cuales en el caso mexicano coincidieron temporalmente, Maximiliano compra la idea conservadora (teológica) y se da a la tarea de acaudillar un retorno directo a la época colonial: una sociedad regida por reyes.

El archiduque austriaco se deja embelesar por la zalamería de los imperialistas y, gracias al empuje de su esposa Carlota, acepta venir a hacer la felicidad de los mexicanos y reinstaurar la gloria y los territorios de sus antepasados:

Hay que fortificarnos, hay que prevenirnos, hay que ser astutos; ya lo sabéis: *prudentes sicut serpentes...* Tenemos que continuar nuestra propaganda monarquista, tenemos que convertir a mucha gente a los buenos principios. Si es cierto lo que nos decís, tras de México seguirán Colombia y Venezuela, Guatemala de seguro se nos adherirá y no tardaremos en saber que otras repúblicas del Sur piden también ingresar a la federación de Estados que se formarán bajo la égida del nieto de Carlos V, que va a procurar que las cosas de los viejos dominios de sus antepasados, vuelvan a su cauce. (Salado, 1984-V: 58)

Una vez en México, la realidad provocó que el flamante emperador Maximiliano se diera cuenta de que la situación no era tan halagüeña como se la plantearon quienes lo llamaron al trono, por ello busca distanciarse de este grupo, además de que empieza a asumir conductas propias de un ser instalado en el estadio comtiano metafísico.

A tal grado llega el desencuentro del emperador mexicano con los conservadores, que critica su carácter teológico llevado a ultranza, de corte retrógrado:

Tenéis a mis amigos los cangrejos: no podéis imaginaros torpeza más grande ni desconocimiento mayor de lo que es un gobierno: Felipe II, la inquisición, el absolutismo más horrible, no les asustan ni les afligen; el gobierno en nombre de Dios, el anatema a la libertad y a cuanto tiene relación con ella, las vejez más desacreditadas y más pasadas de moda se les figuran dogmas que no pueden tocarse sin atraer el castigo del cielo... (Salado, 1984-V: 275-276)

No nos adelantemos tanto en el tiempo, ya habrá momento para hablar del carácter teológico del Segundo Imperio mexicano (1864-1867), por el momento volvamos a mediados de la década de 1850, donde según los *Episodios* saladinos el pueblo tiene actitudes fanáticas, lo que demuestra su pertenencia al estadio teológico.

Sin importar que la Revolución de Ayutla, asociada al liberalismo y encabezada por el viejo caudillo guerrerense, Juan Álvarez, haya triunfado, hay estratos de la sociedad que aún reflejan un pensamiento teológico, muestra de ello el hecho de que en *El golpe de estado*, tercera novela de la serie *De Santa Anna a la Reforma*, se retrate una serie de conspiraciones clericales, así como una reyerta acontecida en Puebla, donde actitudes propias del fanatismo son de lo más natural. La cita procede de un diálogo sostenido por Juan Díaz con el narrador Juan Pérez:

Cosas espantosas, me contestó Juan, cosas que harían *jablar las piedras*. ¡Oh, la pasión humana, la pasión explotada por gentes diestras, qué horrores puede producir, a qué escándalos da margen! En las trincheras se predicaba que los pronunciados, los rebeldes contra la autoridad constituida, eran mártires que morían por la causa de Dios. Se besaban los pies de los cadáveres; sobre los altares de Cristo se ponían, a manera de reliquias santas, las bandas y las espadas de los caudillos de la rebelión, todavía humeantes con la sangre de sus compatriotas... Y todo esto se conducía en andas por señoras, por mujeres que como una promesa, más bien como una amenaza, llevaban el anillo de plata con la inscripción fatídica. (Salado, 1984-II: 169)

En la última novela de esta primera serie, titulada el *Plan de pacificación*, hay otra descripción que revela el fanatismo de la sociedad de la época, lo que permite encajonar a la sociedad mexicana dentro del estadio teológico.

En el apartado al que hacemos mención, se suscita en Tlaxochimaco el fenómeno de la aurora boreal (el pueblo se ilumina de rojo), lo que provoca reacciones desesperadas por parte del pueblo: ante lo que consideran el fin del mundo provocado por las “herejías” cometidas por los liberales, un ataque de estos a la iglesia o la agresión de alguna gavilla, hay arrepentimientos de última hora, confesiones de infidelidades, un amante descubierto *in fraganti*, perdones y otros actos que denotan el terror por parte de los habitantes de este pueblo ficticio jalisciense.

Juan Pérez es testigo de este acontecimiento, interpretado por el común de la gente como la cólera divina desatada por la aplicación de las leyes de Reforma, entre otras disposiciones emanadas del gobierno propio del estadio metafísico. Entre rezos e invocaciones, un elemento que desata aún más el furor de la gente son las campanadas de iglesia y la presencia de los franciscanos:

Pero había algo que infundía espanto en el ánimo del menos asustadizo: las campanas seguían tañendo sin descanso, como si se hubieran vuelto locas y quisiera convocar a los muertos que reposaban a la vera de ellas. De repente, dominando el desconcierto de los asustados, se oyeron voces que se acercaban poco a poco y que decían:

*Dies iræ, diez illa,
Solvēt sæculum in favilla.
Teste David cum Sybilla...*

Eran los frailes de convento de franciscanos que llegaban en ordenada procesión. (Salado, 1984-III: 221)

Los religiosos infunden mayor terror entre los oriundos de Tlaxochimaco, ante las los intentos de explicación por parte de uno de los sabios de esta demarcación, Pedro Ruiz

Gómez, quien presume de liberal y entendido, pero resulta ridiculizado al ser el cornudo en cuestión; mientras tanto, los frailes no cesan con su “himno medieval”.

Si bien es cierto, a lo largo de la temprana historia independiente de México hubo desencuentros entre el clero y la milicia, en la época que transcurre *De Santa Anna a la Reforma* estos grupos forjaron una alianza que, junto con los conservadores y un pueblo dócil, religioso, fanático, resultó difícil de derribar para el estadio metafísico, que tuvo que batallar y sobrellevar un vaivén entre regímenes centralistas (pueden equipararse con los conservadores, por ende con el estadio teológico) y federalistas (entiéndase como liberal, por lo tanto metafísico).

En el marco de estas idas y vueltas, el país seguía tan agitado como en las épocas independentistas, desolado, envuelto en diversas guerras tanto civiles como intervencionistas, por lo que el porfiriato será una etapa contrastante, un momento de alivio, donde como ya hemos visto, se alcanzó personalidad internacional.³⁴ En resumen, será el estadio positivo, porque incluso se dejarán de lado las ideas radicales del ala liberal, para volver al *statu quo* del régimen antiguo, pero al respecto ahondaremos más adelante.

Volvamos a la mentada unión militar-clerical, que se suscita en el final de *Su Alteza Serenísima*, primera novela de la serie inicial de los *Episodios nacionales mexicanos*, esta alianza es producto de la entronización de Antonio López de Santa Anna en el poder ejecutivo. Nicolás Cuevas, el polizonte también oriundo de Tlaxochimaco, le relata a Juan Pérez el momento apoteósico de este encuentro de poderes:

Pues yo encuentro que ese crítico momento no fue sino el del *Te Deum* en la catedral. Fíjate, Pérez, y dime si puede haber cosa más bella: el arzobispo de capa pluvial y acompañado de todo su clero: la música preludiando el himno admirable de San Agustín y San Ambrosio; las campanas echadas a vuelo; el presidente y sus ministros bajo palio, saliendo en medio de aquella muchedumbre entusiasta y de aquel lujo portentoso; y el cañón atronando los aires, como marcando el ritmo a la ceremonia sin igual. (Salado, 1984-I: 208)

Elementos como el rugir del cañón se combinan con el tañer de las campanas, además de que la sombra religiosa del palio cobija a la camarilla presidencial, todo aderezado por el boato propio del momento.

³⁴ Vid. *Supra* I.4.2. Importación del positivismo a México.

Hemos señalado que en algunos momentos de *De Santa Anna a la Reforma*, Juan Pérez delega la palabra a otros personajes, lo que es una estrategia de Victoriano Salado Álvarez para enriquecer su perspectiva y alcanzar la totalidad en el retrato de época.

En este entendido, es Nicolás Cuevas uno de quienes toma la palabra, específicamente en sus *Memorias de un polizonte* (redactadas a manera de diario), sección de la novela homónima, segunda de la primera serie de *Episodios* saladinos, pero que no resulta del todo verosímil, ya que este personaje, de estrato bajo, sin educación, miembro de la policía secreta, usa cultismos refinados y un léxico que no es propio de su personalidad, por lo que a pesar de usar la figura *Captatio benevolente*, que pretende a través de una falsa modestia generar empatía entre los lectores, hay un dejo de ironía sobre este personaje, su discurso y, por ende, el bando conservador.

Cuevas relata el mismo momento que recién hemos reseñado, cuando se forja la unión entre la milicia y el clero. Su descripción es más detallada y elaborada que la anterior, ya que Juan Pérez fue el narrador de la referencia anterior y la que sigue es del propio Cuevas:

En aquel momento, entre el fulgurar de cruces, casullas, mitras, charreteras, canelones, báculos, capas pluviales, espadas y espadines; mientras titilaban cerca de la custodia las lenguas de fuego de los cirios y cubría veneras, galones, entorchados, terciopelo y raso una nube de incienso que divinizaba el cuadro, yo dije en mi interior con voz honda y potente: <<!Señor, que dure siempre esta feliz alianza; que no se altere nunca la concordia entre la Iglesia y el Estado, y que sigamos viendo por luengos años el trono del colérico Sabaath bíblico, sostenido por las bayonetas de estos bravos militares! Y que todo sea para esplendor del culto, gloria de la Iglesia y extirpación de las herejías...>> (Salado, 1984-I: 292)

Este personaje también describe el gusto de Santa Anna por combinar su uniforme de general con elementos propios de la realeza, así como la resurrección, con el respaldo del Papa Pío IX, de la Orden de Guadalupe, forjada por el otrora emperador Agustín de Iturbide, lo que viene a enfatizar su condición de responsable de un gobierno cuasi monárquico-teológico. Para Cuevas resulta una verdadera bendición que la unión del Estado con la Iglesia se haya concretado, es decir, celebra el retorno pleno al estadio teológico, a los tiempos coloniales.

Con sus once estadias en la presidencia y una constante aparición en los momentos más importantes de la historia mexicana desde la época de la Independencia hasta las décadas de 1850 y 1860, Santa Anna ha sido un personaje sumamente polémico, a tal grado que su

figura ha merecido el tratamiento literario por parte de diversas plumas, de entre las que sobresale la de Enrique Serna, con su novela *El seductor de la patria* (1999), además de que desde el campo de la historia también se ha hecho un exhaustivo análisis de elementos de sus regímenes.

En la primera serie de los *Episodios nacionales mexicanos*, Victoriano Salado Álvarez hace un retrato de la última presidencia de este personaje, donde como ya hemos visto aparece a la cabeza de un gobierno conservador, cercano a los ámbitos real e imperial, pero obviamente la singularidad y originalidad que caracterizan a los mexicanos le dará más sabor a un régimen que se aviene a los cánones dictados por Comte respecto al estadio metafísico.

Un apologista del régimen como lo es el polizone Nicolás Cuevas habla del cabecilla del estadio metafísico a la mexicana en los siguientes términos:

Uno de los cargos que se han hecho al General Santa Anna es el de que se descuidaba los asuntos públicos por dedicarse a jugar gallos y a bureos con damiselas alegres. Tales cosas no deshonran en manera alguna a nuestro ilustre jefe, pues ejemplos hay de militares y príncipes gloriosísimos que se han dedicado a pasatiempos semejantes sin llegar por eso a abandonar los negocios públicos; pero los maldicientes y deslenguados no dirán ahora nada, pues en unos cuantos días el gobierno lleva expedidos decretos sapientísimos y que le darán eterna fama. (Salado, 1984-I: 23)

A pesar de buscar la manera de descargar a Santa Anna de las “fallas” que le atribuían sus detractores, poniéndolo en comparación con príncipes y militares de primer nivel, es bien sabido que en los momentos claves, sin importar su rol como presidente, desaparecía. Incluso los miembros del propio partido conservador, como Lucas Alamán, le apuntaban estos fallos.

En lo que concierne a los gallos, ya investido como presidente en su postrero régimen, Santa Anna desacata las órdenes de su propio gobierno, que tenía prohibidas las apuestas, va a “Tlálpam”, otrora San Agustín de las Cuevas, donde juega y gana, pero demostrando su magnanimidad, según Cuevas, regala el dinero al pueblo congregado en el palenque.

De entre los “decretos sapientísimos” que se instauraron durante esta dictadura destacan el de la creación del Ministerio de Gobernación, pero este camina junto a otro que prohíbe a los particulares poseer armas, bajo el argumento de que podrían fomentar asonadas y botines, o los famosísimos impuestos por poseer caballos o abrir las ventanas.

En su intento de exaltar al gobierno, Cuevas critica a los detractores y se suma a los que demandan un retorno a los tiempos represivos e inquisitoriales, es decir a la Colonia, con lo que se consolidaría el *ancien régime*, el estadio teológico, que sostiene una pugna con el estadio metafísico:

Como aun las medidas más benéficas tienen enemigos, no han faltado sutiles y almidonados que hayan dicho que así se va a impedir que los hombres honrados se defiendan de los malhechores; pero tal cosa no tiene raíz ni fundamento, pues para impedir el auge de los ladrones se repondrán la Acordada, la picota, la horca y la Santa Hermandad, conforme lo ha pedido *El Omnibus*, que es uno de nuestros atletas. (Salado, 1984-I: 232)

Con esta referencia, además de tener en cuenta algunos aspectos del programa de gobierno que se habría desarrollado en caso de que el estadio teológico hubiera tenido el poder durante más tiempo, también queremos aludir a un elemento que enriquece las dos series de los *Episodios* saladinos: la historia periodística de México en el periodo 1851-1867. A lo largo de este ciclo novelístico es constante la alusión a personajes que encabezaron periódicos de la época, las tendencias de los medios, así como el poder de sugerencia entre la población.³⁵

Finalmente, un comentario más respecto a Santa Anna, figura que quiso conformar una realeza en su entorno y así encabezar un estadio plenamente teológico. El boato de este presidente –en atención a lo relatado en los *Episodios*– se tradujo en la solicitud de regimientos de suizos que resguardaran su integridad, tal como ha sido una tradición entre los Papas de la iglesia católica. Históricamente esta petición existió, pero nunca se concretó.

Nicolás Cuevas señala al respecto: “Y aunque nuestro Presidente sea un tanto atezado, y no parezca precisamente un monarca europeo, ya habrá manera de rodearlo de aparato semejante al de los reyes.” (Salado, 1984-I: 275)

Una vez que el régimen encabezado por Santa Anna cayó, gracias a la Revolución de Ayutla, e instalado en la presidencia Ignacio Comonfort, los conservadores y el clero (grupos teológicos) vuelven al ataque para buscar su retorno al poder, así como para no perder privilegios, una vez que fue decretada en 1856 la ley de Desamortización de Manos Muertas.

³⁵ “La función del periodismo se localiza en la crítica social, pero puede servir como reafirmación del aparato social que la genera y la valida. Esta multiplicidad de voces y posturas que confluyen en *De Santa Anna a la Reforma* puede ser atribuida a la misma pluralidad permitida por el pensamiento de la época.” (Sánchez, 2007: 158)

Además de múltiples conspiraciones, el contraataque teológico se dio en el campo que convenía, el de la fe:

No escaseaban, naturalmente, las censuras eclesiásticas. Un día se declaraba incurso en excomunión *ipso facto* a todos cuantos adquirieran bienes de la Iglesia; otro a cuantos hablaran de la *maldecida tolerancia de cultos*; otro amanecían en tablillas los nombres de ministros y diputados. (Salado, 1984-II: 45)

Lo anterior es narrado en *El golpe de estado*, tercera novela de la primera serie, de nuevo se presenta el vaivén entre los estadios teológico y metafísico, imponiéndose el primero gracias a errores de quienes abanderaban por el segundo. Con ello, de nueva cuenta se realiza la alianza entre la Iglesia y el Estado, tan deseada por personajes como Nicolás Cuevas.

Reinstalados en el poder, aquellos conservadores, militares y parte del clero, es decir, los afines al estadio teológico, que fueron agraviados, están listos para cobrar venganza. Uno de los que sufren esta situación es el jalisciense Jesús Ignacio Herrera y Cairo, quien en la víspera de su muerte le revela a Juan Pérez que muere en la fe democrática:

Hace usted mal en venir; si supieran quién era usted, quizás se iba delante de mí. Son fieras sanguinarias, que no tienen más afán que matar, y no les retraen, sino que los excitan, la juventud, el mérito y la dicha... Mi desgracia es poseer la primera y la última de esas cosas, y voy a ser sacrificado obscuramente y sin gloria... No me pueden perdonar que haya llevado entre filas a los prelados de los conventos, a fin de demostrarles que eran iguales a cualquier hombre que elude una disposición legal... (Salado, 1984-II: 480)

Corría el año de 1858 cuando es relatada esta escena, en la cuarta novela, *Los mártires de Tacubaya*, donde queda plasmado el retorno al estadio teológico, gracias al esfuerzo del grupo conservador. El nombre de esta novela hace referencia a la matanza encabezada por el conservador Leonardo Márquez en Tacubaya, el 11 de abril de 1859. Juan Pérez estuvo próximo a fenecer en la jornada de 53 fusilamientos que puso fin a la Batalla de Tacubaya.

Como se ha podido apreciar, el vaivén teológico-metafísico fue constante, y cada uno de estos grupos se cobraba con sangre las afrentas que sufrían a manos de sus adversarios; esta situación sólo finalizará una vez que se instale el estado positivo, social, como se configurará al Porfiriato, que logró reimplantar el *statu quo* previo a la época de revoluciones, aunque después fue derribado por un nuevo conflicto social.

La quinta novela, *La Reforma*, tiene muchos elementos del estadio metafísico, en ella se aprecian a personalidades liberales que encabezaban “el gobierno metafísico”, “la legalidad trashumante”, “la familia enferma”, en referencia al supuesto gobierno que realizaban desde Veracruz, ya que la capital estaba ocupada por los conservadores. En ella se ve en acción a los promulgadores de las Leyes de Reforma, así como a un personaje representante del estadio positivo como lo fue Melchor Ocampo, por lo que elementos de esta novela los rescataremos más adelante.

La reimplantación del estadio teológico se traduce en una verdadera involución, ya que en su vuelta a Tlaxochimaco, Juan Pérez encuentra a su pueblo desmoralizado, siendo que otrora se caracterizó por la valentía y el arrojo. En esta parte, Juan Pérez delega la palabra al cura Herrera para relatar lo referente a las gavillas tanto liberales como conservadoras – otro elemento que será desterrado en tiempos del Porfiriato–, que son el pan de cada día, abusando y expoliando a los pueblos; es tal el abatimiento que partidas de cinco hombres hacen su voluntad.

Ante este panorama adverso, Juan Pérez organiza la resistencia y corona la defensa de su tierra natal con el fusilamiento del *Caimán*, gracias al apoyo de una actriz: “Así fue como la Antonia Robles, nueva y astuta Judit, aunque más recatada que la otra, salvó al pueblo de Tlaxochimaco, después del ardor de los vecinos y de la ayuda de Dios.” (Salado, 1984-III: 316)

La muerte de este Holofernes mexicano –el *Caimán*–, concretada gracias la unidad del pueblo en torno a la figura de Juan Pérez, representa hasta cierto punto al Porfiriato, es decir, la unión del pueblo alrededor de un caudillo, por ende la implantación del estadio positivo, siguiendo a un líder como Porfirio Díaz, quien supo evolucionar, trascender de un estadio a otro, del metafísico al positivo:

Los vecinos, que habían sufrido tanto, comprendieron que sólo merced a la unión concertada se había alcanzado el triunfo contra la canalla, y dando muchas gracias a su caudillo don Juan Pérez de la Llana, se propusieron resistir con igual decisión cualquier otra intentona como la pasada.

Y santo remedio; porque las gavillas no volvieron por Tlaxochimaco al saber que no hallaban la buena acogida de otras veces.>> (Salado, 1984-III: 317)

Volviendo al estadio teológico, aproximadamente en 1860, la tan anhelada unión entre el clero y la milicia para dar al traste con el régimen liberal comienza a resquebrajarse, junto con todo el gobierno conservador.

En las *Memorias de un mocho*, sección que integra *La Reforma*, quinta novela de la primera serie, Juan Pérez delega la palabra a su paisano Ventura Ortiz,³⁶ simpatizante del núcleo conservador, quien da cuenta del inminente rompimiento en el grupo de quienes se encuentran en el estadio teológico:

Buenos están ustedes, ojalateros, bellacos, enredadores, mochos que gritan religión y fueros en el corral de su casa, y que cuando se trata de dar un real o de exponer una pulgada de pellejo, se espantan y vociferan como si tuviéramos nosotros la obligación de cuidar a los que se visten por la cabeza, como decía mi inolvidable general Osollos. (Salado, 1984-III: 125)

La burla por parte de Ventura Ortiz hacia los sacerdotes es clara, ridiculizando sus vestimentas y criticándolos por no estar en la línea de batalla y no aportar los recursos necesarios para llevar a buen puerto el sostenimiento del estadio teológico, a diferencia de los milicianos, quienes constantemente se ponen en riesgo con tal de no permitir el ascenso al poder de quienes representan al estadio metafísico.

Para perfilar el cierre de esta primera sección, hablaremos un poco del carácter teológico de la ciencia en el Segundo Imperio, situación que fue incluso rechazada por el propio Maximiliano, quien, como se comentó anteriormente, criticó a aquellos que proyectaban la restauración de un sistema cuasi medieval. Esto se relata a través de Josefina Hernández de Ubiarco, quien lleva la batuta en *La corte de Maximiliano. Nuevas confesiones de una afrancesada – (1863-1867)*, tercera novela de *La Intervención y el Imperio*.

Es tal el afán clerical por perpetuar al pueblo fanatizado, dándole sólo la instrucción mínima para mantenerlo sumiso y controlado a través de la ignorancia, que uno de los asesores de Maximiliano, el padre Robles, sugiere que se deje de lado el sistema de Copérnico, implantando una vez más el de Tolomeo. Los argumentos que ofrece el sacerdote no son del todo contundentes, por el contrario, son bastante endebles, lógicos, y ratifican la cortedad de miras de quienes defienden al estadio teológico:

Así es que lo único que podemos asegurar es que estamos en la tierra y que desde ella observamos cuanto acontece: la tierra es, pues, nuestro centro de observación, y como si de ella tiramos líneas para arriba, para abajo y para

³⁶ Juan Pérez hace manifiesto el control de la palabra al corregirle la plana a su paisano mocho, con quien en un principio tiene un altercado pues éste era el prometido que los padres de Trinidad le tenían asignado a ésta, posteriormente le salva la vida y mantiene un relación epistolar con él: “Puede parecer a algunos que presto a Ortiz demasiados adornos retóricos. Confieso que en muchas cosas Venturita habla como yo hubiera hablado; pero consiste todo en que la forma de mi pobre amigo era más mala aún que la mía, y queriendo enmendar esto y lo otro, rehice todo lo escrito.” (Salado, 1984-III: 109-110)

cualquiera de los lados, la tierra viene a ser el centro de esas líneas, deduzco rectamente que la tierra es el centro del universo. (Salado, 1984- V: 283)

Una vez que hemos analizado el estadio teológico y su presencia en los *Episodios nacionales mexicanos*, es posible asegurar que la primera serie es un retrato de este estadio, pero que también presenta aspectos del estadio metafísico, así como la segunda parte es un retrato de la sociedad de corte metafísico, pero también hay un retroceso al estadio teológico, lo cual se debe al vaivén que se da entre los estadios.

Ya para concluir y ante la perspectiva de debacle del Segundo Imperio, el artífice de este proyecto de gobierno, José María Gutiérrez Estrada, reconoce el error en que han incurrido: “Sí, amigos míos, contestó el patriarca; hay tiempos de acometer y tiempos de retirar: yo sigo en mis trece; pero ¿por qué no decirlo? Hemos equivocado el camino...” (Salado, 1984-V: 671)

Con esta declaración, vemos también el nacimiento del nuevo régimen, no precisamente el metafísico, sino el positivo, que en términos históricos, según la propuesta de Victoriano Salado Álvarez, se da en el Porfiriato, donde habrá armonía, bienestar y unidad, pues la semilla plantada por los partícipes del estadio metafísico será sembrada por quienes comanden el porfiriato, ya sea que evolucionen de un estadio a otro, como el caudillo Porfirio Díaz, o las nuevas generaciones, como fue el caso del grupo de Los Científicos.

Hay una cita más que nos gustaría agregar, también aparece en *La corte de Maximiliano*, y es una síntesis de lo que aconteció entre los estadios teológico y metafísico, del vaivén que hemos venido comentando. En este fragmento, Carlos Sánchez Navarro, adinerado propietario norteco, le pide al vacilante emperador que no abandone el cargo a fin de que no decaiga el estadio teológico:

Llegó don Carlos cantando un aria *di bravura* que daba la hora. Había que prepararse a la lucha, a la lucha entre la civilización y la barbarie (naturalmente que la barbarie era el juarismo), entre la sociedad culta y la anarquía, entre los que deseaban que siguieran subsistiendo las instituciones próceras –la religión, la familia, el gobierno– contra los que querían arrasar todo sustituyéndolo con la más desenfadada disolución y el más descarado bandidaje. Me parece, aunque no estoy bien segura de ello, que citaba, en latín y con toda la solemnidad del caso, el *pro aris et focis certare* virgiliano. Era mucho don Carlos aquel.” (Salado, 1984-V: 714-715)

A través de esta cita se introduce la disyuntiva que marcó la pauta en el siglo XIX hispanoamericano: civilización y barbarie, que en el marco de los *Episodios nacionales*

mexicanos se emparentan con los bandos teológico y metafísico, respectivamente. Los valores del gobierno, la familia y la religión, enarbolados por los conservadores se contraponen a la anarquía impulsada por el gobierno liberal.

II.2. *La intervención y el Imperio: transición del estadio metafísico.*

Ya hemos visto que el estadio metafísico se caracteriza por ser un momento de cambio, de transición, pues es necesario un carácter combativo de parte de quienes buscan derribar el *statu quo* del estadio teológico.

En el caso mexicano, fue el partido liberal el que enarboló la bandera metafísica, oponiéndose al bando conservador-teológico; durante los *Episodios nacionales mexicanos* de Victoriano Salado Álvarez, los miembros y características del estadio metafísico aparecen principalmente en la segunda serie, *La Intervención y el Imperio*, aunque también es cierto que hay elementos de esta naturaleza en la primera serie, pues como hemos visto no es posible marcar una distinción temporal entre los estadios, debido a que la más de las veces se encuentran de manera simultánea, coinciden.

Páginas atrás comentamos que *De Santa Anna a la Reforma* tiene cierta unidad narrativa, ya que Juan Pérez es el responsable del relato, corrigiéndole la plana a sus paisanos o agregando las cartas que considera pertinentes, pero para la segunda serie, Victoriano Salado Álvarez refresca su poética, ya que no alude a un ente ficcional como fue Juan Pérez, sino que hace uso de nombres de personas que históricamente se involucraron en la etapa intervencionista e imperialista, como es el caso de una de las principales narradoras: Josefina Fernández de Ubiarco, una afrancesada de quien conocemos sus memorias en dos de las siete novelas que integran *La Intervención y el Imperio*.

El propio Salado menciona este cambio de su poética durante una suerte de introito que hace *Al Lector*, previo al comienzo de la primera novela de esta serie:

Pareceres de personas sensatas me inclinaban a no mencionar con sus nombres a los que tomaron parte en los sucesos que relato; más estudiando detenidamente el caso, me he convencido de que tan acreedores a la benevolencia son los personajes de primera fila como los más humildes comparsas; es decir que no hallo por qué habían de salir a plaza Maximiliano, Carlota o Almonte, y no tal o cual dama o caballero que viven o tienen descendientes. (Salado, 1984-IV: 8)

Conforme encontremos las citas en las diversas novelas, las reseñaremos con brevedad para estar conscientes del contenido de las mismas, aunque la temática es obvia: el enfrentamiento que se dio entre los liberales y los conservadores, bando este último que vio con buenos ojos la intervención tripartita en 1862 y después solicitó la venida de un príncipe de origen austriaco para que encabezara un régimen imperial.

Al interior del grupo liberal se tenía la certeza de que no había posibilidad de mediar o hacer concesiones con el bando contrario, muestra de ello el fracaso del liberalismo moderado que buscó implantar el presidente Comonfort. Aún en la primera serie, específicamente en *Los mártires de Tacubaya* se alude a esta idea:

Pero si queremos destruir la mala semilla, necesitamos arrancar diente y dolor. Estamos en la brecha y es menester decidirse a matar o a que nos maten; es triste que hijos de la misma patria se destruyan como los judíos en Jerusalén; pero no hay conciliación ni arreglo posible entre lo viejo, lo caduco y lo abusivo que ellos representan, y lo nuevo, lo luminoso y lo grande que representamos nosotros. La suerte está echada y hay que aguardar a que se decida. (Salado, 1984-II: 472)

Esta referencia procede de una carta que Miguel Cruz Aedo le hace llegar a Juan Pérez, quien se encuentra convaleciente en una hacienda luego de recibir una herida en acción.

Como lo iremos viendo, la idea de renovación asociada al bando liberal, en contraposición a la podredumbre ligada a los conservadores, estará presente en el pensamiento de quienes impulsan el estadio metafísico a lo largo de las páginas de los *Episodios* saladinos.

También en la primera serie, pero en las páginas que componen *Su Alteza Serenísima*, vemos como el choque entre bandos tiene origen en un conflicto generacional, tal como lo señala Trini, amada de Juan Pérez al desentenderse de las creencias de su padre, Crescencio Torres:

Y cuando vengas por mí le probaremos a mi señor padre que los monigotes armados de porras, y el oro y el gules, y los losanges y las barras del mamarracho de escudo en que él se extasía, nada valen ante dos chiquillos que bien se quieren y que hacen maldito el caso de dineros, de mayorazgos y de vejeces. (Salado, 1984-I: 80)

Este cambio de paradigma no es exclusivo de la juventud, pues un personaje de la segunda serie como Germán Olivos³⁷ también es partidario de abandonar las ideas de nobleza mexicana, promoviendo por el contrario la consolidación de una sociedad igualitaria.

Olivos, en *Las ranas pidiendo rey*, argumenta las razones por las cuales no puede hablarse de una nobleza mexicana, principalmente por el hecho de que la mayor parte de los títulos nobiliarios de los que presumía la aristocracia mexicana databan de la época de la bonanza minera y fueron adquiridos por mineros o comerciantes, no por personas que hayan hecho un servicio al Rey o a la humanidad:

Todos los títulos mexicanos (y digo todos porque dos o tres ejemplos en contrario no prueban nada) proceden del siglo pasado o de actual, todos se compraron con dinero, y si hay entre ellos alguno (como el de los condes de Regla) que provenga de eminentes y gloriosísimos servicios al rey y a la humanidad, la inmensa mayoría fue dada a tenderos enriquecidos o a mineros afortunados, que tenían tanto de nobles como el diablo de obispo. (Salado, 1984-IV: 124-125)

Como constatamos, el estadio metafísico se caracteriza por el gobierno de los pueblos, régimen que viene en consonancia con el pensamiento expresado en los *Episodios nacionales mexicanos* por parte de Germán Olivos, a diferencia de Josefina Fernández de Ubiarco, quien aún radica en el estadio teológico y propugna por una sociedad de clases bien definidas y un gobierno de corte imperial, de manera similar a Crescencio Torres, padrino de Juan Pérez.

El carácter de choque del estadio metafísico busca arrebatar al poder a quienes se ubican en el *ancien régime*, por ello la crítica de los liberales es mordaz hacia los militares, los clericales y los conservadores, pues el plan de los liberales tiene como objetivo poner en movimiento a la nación, liberándola de la inmovilidad que es propia del estadio teológico. Aquí, Juan Pérez arremete contra los conservadores-teológicos:

³⁷ Los hijos de este personaje, Miguel y Francisco, serán personajes de primera línea en *La Intervención y el Imperio*. Miguel en las páginas de *Puebla*, donde participará en la defensa de Puebla el 5 de mayo, además de que compartirá su experiencia como cautivo del ejército francés y miliciano liberal en las secciones “Cartas del destierro” y “Cartas de la guerra”, que junto a las “Cartas nigrománticas” integran la novela *Ramón Corona*. Es interesante el apunte que hace Salado Álvarez respecto a esta novela recién mencionada, debido a que en un apunte previo, titulado *Al que leyere*, al comienzo de la misma se concede el papel de copista a la vez de autor: “En este *Episodio*, mi trabajo ha consistido en reunir, compaginar y poner en orden la colección de cartas; y aunque en muchas de ellas se refieren casos que ya se han relatado por medido en la colección, no quise suprimir nada, temeroso de que me acusaran de truncar textos o de adulterarlos, que son delitos imperdonables en concepto de los bibliógrafos y archiveros.” (Salado, 1984-VI: 289) A su vez, Pancho tendrá un papel importante en *Porfirio Díaz*, donde acompañó al caudillo en sus aventuras, sólo que, a diferencia de su hermano Miguel, no alcanzará a ver el triunfo de la causa liberal, ya que muere durante la batalla del dos de abril de 1867, en la víspera del fin de la empresa imperialista.

“¡La guerra! ¿Qué cosa más tremenda? Pero nosotros no la hemos desencadenado, ¡vive Dios! Hemos hecho lo que habría hecho cualquier partido en nuestro caso. Nosotros queremos el movimiento, el progreso, la vida; sacar a nuestra patria de la atonía colonial, hacerla semejante a los países en que los hombres adoran a Dios como les place, se tratan como iguales y gozan de deberes y derechos. ¡Pocos empeños habrá más santos! En cambio, dos grupos privilegiados, que medran a costa de la ignorancia y de las desigualdades, se oponen a esos fines. ¡Qué sea suya la culpa y que sobre ellos caiga la sangre derramada!” (Salado, 1984-II: 485-486)

La idea de contrastar lo caduco-conservador-teológico con lo novedoso-liberal-metafísico se hace presente en el ideario presente en el episodio denominado *La Reforma*, aún en la primera serie saladina.

En ambas series, la galería de personajes trascendentes a la que hemos aludido se enriquece con las estampas de Valentín Gómez Farías, Benito Juárez, Guillermo Prieto, Ignacio Ramírez, Jesús González Ortega y “El Santo de la Reforma”, como se le denomina a Melchor Ocampo.

Mención aparte merecen las descripciones que se realizan respecto a Ramírez y Ocampo, pues tal como lo señala Francisco Jiménez, estos personajes representan a plenitud las personalidades correspondientes a los estadios metafísico y positivo:

De acuerdo con Salado, la figura histórica que encarnaba las virtudes que exige la “Religión de la Humanidad” era Melchor Ocampo, “un hombre de ciencia... creyente sincero y convencido de la grandeza de la humanidad” (V, 74). Este último es comparado con Ignacio Ramírez, *el Voltaire mexicano*. Ocampo representa al “hombre positivo”, Ignacio Ramírez al “hombre metafísico” (V, 73-81). (Jiménez, 1974: 131)

En *La Reforma*, Juan Pérez convive con estos próceres y otros más instalados en Veracruz, principalmente con Ocampo, quien refrenda la idea de cortar con el *ancien régime*, rompimiento que se materializará a través de las Leyes de Reforma.

El propio Ocampo lo envía a difundir el nuevo marco jurídico, lo que le permitirá a Pérez de la Llana volver a Tlaxochimaco para encabezar la defensa de su tierra natal de las gavillas:

Señor la Llana, usted puede prestar un buen servicio a la causa: se acaban de expedir las Leyes de Reforma, que significan la ruptura del último vínculo entre el México viejo y el México nuevo, entre la tradición y la idea moderna, entre lo podrido y lo inútil, y lo pujante y lozano. (Salado, 1984-III: 99)

Este México revitalizado, renaciente, es propio del estadio metafísico, que como ya apuntamos tiene un carácter transitorio, no se perpetuará, sino que arrojará del poder a quienes lo ostentan, para después perder su lugar a manos de la burguesía, que en el caso de México estará representada por “Los Científicos”, es decir, la propuesta de Salado Álvarez consiste en hacer herederos a los porfiristas de la semilla que fue sembrada por los liberales.

En los *Episodios*, Benito Juárez refuerza la encomienda asignada a Juan Pérez en el renacer nacional, mismo que equipara con la fiesta del fuego nuevo mexicana. Esta revitalización del país será complicada, tendrá una infancia dura, como lo podemos constatar en los *Episodios* que versan sobre los ataques a la soberanía mexicana, como la Intervención y el Imperio, por ende, el juarismo será una infancia llena de dificultades, por lo que el Porfiriato será, para Salado Álvarez, la etapa de madurez en la que se ha alcanzado una personalidad a nivel internacional.

Volvamos con Ignacio Ramírez, *El Nigromante*, que con sus discursos incendiarios se proyecta como representante del estadio metafísico. A estas personalidades, con el paso del tiempo, durante el Porfiriato, se les relegará y se les calificará de jacobinos. La escena procede de *La Reforma*, específicamente de un diálogo que Ramírez sostiene con Melchor Ocampo:

Porque el clero es el enemigo común; hay que hacerle la guerra por todos los medios, los buenos y los malos, los legítimos y los ilegítimos... Si se trata de acabar con él, me uniré contigo, y ocurriré al arsenal de tus leyes, me juntaré con Rojas y aceptaré sus teas incendiarias, iré con Pueblita y le pediré sus facinerosos... ¡Ecrasons l'infame!, digamos con Voltaire; aplastemos esa hidra de mil cabezas, pulvericémosla y aventemos el polvo que de ella reste... (Salado, 1984-III: 85)

Como vemos, el estadio metafísico sólo perseguía una labor destructiva, a diferencia del estadio positivo, donde sí existe un afán de reconstrucción, ejemplificado por Ocampo, sobre quien haremos algunos apuntes cuando hagamos el análisis del estadio positivo presente en los *Episodios nacionales mexicanos*, sólo recordamos que estas personalidades representan posturas ideológicas afines, sólo que los medios que proponen para llegar a sus objetivos son diferentes.

En *Las ranas pidiendo rey*, Josefina Fernández arremete en contra de Juárez por las disposiciones que emite para llevar el culto dentro de las iglesias, no en las calles, lo que habla del choque que aún se presentaba por parte del estadio teológico ante el metafísico.

Nótese que la transición es particular en el caso mexicano, pues la defensa del estadio metafísico se tuvo que realizar en Veracruz, así como en otras partes del país, como Guadalajara, San Luis Potosí o Paso del Norte, hoy ciudad Juárez, ya que los liberales tuvieron que salir de la capital ante la embestida conservadora: “La primera providencia del ciudadano Juárez ha sido disponer, desde su retiro veracruzano, que se lleve el viático ocultamente y que las campanas no toquen sino el alba, a mediodía, el ángelus y para llamar a misa.” (Salado, 1984-IV: 49)

En el contexto mexicano, los partidarios del estadio metafísico aprovecharon las circunstancias para equiparar su lucha con la defensa de la patria, en ese entonces, lo metafísico-liberal era igual a lo nacional, lo que propicia unidad entre el bando liberal y algunos conservadores, sin importar que recién hubieran entablado un combate a muerte.

En los *Episodios*, específicamente en *Puebla*, Victoriano Salado hace una apología de la unidad que se vivió de cara a la Intervención francesa, pues algunos de quienes defendían la bandera conservadora dejaron de lado sus pruritos ideológicos e hicieron frente al invasor:

Y lo más bello era que quienes luchaban en gallardías eran los mismos que dos años antes se habían destrozado por los fueros y la libertad. Una buena parte de los oficiales encerrados en Puebla era de conservadores; pero ni hablaban jota de religión ni de privilegios, ni sus contrarios mencionaban la abolición de conventos ni la Reforma: sólo un ideal se versaba en aquellos días de sincero entusiasmo y de nobilísima competencia: el ideal de patria libre y una, mandada por sus hijos y hecha grande por ellos. Ni un disgusto, ni una disputa, ni una sola enemistad brotaron durante el sitio entre quienes, antes de él, se habían puesto de mochos, retrógrados, hacheros, impíos, tagarnos, religioneros y otros motes, que no había por donde cogerles. (Salado, 1984-IV: 603-604)

De entre el núcleo de conservadores que participan de la defensa de la soberanía, hay uno que es resaltado por Victoriano Salado Álvarez, el coronel Manuel González, personaje que, históricamente, comienza una amistad con Porfirio Díaz y que más adelante lo relevará en la presidencia, para después volver a dejarlo en el poder.

Así como existieron conservadores que se aliaron con los liberales ante el invasor, otros no lo hicieron. De igual manera, también hubo disposición al sacrificio por parte de la juventud, así como una incipiente toma de conciencia por parte de este sector poblacional, el

cual será cosechado en el Porfiriato, es decir, volvemos a la idea de que el estadio positivo- Porfiriato es el heredero de los héroes de la época liberal-estadio metafísico.

En los *Episodios*, la toma de conciencia nacional es liderada por los grandes próceres históricos que encabezan la épica liberal –Juárez, Ocampo, Prieto, Díaz, Comonfort, Ramírez–, pero los personajes meramente ficcionales creados por Salado toman parte en la conformación de una nueva sociedad, muestra de ello la joven Eugenia, quien acompaña a Miguel Caballero de Olivos a la defensa de Puebla en 1862 y rompe el nexo con su madre Josefina Fernández de Ubiarco, lo que representa el desprendimiento de la nueva generación que se afiliará al estadio metafísico, semilla del positivo, dejando atrás el pensamiento teológico. La siguiente cita procede de *Las ranas pidiendo rey*, primera novela de la segunda serie:

Por otra parte, conozco que no podríamos vivir en lo de adelante como habíamos vivido: tú eres demasiado aristócrata, demasiado extranjerizada, demasiado sabia y estás demasiado metida en política, para que te pudieras avenir a hacer vida común con una pobre que no sabe nada de diplomacia, ni de corte, ni de grandeza y que quiere a México como te quiere a ti: con toda su alma. (Salado, 1984-IV: 298)

Como veremos más adelante, estos personajes, Miguel y Eugenia, son parte del estadio positivo, si bien es cierto que primero transitan por el metafísico, pero el hijo que conciben, nacido bajo el fragor de los combates en Puebla en 1863, será la cosecha positiva del estadio metafísico. A tal grado es la toma de conciencia de *Génie*, que sin importar que haya nacido en Francia, ella se declara “mexicana de corazón” y se mantiene firme en sus convicciones, que son las mismas de la familia Caballero de los Olivos, es decir, liberales- metafísicas.

Otro personaje humilde, de esta manera los denomina Victoriano Salado, es José Brambila, quien aparece tanto en *La emigración* como en *Querétaro*, ambas novelas de la segunda serie. En la primera de estas novelas, un narrador omnisciente le presenta como un escribano que le solicita, debido a un pleito amoroso con un oficial imperialista, a Guillermo Prieto ser parte de la comitiva que saldrá de la ciudad de México junto con el presidente Juárez, una vez que el asedio imperial está cerca.

Derivado de su contacto con quienes se ubican en el estadio metafísico, este personaje, oriundo de Guadalajara y frívolo en su actuar, tiene una notable evolución, a tal grado que al final de *La emigración*, luego de un diálogo sostenido con Benito Juárez decide

abandonar su conducta licenciosa y superficial, con lo cual se inserta en la cosmovisión metafísica, siendo su hijo, una vez más, la cosecha que se hará en el estadio positivo-
Porfiriato:

Y recordó entonces su pasado, aquel pasado tormentoso y aventurero que había concluido con la hazaña de Cristina, su salida de México, aquel viajar continuo y aquel aparecer adherido a una causa de la cual al principio no había distinguido ni la justicia ni la grandeza, hasta que una y otra se le habían ido metiendo por el corazón y por la mente, haciéndole comprender que aun en su menguado papel de amanuense tenía derecho a que las gentes no le olvidaran del todo. (Salado, 1984-VII: 346)

La toma de conciencia por parte de este personaje también se refleja en el paisaje, lo que puede ser considerado un apunte propio del naturalismo, ya que en un recorrido que hizo entre Chihuahua y México, comisionado por la cúpula liberal, deja de ver el ambiente como un páramo desértico, puesto que su mirada ya es otra, todo lo ve lleno de vida.

La regeneración simbólica del paisaje coincide con la del país, noción que también apreciaremos cuando toque el turno de hablar del estadio positivo: “<<Así, pensó Brambila, ha pasado nuestra patria de la abyección y la pobreza al triunfo y a la gloria. ¡Bendita sea la naturaleza, que siempre da la razón a la vida contra la muerte y a la verdad contra la injusticia!>>” (Salado, 1984-VII: 360)

Apuntamos anteriormente que el estadio metafísico es de choque, de transición, puesto que su objetivo es arrebatar el poder a la élite conservadora. Este carácter combativo lo expone Salado Álvarez en su episodio *Querétaro*, que es una novela dramatizada en la que se retrata el ocaso de la aventura imperial desde múltiples perspectivas, lo que enriquece la galería de personajes que se ha venido construyendo: imperialistas en fuga de la ciudad de México y discutiendo las posibilidades de implantar la capital del imperio en Lagos de Moreno o la estrategia militar a seguir (Miguel Miramón, Leonardo Márquez, Tomás Mejía, Maximiliano), liberales en San Luis Potosí (Benito Juárez, José María Iglesias, Sebastián Lerdo de Tejada), mujeres demandando clemencia para el emperador (Josefina Fernández, la princesa de Salm-Salm, Concha Miramón), sitiados en Querétaro (Brambila, Miguel Olivos, Josefina) o los defensores del emperador (Mariano Riva Palacio y Rafael Martínez de la Torre).

En *Querétaro*, el carácter combativo del estadio metafísico se refleja en las palabras de Miguel Olivos, quien dialoga con su suegra Josefina:

Señora, hay tiempos de acometer y tiempos de retirada... No llega aún la época en que nuestro jefe recorra las filas gritando como César en Munda: <<Perdón para los ciudadanos romanos.>> Ahora es la época de las justas venganzas, de las santas represalias, de la cruenta satisfacción a las sombras que ya no existen. A la hora que hayamos tomado el desquite de los verdugos de Arteaga y de Salazar, a la hora que hayamos satisfechos a los manes de las víctimas de Bertelín, a la hora que reposen tranquilos los muertos por orden de Dupin, entonces será tiempo de cejar en las muertes y en los horrores... La República no es ya la matrona clemente que acoge en su seno a todos los enemigos y a todos los extraviados; es la deidad que con el gorro escarlata en la cabeza esgrime el puñal de Carlota Gorday, la guillotina de Marat, la elocuencia de los girondinos, los matrimonios republicanos de Carrier, la tea de los septembristas y la furia de Danton... La República ha perdonado demasiado, y ya que se la desprecia cuando se presenta como madre amorosa, ahora quiere, ya que puede, ser juez inexorable y severísimo... Correrán torrentes de sangre, y en ellos quizás se ahoguen muchas damas de honor, muchos farsantes, muchos canallas y muchos tramposos... Peor para ellos. (Salado, 1984-VII: 510)

La cita anterior es sumamente extensa pero recrea en buena medida el ideario de quienes defendían la causa republicana-liberal-metafísica en 1867, ya que para ellos es momento de cobrar venganza, al tiempo que se asumen como herederos de la tradición liberal, la cual surgió principalmente en Francia, lo que resulta paradójico si se recuerdan la Intervención francesa de 1862 y el apoyo galo al proyecto imperialista en México.

La relación de los mexicanos con los franceses está presente en varios momentos de los *Episodios nacionales mexicanos*, principalmente en la serie segunda, donde aparece tanto la élite política como la tropa que acudió a intervenir militarmente al país, resultado de lo cual hay un nexo amistoso entre Miguel Caballero de los Olivos y el soldado francés Nicolás Chardon, quien cae prisionero de los mexicanos en 1862, situación por la que atraviesa Miguel en 1863, pero el negarse a adherirse al proyecto imperial le vale el destierro a Francia junto con otros mexicanos republicanos.

Desde el cautiverio, Miguel Caballero concreta una relación epistolar tanto con Eugenia como con Chardon. En estos apuntes, vemos que el juicio de Salado Álvarez no es generalizado sino particular:

En cambio, a nosotros los liberales ya no nos miran como caníbales. Ayer me decía un oficial distinguidísimo y que asegura tener conexiones en esferas muy altas: <<¡Qué triste guerra esta y que dificultades va a traerle a Francia! Hemos venido a atacar a la parte vivaz y progresista del país, a la que sin disputa es la más fuerte y la más numerosa. ¡Y luego, apoyarnos para esa obra

inicua en el partido muerto y fétido, y venir a combatir aquí contra el principio liberal que proclamamos en nuestra tierra!... ¡Pobre Francia, que podría desempeñar un papel tan hermoso en el mundo, si no estuviera maniatada por esta estúpida guerra!>> (Salado, 1984-IV: 582)

El rasgo saladino de particularizar y no generalizar ya lo analizamos cuando comentamos los juicios que se hacen sobre los sacerdotes, a quienes no se les sataniza por ser parte del clero, sino que la crítica es sobre aquellos que fanatizan al pueblo o arman las conspiraciones que no permiten un ambiente de paz en el país.

En el apartado referente al estadio teológico expusimos como Maximiliano de Habsburgo se fue distanciando de los conservadores conforme iba conociendo sus intenciones y proyectos, no obstante que fueron ellos quienes lo invitaron a encabezar el Segundo Imperio en México: “Se equivocan los *pelucas viejas* si creen que soy o me figuro ser el continuador de la obra de los virreyes españoles: yo soy yo y tengo mis planes y mis proyectos, mejores o peores que los de otros, pero míos.” (Salado, 1984-V: 276)

La cuestión no quedó ahí, como podemos constatar principalmente en *La corte de Maximiliano*, ya que el propio Maximiliano daba visos de tener una personalidad propia del estadio metafísico, aunque siempre se mostró vacilante, nunca dejó en claro en cuál de los estadios se le podría clasificar.

Por esta razón, podemos comentar que el retorno al estadio teológico, el cual se promovió con el imperio, no se concretó, muestra de ello la conseja popular de la época, la cual aparece en los *Episodios* saladinos en voz del padre Gómez: “Bien dice el Ilmo. Covarrubias, que es de los más salado para conversar: Juárez indito, Juárez güerito, todo igualito.” (Salado, 1984-V: 614)

Este mismo personaje, Gómez, le recuerda a Josefina Fernández cómo empezó la aventura imperial y en lo que degeneró, lo que demuestra que también acepta el fracaso del proyecto, como en otro momento lo hizo su principal artífice, José María Gutiérrez Estrada:

Vivir para ver, señora Ubiarco; vivir para ver... ¿Se acuerda usted de Miramar? Todo era invocar a María de Guadalupe y solicitar el amparo de Dios, y ofrecer construir capillas y hospitales, y proteger el culto y quitar a los impíos esa riqueza que se han cogido. ¿Y qué ha resultado? Lo que nadie se imaginaba: que los que venían a restaurar el santuario y a poner las cosas en su lugar han venido a ser más malos que los otros, más perversos que los otros y peor intencionados que los otros... (Salado, 1984-V: 614)

El fracaso imperial conjuntamente con la caída de los conservadores permitió el fortalecimiento de los liberales-republicanos-metafísicos, quienes tuvieron capacidad de acción y así se pudo forjar la base de lo que sería el estadio positivo, mismo que daría sus frutos en el Porfiriato, cuando una nueva élite, ahora no empoderada por el abolengo o la política, sino por el poder adquisitivo, desplazaría a los metafísicos, teniendo como objetivo restablecer algunos elementos del *ancien régime*.

Previo al cierre de este apartado, es necesario hacer un alto en el camino para hacer algunos comentarios respecto al tratamiento que en los *Episodios nacionales mexicanos* se hace de la figura de Porfirio Díaz, recordando en primera instancia que la serie inicial de estos *Episodios* estuvo dedicada a este “insigne patriota”.

En *De Santa Anna a la Reforma*, Porfirio Díaz aparece sólo en el cierre de la misma, en el marco de la Batalla de Calpulalpan, acción que puso punto final a la Guerra de Reforma, en diciembre de 1860, gracias a la victoria liberal sobre las milicias conservadoras.

Puebla, Porfirio Díaz y Ramón Corona son novelas de la segunda serie saladina en las que el caudillo tiene gran realce, en ellas veremos su evolución y crecimiento, ya que de ser un personaje metafísico, posteriormente será representante y líder del estadio positivo. Si bien es cierto, el Díaz que presenta Salado Álvarez es de carne y hueso, también existe una idealización cercana a lo metafísico.

Como ya comentamos, en ese entonces el estadio metafísico estaba íntimamente relacionado tanto con la ideología liberal, con un pensamiento nacionalista y en pro de una forma de gobierno republicana, en oposición a los que defendían las banderas teológica-conservadora-extranjerizante-imperialista; Díaz supo actuar en consonancia con el primero de estos idearios, a la par que lo contagió a sus cercanos, muestra de ello sus apelaciones a un soldado que quería dejar la lucha para cuidar a su anciano padre: “!Aquí no hay padre que valga, cobarde; aquí no hay más que madre, y esa es la Patria!... ¡A la brecha, canalla!...” (Salado, 1984-IV: 641)

Juan Romo, personaje que aparece en *Puebla* también expone la conducta patriótica y bélica de Díaz, la cual contrasta con la cobardía de su hijo: “Te caíste, y ese señor general Díaz, a quien no conozco, pero a quien quisiera besarle la mano, hizo muy santamente en echarte a fuego...” (Salado, 1984-IV: 661)

Romo padre, sin conocerlo y sólo por las noticias de los combates que se suscitan en la ciudad de Puebla, idealiza a Porfirio Díaz. Por el contrario, desconoce el actuar denigrante de su hijo, lo cual también se puede interpretar como el estado de descomposición que se presenta al interior de las familias, como vimos también con el caso de los hijos de Anarda.

Conforme a lo comentado páginas atrás, la figura de Díaz es idealizada, es uno de los militares liberales más destacados, muestra de ello lo apuntado por Ignacio Ramírez en una carta que le envió a Guillermo Prieto, esto en el *Episodio* epistolar que lleva por nombre *Ramón Corona*:

Don Juan José de la Garza me resultó el mamarracho más guapetón que ha nacido de entrañas femeninas, y fue menester que llegara Porfirio Díaz, ese chico en quien tengo tantísimas esperanzas, para que concluyeran aquella fuga y aquel pánico. Porfirio mandó fusilar a unos pocos insubordinados, y aunque le rogamos en favor de los reos algunos humanitaristas que hemos leído a Víctor Hugo, él se estuvo firme, y a nosotros nos mandó a paseo y a los rebeldes a la eternidad. (Salado, 1984-VI: 372)

En esta referencia, vemos que Díaz tiene la fuerza necesaria para poner orden entre las filas republicanas, concentradas en Toluca. El temple y la firmeza que refleja Porfirio Díaz, a diferencia de otros oficiales republicanos, serán parte fundamental para replicar ese orden a nivel nacional, cuando le toque llevar las riendas del país.

Con lo anterior, insistimos en la idea de que Díaz es el caudillo que encabezará el estadio positivo, pues sabrá evolucionar de la personalidad metafísica a la positiva-industrial, a través de la disciplina que caracterizó a su régimen, no permitiendo ninguna asonada o intentos de rebelión, los cuales serán reprimidos a sangre y fuego, ejemplo de ello la Guerra del Yaqui, a manera similar de lo que realizó en su papel de dirigente militar durante la intervención extranjera que antecedió a la conformación del Segundo Imperio.

Una idea fundamental para Porfirio Díaz es la preeminencia de la patria sobre cualquier otro interés, tal como lo vimos en una referencia anterior, donde indica que sobre la familia está la cuestión nacional. En el *Episodio* titulado *Porfirio Díaz*, él lleva esta premisa más allá, pues antepone la integridad de México al bienestar de su tierra natal, Oaxaca, no importándole el repudio de sus paisanos, ya que en ese momento cada mexicano debería contribuir al fortalecimiento de la nación.

En discusión con el gobernador y el secretario de Oaxaca, Ramón Cájiga y un personaje de apellido Esperó, quienes critican sus intenciones anárquicas al promover la

defensa de México en el territorio oaxaqueño, Díaz se niega a entrar en arreglos con los invasores, puesto que la patria y todas las nociones que la rodean son primordiales para él:

Sí, es distinto el caso, porque yo puedo prescindir de lo que me pertenece; pero no puedo renunciar a los derechos de mi patria, de mi tierra, de la tierra en que reposan los huesos de mis muertos, en que están vinculadas las tradiciones de mi raza, la heredad de mis hijos, el porvenir de mi país. Eso no lo puedo ceder; sobre eso no puedo transigir, ni sujetarlo a árbitros ni a amigables componedores. (Salado, 1984-VI: 71)

Esta noción de preeminencia de la patria presente en los *Episodios* saladinos será replicada durante el régimen porfirista, con lo cual el país alcanzará personalidad internacional, tal como lo señalamos previamente.

La idealización en la novela *Puebla* respecto a la figura de Díaz también se hace presente en el momento de la entrega de la capital poblana a las fuerzas invasoras, pues el caudillo oaxaqueño obedece la orden, aunque no comparte la estrategia, ya que él hubiera preferido seguir combatiendo hasta vencer al enemigo o encontrar la muerte: “Si yo fuera el Jefe, pueden estar seguros de que intentaría algo y que no me entregaría con mis valientes oaxaqueños sino después de realizar un pacto con la muerte o con la victoria; pero yo no mando, sino que obedezco y hago lo que está ordenado...” (Salado, 1984-IV: 740)

Una vez que ha quedado expuesta la personalidad metafísica de Porfirio Díaz en los *Episodios nacionales mexicanos*, hay que destacar que este personaje evolucionó del estadio metafísico al positivo, ya que a la par de defender la patria de los invasores y atacar a las fuerzas imperialistas-conservadoras, comienza un proceso de reorganización, de reconstrucción, el cual será cimentado por el partido liberal y sus figuras más emblemáticas en la época (Benito Juárez, Sebastián Lerdo de Tejada), pero cuya fachada será el régimen progresista que encabezó Porfirio Díaz.

La labor de trabajo comenzó desde los momentos en que Díaz, con ayuda de Pancho Caballero, se evade del cautiverio al que lo sometieron los imperialistas (nueve meses), para reconformar el Ejército de Oriente, mismo que comenzó con cinco elementos y fue engrosando sus filas hasta ser una fuerza que logró la Toma de Puebla el dos de abril de 1867:

A las siete de la mañana del 22 de Septiembre se ponía en marcha el núcleo de aquel nuevo ejército de Oriente: componíanle Porfirio, el coronel García, Pancho, un clarín y un guía. En un punto convenido se les reunieron nueve hombres más, y esos catorce jinetes rústicos y mal armados, se propusieron retar al francés, al austriaco, al belga, a los millones de Mr. Fould, a los

gabinetes europeos, a Maximiliano y a Bazaine. Nunca ha sido más verdad que entonces el apólogo evangélico del grano de mijo, que nace enano e insignificante para tornarse árbol poderoso que dé abrigo a los hombres y nido a las aves del cielo.” (Salado, 1984-VI: 144)

La flamante milicia tuvo como nota peculiar el apoyo encontrado en los pueblos, así como nociones de equidad entre la tropa y respeto a la Patria, es decir, además de que se está conformando un nuevo ejército de patriotas va forjándose el núcleo social del estadio positivo:

Entonces comenzó aquella época de trabajo asiduo y constante; aquel imaginar de dónde sacaría recursos y cómo subvendría a los gastos de organización y disciplina de las tropas; aquel afán de hacer aprestos y reunir fondos y fabricar y componer armas y confeccionar *parque* y hacer uniformes y reclutar gente. (Salado, 1984-VI: 74)

Esta reorganización no fue exclusiva del ejército, posteriormente se aplicará al resto del país, una vez que los cimientos del nuevo estadio positivo sean firmemente colocados por las personalidades del estadio metafísico; de esto hablaremos en seguida.

Una vez que hemos dibujado a Porfirio Díaz en su faceta metafísica, podemos retomar lo referente a este estadio para poner punto final a este apartado. Se expuso páginas atrás que la característica de este momento sería la transición, misma que llevaría al derribo del *statu quo* propio del estadio teológico, la inversión de papeles y una nueva élite en el poder, que posteriormente perderá el mismo para entregarlo a un grupo que reimplantaría parte del orden teológico.

En este sentido, el recuerdo de Josefina Hernández de Ubiarco en *La Corte de Maximiliano* es desolador, puesto que el caos promovido por los metafísicos aún le duele:

En mi larga vida he visto cosas tristísimas, cosas que todavía ahora me causan espanto; pero no recuerdo haber presenciado nunca cuadro semejante al de Tacámbaro en aquella histórica mañana. Los habitantes habían huido o estaban ocultos; las casas estaban abiertas; el incendio y la destrucción se habían enseñoreado de todo; había cadáveres regados en toda la plaza, en los rincones de las calles, en los vanos de las puertas; cadáveres que habían dirigido al cielo su postrera mirada, ahora vidriosa y petrificada; cadáveres que estaban como durmiendo un sueño dulce y plácido; cadáveres acostados en las posiciones más raras e inverosímiles, empuñando aún el arma con mano crispada, en ademán de disparar o de hurtar un golpe... Una soldadesca ebria y brutal, con los fusiles preparados, la blasfemia en la boca y la amenaza contra todo el que se opusiera a lo que ella deseaba; unas harpías que nos amenazaban con el puño y nos denostaban rabiosamente, blandiendo cuchillos

y piedras, y por todas partes confusión, gritos y escándalo. (Salado, 1984-V: 471-472)

La imagen corresponde a la victoria de las milicias liberales en territorio michoacano sobre las fuerzas imperialistas, entre las que destacaba un grupo de voluntarios de origen belga, en el cual fue insertada Josefina Fernández, travestida como Michael Van Heus, luego de ser capturada por una gavilla de ladrones, rescatada por la guerrilla de Nicolás Romero e incorporada a este grupo, lo que le da a su narración un sabor a novela de aventuras, relato romántico a la manera de Dumas, quien, en repetidas ocasiones, tal como pasa con *Don Quijote de la Mancha*, es citado a lo largo de los *Episodios*, lo que es también parte de la poética saladina, puesto que estos intertextos apelan a la tradición literaria a la que Salado Álvarez se afilia.

La paz, el orden y el progreso que supuestamente se promovieron durante el Porfiriato son elementos del estadio positivo que contrastan con el horror, la barbarie y el ambiente de lucha que caracterizaron al estadio liberal-metafísico, por ello los *Episodios nacionales mexicanos* vienen a ser una suerte de lección de historia, pero no para el común de la gente, sino para la élite,³⁸ ya que los niveles de alfabetización eran muy bajos en la época, aunque por la serie de ilustraciones que acompañan esta obra, bien pudiera ser que se desarrollaran procesos de lectura en voz alta, más esa es una hipótesis que no podemos comprobar por el momento.

En el mismo *Episodio* que recién referimos, también hay una frase de Josefina Fernández que devela que el Segundo Imperio mexicano fue sólo una ficción, nunca alcanzó a concretarse, gracias al tesón de los liberales-metafísicos y a las disputas entre los militares conservadores:

Fiestas, leyes, conspiraciones de los conservadores y derrotas de los liberales; a esto se redujo el imperio durante su corta existencia. Pero el caso era que no había pecunia para los festejos, que las leyes no se cumplían, que las conspiraciones no cuajaban y que los republicanos, derrotados todos los días, deshechos y puestos en fuga por el ejército francés, resurgían más y más briosos al día siguiente de cada derrota, como si los marrazos extranjeros podaran y no segaran las innúmeras ramas de aquel arbustillo que amenazaba convertirse en árbol frondosísimo y capaz de resistir el hacha mejor afilada. (Salado, 1984-V: 331)

³⁸ Cfr. Sánchez, 2007: 223.

La insistencia de las distintas milicias liberales que resurgían luego de las derrotas que les propinaban los invasores y los imperialistas fue clave para lograr el abatimiento de este intento de reposicionar el estadio teológico en México, lo cual se concretó también gracias a las grandes figuras liberales de la época, entre ellas Benito Juárez, quien se colocó como un segundo padre de la patria, al pedir a los mexicanos que dejaran de lado las diferencias ideológicas para hacer frente al invasor.

La complejidad que se presentó en el país en los momentos que se relatan en *La Intervención y el Imperio* puede sintetizarse en un personaje que aparece en el episodio de *Puebla*, nos referimos a José María González de Mendoza, “El loco Mendoza”, quien primero se define y actúa como republicano a ultranza, para más tarde sumarse al proyecto imperialista, ello a instancias de su prima, nada más y nada menos que Eugenia de Montijo, emperatriz de Francia y esposa de Napoleón III:

Pocas personas en México podían comprobar, como Mendoza, su entronque con una noble cepa, pues a pesar de ser republicano y liberal, como lo era todo, hasta tocar en el fanatismo y la locura, guardaba sus papeles y pergaminos perfectamente clasificados, para demostrar, a la hora que fuera menester, que descendía de aquel conde de Tendilla que plantó el primero el estandarte de la cruz en la Alhambra de Granada, y del primer virrey de Nueva España, don Antonio de Mendoza el bueno, a quien tantos beneficios debió esta tierra. (Salado, 1984-IV: 513-514)

Con este apunte, que pone de manifiesto la compleja situación del país en la época relatada, cerramos este apartado referente al estadio metafísico, el cual será la base para que se desarrolle el estadio positivo, donde se presentará un cierto retroceso hacia elementos del orden anterior, el teológico, sólo que con una dirigencia ajena a la nobleza o al clero, pero con el elemento económico como preponderante: la naciente burguesía mexicana.

II.3. El estadio positivo: la realidad porfiriana.

Antes de pasar a describir plenamente el estadio positivo, quisiéramos proponer que en los *Episodios* saladinos hay un intento previo por implantar un estadio social como el que se dio en el Porfiriato. El devenir histórico mexicano tuvo un momento, aproximadamente de 1858 a 1860, donde se trató de concertar una negociación entre los bandos en pugna, es decir, se fomentó un liberalismo moderado, el cual en los *Episodios* aparecer representado

por personalidades históricas como Ignacio Comonfort y Santos Degollado, así como por un personaje enteramente ficcional como lo es el padre Huerta.

Desde nuestra perspectiva, el momento del liberalismo moderado podría ser, hipotéticamente, postulado como un estadio híbrido, a caballo entre los estadios teológico y metafísico, ya que abrevó de ambos y trató de conciliarlos, por lo que será semilla del estadio positivo-Porfiriato. Este nuevo estadio no logró concretarse pues era necesaria una lucha en la que el estadio teológico o el metafísico resultaran minimizados a fin de tener capacidad de acción para implantar un régimen duradero. Históricamente el bando que se debilitó a raíz del fracaso imperial fue el conservador-teológico.

En ambas series de los *Episodios* saladinos se presenta este nuevo estadio, que denominaremos híbrido, principalmente en los momentos en los que personajes como Ignacio Comonfort, Santos Degollado o el propio Maximiliano aparecen en primera plana, intentando una negociación que pusiera fin a los conflictos y permitiera forjar un gobierno de unidad. Obviamente, estas intentonas fracasaron, pues era necesaria una mano dura como la de Porfirio Díaz para llevar a buen puerto tamaña idea.³⁹

³⁹ El estadio híbrido que proponemos aparece principalmente en el *Golpe de estado*, tercera novela de la serie *De Santa Anna a la Reforma* y que recibe su nombre por el *coup d'État* que el propio presidente Ignacio Comonfort se aplicó a sí mismo, al derogar la recién promulgada Constitución de 1857, en un intento por aplacar las conspiraciones clericales, consolidar la unidad en torno a la patria y acabar con las guerras civiles que llevaban años asolando el territorio nacional.

No lo hemos podido comentar a profundidad, pero el papel de la mujer en los *Episodios* es trascendental, lo que concuerda con los postulados del positivismo. A lo largo de las páginas saladinas, existe un sinnúmero de personajes femeninos que llegan a convertirse en motor de las historias que se relatan, además de que se caracterizan por su solidaridad y abnegación.

Una de las mujeres que más importancia tiene en la primera serie es Anarda, oriunda de la ciudad de México y clave en la formación política del narrador Juan Pérez, pues ella lo ayuda a evadirse de prisión durante el régimen de Santa Anna y lo envía junto a Juan Álvarez, donde el tlaxochimaquense conoce al impulsor de la Revolución de Ayutla y más tarde se anexa al cuerpo de colaboradores de Ignacio Comonfort, llegando a tener el puesto de asistente durante su régimen presidencial.

Como ya ha quedado de manifiesto, hubo dos fuerzas en pugna que representan a los estadios teológico y metafísico, en este sentido, el esposo de Anarda, Juan Ruiz de Esparza, busca la manera de mediar entre sus hijos, cada uno de los cuales defiende una de estas banderas, lo que a la postre los hará perder la vida, lo que simboliza en los *Episodios* saladinos el fratricidio que significó el choque entre familiares debido a contradicciones ideológicas:

¡Paz, hijos, paz! exclamó don Juan. ¡Si los dos están en lo justo; si hay que darle un poco a cada cual! ¿La tradición? Pues tiene razón la tradición. ¿El progreso? Pues el progreso habla como un evangelio. ¿Las ideas nuevas? Tienen mucho de bueno. ¿Las antiguas ideas? También son excelentes. (Salado, 1984-II: 59)

El intento de mediación no funcionó y por ello el encono fraternal continuó, degenerando en episodios como la muerte de los hijos de Anarda, hecho que denota el estado patológico de la sociedad, a diferencia de lo que será el Porfiriato, donde estos casos no se presentaron.

Otro de los artífices y representantes de este estadio híbrido que aparece en los *Episodios nacionales mexicanos* es el escritor Manuel Payno, quien alega la necesidad de alcanzar un punto medio que sirviera para cimentar las bases de un nuevo país, ello a través de un liberalismo moderado:

Parecen cosas antitéticas; pero ya verá usted cómo consigo ponerlas de acuerdo y evitar el terrible mal de que se nacionalicen las propiedades del clero. Nos llaman el partido del justo medio; dicen que le encendemos una vela al diablo y otra a San Miguel; que cogemos una parte de verdad y otra de mentira; pero lo cierto es que nosotros, los moderados, que estamos igualmente distanciados de la demagogia feroz y del clericalismo cazurro, y que formamos (acá para *inter nos*) la parte más escogida de la sociedad, hemos de encadenar a todas las facciones y de levantar el edificio social sobre cimientos indestructibles. (Salado, 1984-II: 291)

La cita anterior es una muestra de la práctica epistolar que aparece en *El golpe de estado*, siendo Ezequiel Montes el destinatario de la misiva. Como veremos posteriormente, este proyecto fracasó y lo único que propició fue el resurgimiento con gran fuerza por parte del grupo conservador, que volvería a tomar el poder gracias a las disputas que se suscitaban en el bando liberal.

Probablemente el principal implicado y propulsor del estadio híbrido que aparece en los *Episodios* fue el presidente Ignacio Comonfort, quien derogó la Constitución de 1857, abandonó los postulados del Plan de Ayutla, mismo que él defendió, y buscó la manera de mediar entre los bandos en conflicto:

Señores... ¡por los clavos de Cristo!, me marean ustedes con ese ir y venir de opiniones; yo tengo la mía, tan buena como cualquiera, y ya verán como todo resulta tal cual lo pretendo: ni predominio de unos ni preponderancia de otros; ni demasiada libertad, ni demasiada opresión, ni demasiadas restricciones. (Salado, 1984-II: 316)

Como vemos, el presidente Comonfort anhelaba una sociedad en la que la participación de ambos bandos fuera equitativa, donde ni hubiera libertades en exceso pero tampoco represiones al por mayor; en teoría, el Porfiriato también se delineó como heredero de este partido del justo medio, ya que optó por mediar entre los grupos, además de que se desmarcó del radicalismo liberal.

En el ejercicio del poder, el estadio híbrido duró muy poco, debido a la nueva acometida del grupo conservador-teológico, que logró recuperar el poder derribándolo sin tanta dificultad, ya que las rupturas entre liberales (metafísicos) y liberales moderados (híbridos) causaron un debilitamiento en este bando, que podrá volver al poder en 1861, al finalizar la guerra de Reforma o de los Tres Años.

El ocaso del estadio híbrido se suscita de manera violenta, con la toma del poder por parte de los conservadores, quienes traicionaron a Comonfort, que además había perdido el apoyo de la mayor parte de los liberales, en su afán de pactar una alianza entre ambos grupos. Símbolo del fallido liberalismo moderado (estado híbrido) es el personaje saladino del padre Huerta, quien fenece por las balas de una nueva asonada en territorio mexicano:

!Pobre filántropo dislocado de su centro, y a quien yo mismo llamé loco porque trataba de alcanzar una utopía irrealizable: unir a los que se aborrecían con alma y vida!
¡Quién había de haber dicho a aquel sacerdote, que había de ver su muerte el chiquillo delante de quien solía lanzar sus fogosas prédicas! Como él, moría (y quizá haya sido su símbolo) aquel liberalismo sencillo, cándido, bien intencionado, sin apego a la práctica; pero honrado y justo, que había sido la aspiración de nuestros padres. (Salado, 1984-II: 344)

El final de *El golpe de estado* muestra a un derrotado Comonfort, quien, en la perspectiva de Victoriano Salado Álvarez fue un dechado de patriotismo y bondad, no obstante lo cual lastimó en exceso al país, es decir, el juicio que se hace sobre él es bastante estricto a pesar de que siempre actuó de buena voluntad.

Otro de los personajes que buscó la negociación para poner fin a los conflictos en México fue el “héroe de las derrotas”, como en cierto momento se le conoció al general liberal Santos Degollado. Este personaje, no obstante su declarado afán liberal, profesó la fe católica, pero al ver que la iglesia había abandonado el camino planteado por Jesucristo buscó la manera de poner orden en esta materia.

En *El plan de pacificación*, sexta y última novela de la serie *De Santa Anna a la Reforma*, Degollado busca la manera de contribuir para poner punto final a la guerra entre hermanos de una misma nación: “Yo sueño como ideal supremo de mi vida, en ver suprimida la guerra bárbara y absurda, en sentir que se amenguan y se borran las diferencias entre los hombres, y en saber que todos se unen y se estrechan en un supremo impulso de amor...” (Salado, 1984-III: 363)

Además de proponer una sociedad igualitaria y fraternal, el afán de este personaje liberal que aparece en los *Episodios nacionales mexicanos* también conlleva parte del ideario positivista, el cual coloca al amor como su base, idea que también queda patente en el desarrollo de Juan Pérez de la Llana.

Ahora bien, a lo largo de nuestra investigación, hemos apuntado a la idea de equiparar al régimen porfirista con el estadio positivo, en términos de lo postulado por Augusto Comte en la ley de los tres estadios, pero esta interpretación no está motivada por cuestiones sociales o históricas –como sí se propuso en términos evolucionistas con la obra *México a través de los siglos*–, sino que está basada en el análisis discursivo de los *Episodios nacionales mexicanos* de Victoriano Salado Álvarez.

A continuación, expondremos algunas nociones vinculadas con esta hipótesis y su presencia en las novelas saladianas, tomando en cuenta que aparecen tanto en *De Santa Anna a la Reforma* como en *La Intervención y el Imperio*.

Páginas atrás comentamos la dedicatoria de la primera serie de *Episodios*, donde Victoriano Salado Álvarez colocó a Porfirio Díaz como el personaje que puso fin a la anarquía desatada por las revoluciones comprendidas entre 1851 y 1861, década que se narra en *De Santa Anna a la Reforma*, además de colocar al caudillo como el responsable de la consolidación de las instituciones que surgieron a raíz de los conflictos reseñados, es decir, Díaz es el heredero y quien cosecha la semilla sembrada por los próceres liberales.

La intención de Degollado fue pacificar al país, por ello el título de la novela que recién mencionamos. La estrategia que propuso el “héroe de las derrotas” no fue la más apropiada, puesto que planteó la creación de una junta compuesta por ministros extranjeros para dirigir los destinos del país, además de un presidente provisional designado por el Congreso.

En esta novela, el llamado de Santos Degollado fue a dejar de lado las diferencias e unificar criterios, sin importar las corrientes políticas o ideológicas, privilegiando sólo la nacionalidad: “Entonces me digo: ¿acaso no debemos ser menos intransigentes, menos vigorosos y más contemporizadores, a fin de atraernos a los contrarios, que al fin y a la postre son mexicanos y nada más que mexicanos?...” (Salado, 1984-III: 366) Este personaje también se opone al fanatismo, el cual se presenta tanto en el bando conservador-teológico como en el grupo liberal-metafísico: “¡Maldita idea esta de creer que hemos de acabar con la clerigalla levantando frente a ella otra clerigalla jacobina!... Un fanatismo contra otro fanatismo, una furia contra otra furia, nada mejoran y nada crea...” (Salado, 1984-III: 379)

Como se mencionó con anterioridad, la élite que encabezó el régimen del Porfiriato se declaró heredera del liberalismo, sin embargo, pintó su raya, se distanció del liberalismo radical, al que se denominó jacobinismo, para encabezar un régimen conciliador.

Hasta aquí estos breves apuntes sobre un estadio híbrido que proponemos como intermedio entre los momentos teológico y metafísico, sólo insertaremos una referencia más que deja en claro la imposibilidad de que dicho estadio se concretara, ya que, como referimos previamente, había necesidad de una lucha entre ambos bandos, una pelea final que pusiera fin a más de treinta años de pugnas partidistas y debilitara a alguno de los grupos a tal grado que el otro tuviera margen de operación. A la postre, los liberales fueron los que triunfaron.

En palabras de Juan Pérez la razón por la cual no se podía llegar a un punto medio entre ambos bandos, justo al final de *El golpe de estado*, cuando Comonfort buscaba negociar entre los partidos: “Todo el mundo comprendía que más que mediaciones y arreglitos se necesitaba una lucha porfiada y larga, y quien triunfara tras ella, sería quien tuviera la razón.” (Salado, 1984-II: 338)

Queda claro que el estadio híbrido no alcanzó a madurar, pero fue antecedente del estadio positivo que será el Porfiriato, donde la mediación sí pudo concretarse.

En este sentido, ambas series de los *Episodios* sirven para contrastar el estado de caos y violencia que caracterizó a México durante sus primeros cincuenta años de vida independiente, situación que supuestamente se erradicara con la *pax* porfiriana.

En *Su Alteza Serenísima*, primera novela de *De Santa Anna a la Reforma*, Juan Pérez recuerda la presencia de gavillas y los rastros de terror que sembraban en los caminos:

En el *Mezquite gacho* distinguimos una figura fantástica, que a la luz escasa del crepúsculo se balanceaba con ritmo especial desde una rama del árbol. Era un colgado, a quien habían subido hasta allí no sé qué tropas o gavillas. Según nos explicó un rancharo, las huellas que el camino tenían eran las del pobre, que había sido arrastrado gran trecho a cabeza de silla por los jinetes; pedazos de manta blanca se hallaban prendidos aquí y allá en los huizaches y chaparros del camino. El muerto, con los ojos saltados, la lengua de fuera y la cabeza inclinada sobre el pecho, hablaba más alto del *estado de anarquía en que vivíamos*, que las caras de espanto de los señores que nos salían a preguntar en cada punto de sesteo o de jornada, si nos habíamos encontrado a los *tulices, jurtones, prenuñciados o del gobierno*, que con todos estos nombres se designaba a los que hoy llamamos pura y simplemente ladrones. (Salado, 1984-I: 49-50; resaltado nuestro)

Con este apunte, se pone de manifiesto el agitado contexto mexicano a mediados de la centuria decimonónica. Si recordamos la advertencia incluida en *De Santa Anna a la Reforma*, es gracias a Díaz “cuyo esfuerzo cesó el estado de anarquía”.

Es interesante el contraste que realiza Juan Pérez respecto a esas gavillas, muchas de las cuales tenían un tinte político, situación que queda en el olvido durante el régimen de Porfirio Díaz, puesto que genéricamente se les denomina ladrones, debido a que no hubo oportunidad de alzamientos o estos fueron rápidamente sofocados, salvo el aluvión revolucionario de 1910.

En el tiempo de la enunciación de Juan Pérez, inicios del siglo XX, este narrador recuerda con dolor el pasado, al tiempo que destaca el bienestar del presente, esto en el episodio *El golpe de estado*: “Pero en fin, esto no es una historia, sino algo más humilde y de menos aliento, la narración de la odisea de un viejo soldado que se complace en recordar tiempos malísimos, pero que fueron los que antecedieron naturalmente a los mejores que ahora pasamos.” (Salado, 1984-II: 158), lo que nos permite aventurar la idea del contraste entre un pasado atribulado y un presente idílico, tal como señala Guadalupe Sánchez Robles: “Los *Episodios Nacionales Mexicanos* funcionan como una transición, una transición dolorosa, violenta pero necesaria para acceder a un estado idílico. La novela menosprecia el

pasado porque su apuesta está enfocada hacia un futuro preciso, sublimado, el tiempo real de la escritura biográfica”. (Sánchez, 2007: 91)

En esta misma novela, Pérez de la Llana sigue recordando el atribulado acontecer del pasado, para de paso tomar distancia de los jacobinos, es decir, de los liberales que aún tenían un discurso radical y pretendían seguir revolucionando, principalmente los critica por añorar ese tiempo pasado, el cual no vivieron y por ende desconocen las calamidades que en ese entonces acontecían.⁴⁰

El tiempo de la enunciación de Juan Pérez y Josefina Fernández es interesante para nuestro análisis, pues en los discursos de estos narradores es posible encontrar comparaciones del México de principios del siglo XX y del México decimonónico.

En *La Reforma*, Juan Pérez habla de la periferia de la ciudad de México, tanto en 1903 como en la década de 1850:

Y así llegamos a las orillas de la ciudad, que no eran, como hoy, el albergue de fábricas, el nido de gente obrera limpia, atareada, que ostenta el sello que denuncia al hombre de familia y al trabajador; sello que no pueden contrahacer el pícaro y el holgazán.

Esparcidos aquí y allá, como cués destinados al culto de la divina suciedad, adorada de nuestra plebe, se veían montículos de basura ricos de color, ricos de olor y de apariencia ricos. Todo había en ellos, desde la lata vacía, que reverberaba al contacto del sol, hasta el pingajo de seda reluciente, el casco de botella grande como enorme esmeralda, el papel roto de un códice apolillado, el trozo de hierro y el trozo de madera fina, la cara de muñeca de barniz y el pie de santo de iglesia; sacando la cabeza en aquella pirámide, como ídolo votivo, un gato que parecía estar hulando a los pies de su dueño. (Salado, 1984-III: 18-19)

⁴⁰ “Ahora que soy viejo, oigo a periodistas y políticos de una casta que llaman jacobinos, y que en mis mocedades no se conocía porque sólo nos dividíamos en conservadores y liberales, he oído, repito, echar de menos los tiempos pasados.

¡Oh, dicen esos líricos, entonces se vivía, entonces se gozaba! Ciertamente existían abusos, que había atrocidades y de cuando en cuando peligraba el pellejo: pero, en cambio, cuando se triunfaba, cuando se lograba hacer prevalecer un principio, arraigar una idea, ¡qué satisfacción más grande y legítima!...

Malo periculosam libertatem, quam quietum servitium, repetía uno de esos líricos citando detestablemente a Tácito.

¡Malo! ¡Malo! Ya lo creo que es malo, y que si no lo evitaran sería peor. ¿Saben ustedes el número de acciones de guerra que se libraron en el territorio durante la guerra de tres años? Mil ochocientas veinticinco entre batallas, escaramuzas, asaltos de pueblos, refriegas de cierta importancia entre pasajeros y ladrones; toda la lira.” (Salado, 1984-II: 219-220) La referencia en latín es interesante, se puede traducir de la siguiente manera: “Prefiero la libertad peligrosa al servicio tranquilo”, con lo cual podemos hablar del intento de los jacobinos (liberales radicales) por seguir revolucionando, consiguiendo libertades, siendo que el régimen de Díaz optó por conceder la libertad de conciencia y nada más.

En esta cita vemos, por un lado, la bonanza industrial del Porfiriato, con una sociedad obrera afanosa, progresista y esforzada, todo lo cual contrasta con un ambiente inmundo, sucio, enfermo, sin higiene alguna, habitado por malvivientes, lo cual fue el retrato de los arrabales del México de mediados del XIX.

Recordemos que el trabajo fue uno de los valores que más se difundió a través del ideario positivista, por ello está inmerso en todos y cada uno de los *Episodios nacionales mexicanos*; Josefina Fernández, en *La corte de Maximiliano*, también hace mención respecto a la actual época, a la que se refiere como “la nueva era industrial y laboriosa” (Salado, 1984-V: 569)

No quisiéramos dejar pasar otra cita en la que se ponen en parangón las condiciones del estadio positivo (Porfiriato) con las de los estadios precedentes, teológico (conservadores e imperialistas) y metafísico (liberales, especialmente los jacobinos radicales), pues ello hace evidente la intención saladina de conceder superioridad al Porfiriato sobre los regímenes anteriores, con lo cual se legitima su larga duración, se le concede validez. En *El plan de pacificación*, Juan Pérez asevera que

Primero las guerras y luego la paz, cambiaron las cosas. Las guerras, que hicieron salir cogidos de leva o huyendo de ella a muchos que de otro modo habrían envejecido y muerto en el terruño; la paz, que tendió líneas de ferrocarriles, facilitó el transporte, e hizo llegar el humo de riquezas hasta los puntos más apartados. (Salado, 1984-III: 200)

Además de la comparación entre la paz y la guerra, se hace patente otra diferencia emanada del ambiente pacífico: el hecho de que se hayan podido instalar vías férreas que permitieron la movilidad de riquezas y de personas, generando con ello el supuesto progreso que caracterizó al Porfiriato.

Comte plantea que los representantes del estadio positivo utilizan a quienes están inscritos en el estadio metafísico y han derribado el orden propio del estadio teológico, pero poco después se deslindan de ellos so pretexto de no querer seguir revolucionando y con la intención de reimplantar algunos elementos del caído estadio teológico.

En el contexto mexicano, las mentes positivas aprovecharon los avances que lograron los liberales, quienes movilizaron al país, sacándolo del estancamiento que le es inherente al bando teológico, incluso se declararon herederos de ellos y se apropiaron del papel de cosechadores de la semilla que plantaron, pero conforme el tiempo fue pasando se

deslindaron de este grupo argumentando su carácter radical, al grado de diferenciarse de ellos denominándolos jacobinos.

Juan Pérez también cuenta con una personalidad metafísica, es parte del grupo que derriba al estadio teológico, pero sabrá evolucionar gracias a su inmersión en valores positivistas como la familia, la patria y el trabajo. En carta enviada a Guillermo Prieto, que se ubica en *Los mártires de Tacubaya*, Pérez de la Llana se amarra a la esperanza de un porvenir mejor para México, el cual se concretará en el estadio positivo (Porfiriato), al tiempo que hace un símil de la patria con el ambiente nocturno que la caracterizó durante la etapa teológica:

La noche era cerrada y oscura; el trueno remugaba a lo lejos; los torrentes cantaban su eterna melopea; los pies se hundían en el lodo del suelo y los ojos en la negrura del espacio; ni siquiera un relámpago rayaba la enorme pizarra que gravitaba sobre nuestras cabezas.

Y mientras tanto yo, silencioso y triste, pensaba que más negra, más horrenda, más cerrada es la noche que cubre a nuestra patria. Pero ¿acaso, como la naturaleza resucitará mañana al conjuro del sol, no tenemos derecho de esperar que también descienda el conjuro del sol de la libertad, para dar vida a un México nuevo, glorioso y feliz como lo buscamos? Tuyo siempre. –JUAN. (Salado, 1984-II: 609-610)

La toma de conciencia por parte de algunos personajes es también síntoma inequívoco de la venidera instauración del estadio positivo. Esta acontece no sólo en los personajes de primera fila, sino también en los menores, ejemplo de ello lo es Eugenia, hija de Josefina Fernández de Ubiarco, quien se deslinda de su madre para salir a defender a México, su patria adoptiva, pues ella nació en territorio francés.

Al unir Eugenia su destino al de un personaje liberal-metafísico, como lo es Miguel Caballero de los Olivos, la semilla que juntos plantan, simbolizada en su hijo Miguelito, dará sus frutos en el Porfiriato, es decir, en el estadio positivo.

Con base en los *Episodios nacionales mexicanos*, previamente postulamos a Ignacio Ramírez, “El Nigromante”, como representante neto del pensamiento metafísico, al tiempo que a Melchor Ocampo lo calificamos como una personalidad anclada en los valores positivistas, retomando la idea de Francisco Jiménez.

En el entendido de que estamos analizando la presencia del estadio positivo en los *Episodios* saladinos, ahondaremos en Ocampo, su conducta, su pensamiento y la visión idealizada que sobre él se realiza, puesto que aparece como un emisario del ala liberal,

influenciado por el pensamiento francés, mismo que conoció en su viaje por Europa, además de ser un personaje culto, caritativo, compartido, humanista, estudioso, científico, altruista, trabajador, político, confiado en la bondad inherente al ser humano, esperanzado en el amor, con inclinaciones socialistas y como artífice principal de las Leyes de Reforma, no en balde hay un capítulo en *La Reforma* que lleva por título “El Santo de la Reforma” en clara referencia al oriundo de Maravatío, Michoacán.

Es en el episodio intitulado *La Reforma*, que el amor, valor positivo por excelencia, aparece en repetidas ocasiones en el discurso de Ocampo, lo cual valida nuestro postulado de configurarlo como representante del pensamiento positivo:

Han aparecido en el mundo religiones y más religiones, y ninguna ha logrado dominar a todas las otras, ni reunir a la humanidad en una sola creencia; y cuando se ignora los siglos que han de transcurrir aún antes de llegar a tan apetecido resultado, ¿no debemos comenzar a preparar a la humanidad por el amor, que domina como señor sobre todos los otros sentimientos, por la benevolencia que tanto predispone en favor de quien la tiene? (Salado, 1984-III: 101)

A través de esta referencia vemos que además de impulsar el amor como nuevo cimiento de la sociedad positiva, se habla de otro valor importante para el positivismo, la libertad de conciencia, misma que será impulsada durante el Porfiriato.

Ocampo es un visionario, va más allá del plano inmediato, pues otra de sus intenciones, que corre paralelamente con el ideario positivista, es la creación de una burguesía, lo cual se lograría con la movilización de los bienes estancados por los sectores teológicos:

Esas tierras eriazas, esas haciendas, esos caserones que ocupan la parte mejor de las ciudades, deben volver a la propiedad de la nación, de cuyo poder salieron... Hay que desamortizar esos bienes, y luego de desamortizados podemos calcular el gran número de gentes a quién van a favorecer, los negocios se van a vigorizar, la vida que van a impartir a todo el organismo nacional. (Salado, 1984-III: 102)

Ocampo no fue un incendiario, a diferencia de Ignacio Ramírez, buscó la conciliación y darle a cada quien su lugar correspondiente. A pesar de que pareciera ser un personaje que

afectó a la iglesia, jamás estuvo en contra de la religión,⁴¹ por el contrario, trabajó a favor de la libertad de conciencia.

Tras una breve mención sobre el espíritu positivista de Melchor Ocampo, volvamos al rastreo del estadio positivo en los *Episodios* saladinos. Como ya lo señalamos en repetidas ocasiones, hubo intentos –como el de Comonfort– de instaurar un estadio intermedio entre el teológico y el metafísico, pero ello no fue posible, sino hasta después del Segundo Imperio, cuando el bando teológico quedó sumamente debilitado como para que se lograra la implantación de un estadio de corte positivo.

Incluso el Segundo Imperio como tal puede señalarse como un intento más de este estadio híbrido. Josefina Fernández, en *La corte de Maximiliano*, lo comenta de esta manera en alusión a José María Lacunza Blengio, el político mexicano que también participó en faenas literarias, entre ellas la Academia de Letrán:

Lacunza era gordo, chaparrón, bien dado, con panza y papada a estilo de persona satisfecha de la vida y de la situación. Liberal moderado, hombre instruídísimo, orador no exento de gallardía, administrador honrado y fiel, en aquellos días representaba al partido llamado por antonomasia *maximilianista*, es decir, al que sin arrimarse resueltamente a los conservadores ni a los chinacos, miraba la persona del príncipe como bandera que simbolizaba la patria, el Gobierno y todo lo más elevado y grande; sistema cómodo y nada ocasionado a equivocaciones que ha sido *imitado después con fruto muy grande por gentes más avisadas que los pobres maximilianistas*. (Salado, 1984-V: 726-727; resaltado nuestro)

El tiempo de la enunciación de Josefina Fernández de Ubiarco transcurre en los primeros años del siglo XX, por ello resaltamos algunas palabras en la referencia anterior, pues detectamos que está aludiendo al régimen porfirista, lo califica como un estadio positivo, donde sí se logró la conciliación y unidad, puesto que los grandes partidos radicales

⁴¹ “Y sin embargo, dijo don Melchor, la religión es condición necesaria de las sociedades; una agrupación humana que no mira arder en su hogar, junto a la piedra que le recuerda a sus antepasados, la lámpara que le recuerda a sus dioses, es una agrupación de *bárbaros*, una horda *salvaje*, y sin vida *civilizada* posible... Lo malo es el abuso, la simonía so pretexto de sumisión al dogma; la expoliación y la ignorancia del infeliz so pretexto de la alteza de lo que se enseña... En cambio, luego que estas leyes se expidan, verás renacer todo, prosperar todo: el clero en su lugar, el Estado en su sitio, las conciencias apaciguadas, la libertad triunfante y yo pudiendo volverme a mis *dulcia, dulcissima arva*, que he dejado por servir a mi patria....” (Salado, 1984-III: 85; resaltado nuestro) Elegimos destacar tres palabras que son parte de la jerga evolucionista que dominó el pensamiento científico de la época: salvajismo, barbarie y civilización eran las etapas que debían recorrer los grupos sociales en aras de coronar su trayecto hacia la etapa civilizada; en los *Episodios nacionales mexicanos*, en varias ocasiones se utilizan estos términos para dar realce o denostar a cierto grupo o personaje.

ya no predominan, sino que todo el país se aglutina alrededor de la figura de un caudillo, en este caso Porfirio Díaz.

Siguiendo con la búsqueda de elementos que nos permitan sustentar la hipótesis de apreciar el Porfiriato como el estadio positivo, a partir de los discursos presentes en los *Episodios nacionales mexicanos*, en el episodio que lleva por título *La emigración*, aparece un personaje fundamental para la implantación del positivismo en suelo mexicano: Pedro Contreras Elizalde, quien fue discípulo de Augusto Comte en Francia y es considerado el primer positivista mexicano.

Elizalde, a quien le apodan “el parisiense”, es parte del contingente al que se le puso por sobrenombre: “la familia enferma”, compuesto por Benito Juárez y su comitiva en huida hacia el norte, ante el avance imperialista. En un descanso del largo y desértico trayecto que recorrió este grupo en la ruta entre Nuevo León y Chihuahua, Pedro Contreras intenta difundir su mensaje entre la tropa:

Elizalde se encontró a un grupo de soldados y con ellos puso cátedra explicándoles como no hay en el mundo cosa superior a los derechos del hombre, hierba betónica que cura las dolencias de este mundo y del otro.

- Sabed, explicaba Contreras, que sobre la sujeción militar, sobre la disciplina y sobre la subordinación al gobierno a quien se sirve, está la libertad del hombre, dueño y señor del mundo. *Prima* el hombre sobre el patriota; *prima* el hombre sobre el soldado; *prima* el hombre sobre el partidario de este o aquel credo político, religioso o económico. (Salado, 1984-VII: 214-215)

A pesar de no tener mucho éxito entre los “Juanes”, como se denominó a los soldados de la época, Contreras Elizalde predica justamente lo que será la base del ideario del Porfiriato, época en la que la libertad, especialmente la libertad de conciencia, será sagrada y fundamento del renovado contrato social, es decir, aún en el estadio metafísico ya se están construyendo los puntales del estadio positivo.

Uno de los personajes celeberrimos del estadio metafísico, como lo es Benito Juárez, también es responsable de difundir el ideario positivo, donde uno de los principales valores es la familia. También en *La emigración*, el Benemérito de las Américas dialoga con José Brambila y lo encausa a abandonar su licenciosa vida y marchar por el camino recto, lo cual logrará forjando una familia pues: “La familia, dijo Juárez con fruición, es la fuente de mayor goces para el hombre bueno.” (Salado, 1984-VII: 343) Luego del exhorto juarista, Brambila espabila y opta por enmendar el camino:

Al entrar oyó una vocecita dulce y grata que salía a recibirle y que repetía con sonsonete las primeras palabras del Catón Sensorino: <<Christus: A, B, C.>> Se le llenaron a Pepe de lágrimas los ojos y comprendió que la fórmula del triunfo en los días venideros había de ser aquel modesto A, B, C, que aprendía el niño entre balbuceando y titubeando.

Y entró al cuatro y estrechó en un mismo abrazo a Cristina, que simbolizaba la vida sencilla, recatada y laboriosa, y a Nacho, que era el porvenir claro y bello –el porvenir por la instrucción, por el trabajo, por la verdad. (Salado, 1984-VII: 360-361)

La educación, el esfuerzo, la libertad, el trabajo, la familia, entre otros son los valores que difunde el positivismo, algunos de los cuales están inmersos en la cita recién transcrita. Estos valores serán el pan de cada día para la nueva generación, responsable de recoger los frutos que arrojará el sacrificio metafísico.

El relevo generacional que simbolizan tanto Nacho, hijo de Cristina y José Brambila, como Miguelito, hijo de Miguel Caballero de los Olivos y Eugenia Jecker, representa la transición entre los estadios metafísico y positivo.

De nueva cuenta, hemos dejado casi al final de este apartado la figura de Porfirio Díaz, para realizar algunos apuntes sobre su papel en el estadio positivo, recordando que la forma de gobierno propia de este estadio será la de un estado social, aunque en el particular caso mexicano esto se concretó gracias a la aglutinación de todos los sectores en torno a un caudillo.

Temprano en los *Episodios nacionales mexicanos* se clama por la presencia de un dictador fuerte. Alrededor de 1850, en plática entre Juan Suárez y otro mando conservador, se consigna esta demanda en el episodio *Su Alteza Serenísima*:

En cambio yo no opino así: hay que apretar, pero no ahogar. Yo, usted lo sabe bien, he pensado siempre que aquí se necesita un brazo fuerte; pero usted me lo perdona, ese brazo no puede ser el del soldado de Veracruz, que aquí tiene poderosos enemigos. Vendría mejor un jefe tan bien querido que aplacara todos los odios; tan hábil, que supiera atraerse todas las voluntades; tan valiente, que mantuviera a raya a todos los disidentes; tan instruido, que en el extranjero se le viera con respecto, y tan lleno, en fin, de cualidades, que operara la fusión de todos los partidos. (Salado, 1984-I: 133)

Como vemos, la descripción es la de un líder carismático, aglutinador, por lo que Santa Anna no cumple con las características que el momento demandaba, no obstante, el “Héroe de Tampico” sí ocupó el mando nacional, pero con resultados negativos que se tradujeron en el declive del estadio teológico.

Por el contrario, años después, Porfirio Díaz va a cumplir con todos los requerimientos que marca la pasada referencia: aplacó los odios y a los disidentes los controló –aunque lo hizo a través de una represión feroz–, logró dotar a México de personalidad internacional –afrancesando el país– y atrajo hacia sí todas las voluntades, fusionando todos los partidos, tanto el liberal como el conservador, haciendo a un lado las tendencias radicales, como el jacobinismo.

También en *De Santa Anna a la Reforma*, específicamente en el apartado “Estafeta social y política” del episodio *Memorias de un polizonte*, se descarta a Juan Álvarez como el caudillo que logre la unión nacional, pues a pesar de ser un ferviente liberal-metafísico y un héroe de la época independentista, aún tiene rasgos propios del estadio teológico, como una personalidad despótica:

Tiene dos lados bajo los cuales puede considerársele –como si dijéramos el lado divino y el lado humano; – es un patriota y un liberal de buena cepa, un resto venerable de nuestras épicas luchas por la independencia; pero también tiene el prurito de la dominación y el deseo del mando. En su comandancia del sur no llega a moverse la hoja del árbol sin que él dicte las órdenes relativas, y tiene empeño en que todo el mundo lo mire como el dueño indiscutible de toda la comarca. (Salado, 1984-I: 312)

Como ya lo comentamos, Díaz aparece con las características de un líder metafísico, pero también con los arrestos necesarios para que su personalidad evolucione hacia el estadio positivo. Esta idealización del caudillo, de tan sólo 32 años, contempla tanto su físico como su condición moral, como lo vemos en *Puebla*, donde, sin importar su aparente debilidad exterior, el ascendente de Díaz hacia la tropa no tiene punto de comparación.

Siguiendo la idea de la búsqueda de un líder positivo para el país, en *Porfirio Díaz* encontramos que Díaz es el responsable de reemplazar al caudillo suriano por antonomasia, Juan Álvarez. Díaz se convierte en heredero del héroe independentista, gracias a su carisma y a su capacidad para atraerse voluntades:

Pancho logró comprobar entonces cuánto era el ascendente que disfrutaba Porfirio entre la gente suriana, y el poderoso magnetismo que poseía para atraerse las voluntades. Indios que no entendían palotada de lo que era patriotismo, que a lo más sabían por sus ancianos la existencia de un rey dueño de vidas y haciendas y que no solían moverse sin la orden, o, por lo menos, sin el beneplácito de Tata Juan, seguían a aquel mozo de tez tostada, de ojos brillantes como carbones encendidos y de voz que cuando aconsejaba era dulce y grata, y cuando se imponía, tonante, ríspida y dura como el sonar del

hacer contra el acero en el momento de chocar las hojas para emprender el combate. (Salado, 1984-VI: 157)

Con ello podemos argumentar que las grandes personalidades del estadio liberal dejaban su lugar de preeminencia a quienes representan al estadio positivo.

Como expusimos páginas atrás, Díaz reorganizó al maltrecho Ejército de Oriente, el cual renació con cinco elementos, pero a los cuales se les impuso una estrecha disciplina, basada en valores positivista como lo son la patria, el respeto, el trabajo, el amor y la libertad, situación que el caudillo replicará cuando le toque el turno de mandar no sólo a una tropa, sino a todo el país:

Y allá comenzó la tarea de caudillo, de demostrar a la gente que todos y nadie eran dueños de los fondos; que cuanto se recogiera había de pertenecer a una entidad llamada ejército y a otra superior que se decía patria; que se habían de ver como sagradas la tienda del comerciante, la cosecha del labrador, el atajo del arriero, la persona del particular y el pudor de la doncella; y en fin, que había que ser valientes en el combate, incansables en la persecución, nobles en la victoria, humanos con el vencido, inflexibles con el criminal y llenos de respeto para la propiedad del extraño y de amor para los que ministraban recursos. (Salado, 1984-VI: 151)

En los *Episodios nacionales mexicanos* aparece Porfirio Díaz como un gran estratega militar y un personaje de carne y hueso que llora a sus amigos, pero es también un misionero que difunde, no sólo de manera teórica sino empíricamente, los valores positivos, por ello lo podemos señalar como el líder que habrá de encabezar el proyecto positivo que sustituya al estadio metafísico.

Para Victoriano Salado, la disciplina que supo introducir Díaz entre sus milicianos será el mayor logro: “Este evangelio de civilización, de cristianismo y de bien, había de tardar algún tiempo en penetrar en el ánimo de aquella gente sorda y endurecida; pero había de penetrar al fin, y el haber conseguido que penetrara, será siempre la gloria mayor del jefe de aquel embrión de ejército.” (Salado, 1984-VI: 151)

Las palabras evangelio, civilización, cristianismo y bien, podemos vincularlas con el ideario positivo, ya que Díaz será el responsable de introducirlas en el ánimo de todo un país, no sólo de un ejército, una vez que se establezca el orden positivo, que como manera de gobierno tendrá un estado social aglutinado en torno a un caudillo.

Para cerrar este apartado en el que hemos revisado la presencia del estadio positivo en los *Episodios nacionales mexicanos*, nos gustaría agregar algo más respecto a la manera en la que una de las narradoras de la segunda serie, Josefina Fernández de Ubiarco, cae en cuenta de su error al haber apoyado la empresa imperialista.

En *La corte de Maximiliano*, una vez que en Tacámbaro es hecha prisionera de la guerrilla de Nicolás Romero, tras ser incorporada a las filas de voluntarios belgas que batallaron en territorio michoacano, travestida como Michael Van Heus, Fernández de Ubiarco compara su existencia frívola con el esfuerzo que despliegan las mujeres que apoyan a los heridos:

Confieso que al ver a Lejeune pálido y tranquilo, sentí envidia de su suerte y deseé encontrarme al paso a algún Chucho Gómez que acabara conmigo, aunque por el trabajo que tuviera que tomarse se llevara mis pobres prendas de ropa, como se había llevado las alhajas de Lejeune; pero al mirar aquella solicitud, aquella bondad, aquel ángel con que las señoras de Tacámbaro realizaban las obras del cristiano, me sentí reconciliada con la vida y pedí para esas gentes sencillas, candorosas, honradas, exentas de ambición y no contaminadas con la podredumbre del mundo, todas las bendiciones del cielo y todas las prosperidades de la tierra. Todavía al recordarlas siento llenos de lágrimas los ojos y me duele de que la adversidad no me haya traído los dones mayores que existen en el mundo: la limpieza de corazón, la pureza de intenciones y la sencillez de deseos y de miras. (Salado, 1984-V: 486-487)

Es notable el contraste entre la rapiña de algunos de los combatientes del bando republicano –aún en el estadio metafísico–, con la bonhomía de las mujeres que auxilian a los caídos –inmersas en la bondad positivista, recuérdese el rol principal que se le concede a las mujeres en esta doctrina–.

Desde el tiempo de la enunciación, Josefina Fernández se duele de no haber podido compartir los valores positivos de estas mujeres, tales como la caridad, el altruismo, la candidez y el amor, no obstante, se contagia de estos valores y cae en cuenta de su equivocado camino, el cual enmendó a partir de ese momento, pues en el episodio *Querétaro* la vemos ayudando a los heridos del sitio y, en San Luis Potosí, abogando por la vida de Maximiliano.

La toma de conciencia por parte de Fernández de Ubiarco corre de manera paralela a la madurez del país, puesto que 1867 es el año en el que cae el proyecto imperialista-teológico y se consolida el estadio metafísico-liberal, del cual surgirá el estadio positivo.

A pesar de su filiación conservadora-teológica, uno de los personajes de primera línea, Miguel Miramón, tiene un papel fundador respecto al estadio positivo, ya que en

Querétaro, en los momentos previos a su muerte, le pide a su esposa Concha: “Que le quite a Miguel [su hijo] cualquier idea de venganza...” (Salado, 1984-VII: 682), con lo cual contribuye al nuevo ambiente de paz que caracterizará a dicho estadio, una vez que las personalidades metafísicas sean relegadas por las positivas.

Al final de *El plan de pacificación*, Juan Pérez de la Llana, personaje menor y narrador principal en la serie *De Santa Anna a la Reforma*, expone la manera en la que se ha concretado el estadio positivo, simbolizado en la casa de sus padrinos:

Tuve el dolor de perder a mis bondadosos padrinos, don Crescencio y doña María Antonia a fines del setenta; dos meses nada más sobrevivió la excelente señora a su dignísimo esposo el mayorazgo; pero uno y otro tuvieron el placer de ver levantada su casa al ápice de su primitivo lustre y esplendor, debido a mi previsión, mi economía y mi buena voluntad, ayudada por la excelente disposición de mis dos cuñados Crescencio y Ramón, que hallaron una fórmula que zanjaba maravillosamente sus diferencias en política: el trabajo, el trabajo bendito, fuente de la conformidad, la alegría y la riqueza. (Salado, 1984-III: 443)

Anteriormente comentamos que Crescencio Lares tenía una personalidad plenamente teológica, caracterizada en parte por su afición a la heráldica y a los títulos nobiliarios, por lo que su casa y persona perdieron cierta parte de su esplendor con el advenimiento del estadio metafísico-liberal.

Sin embargo, el estadio positivo es, hasta cierto punto, una vuelta al orden antiguo, busca retomar elementos del *ancien régime* pero bajo la égida de la burguesía, ya no de una realeza. La casa Lares, que fue salvada de la destrucción liberal por Juan Pérez de la Llana, es restablecida gracias al esfuerzo de este mismo personaje. La casa simboliza el progreso de México a través de cambios evolutivos, no revolucionarios, ya que pasó tanto por los estadios teológico y metafísico, y ahora se encuentra en el positivo.

El valor positivista por antonomasia es el trabajo, además de ser la clave para dejar de lado las diferencias políticas, para acabar con el fratricidio generado por las guerras intestinas entre los partidos liberal y conservador, con lo cual en los *Episodios nacionales mexicanos* se le promueve pues es también la manera en la cual se podrá ascender en la escala social, tal como lo hizo Juan Pérez, ya que el estadio social positivo brinda oportunidades a todos de enriquecerse, siempre y cuando se adhieran a la fórmula básica del trabajo.

Conclusiones.

Gracias a los elementos comentados en el grueso de este trabajo, reafirmamos el carácter liminal de los *Episodios nacionales mexicanos*, así como el hecho de que las dos series que los conforman pueden ser equiparadas a los estadios que Comte plantea como teológico y metafísico, mientras que el estadio positivo sería la realidad porfirista, una supuesta época de paz, plenitud, progreso e igualdad.

Cabe hacer mención que dejamos muchas ideas en el tintero, como lo son las múltiples referencias al Quijote o a Dumas, o la intertextualidad que Salado Álvarez plasma al titular su obra tal como lo hizo otro maestro de la novela histórica, el español Benito Pérez Galdós. Esta relación no sólo se debe a la nomenclatura de los textos, sino a que la apuesta de Victoriano Salado, como ya lo señalamos, era respetar y dar continuidad a la tradición hispánica en materia literaria, en el momento en que los modernistas, inspirados en los modelos decadentistas de origen francés, ya habían asaltado y dominaban el plano literario.

El hecho de que Salado dé a su obra el título de *Episodios nacionales mexicanos* no es gratuito,⁴² ya que con ello hace una declaratoria de la bandera literaria que defiende. Pero Victoriano no es sólo un seguidor de las pautas galdosianas, sino que las reformula y enriquece, ya que va más allá del modelo propuesto por el escritor español, al plasmar la totalidad de una época, no sólo los momentos históricos de gran trascendencia, y dando cabida a la expresión de los diversos bandos que se confrontaron.

Para ejemplificar la principal diferencia entre los episodios de estos autores, equipararemos al episodio galdosiano con un fresco, enfocado a una escena específica. Por su parte, el episodio saladino, en particular, también retrata escenas específicas, pero si uno continúa la lectura de la serie podrá ver la estructura mayor a la que pertenece, que sería la de un biombo, donde refiere lo que pasó en la totalidad de una época, por ende, tiene una capacidad para abarcar momentos históricos mayores, además de que también relata lo referente a momentos específicos.

Como hemos visto, Salado Álvarez realiza con maestría la labor de fusionar en un solo discurso elementos históricos y ficcionales, lo cual realiza a través de relatos de personajes específicos –por ejemplo, un ente ficticio como Juan Pérez, en la primera serie, mientras que en la segunda recordamos a Josefina Fernández, que fue parte de la empresa del Segundo Imperio, pero no dejó testimonios al respecto, la construcción de los mismos la lleva a cabo Salado– que caminan a la par del devenir histórico, es decir, la poética saladina consiste en la narración de historias personales en el marco de la configuración del paradigma nacional.

A la par de esta nueva poética saladina, que caracterizamos como híbrida, liminal, está la presencia del discurso positivista en los *Episodios nacionales mexicanos*, ya que valores como el amor, el trabajo, el respeto y la veneración a la mujer son el cimiento de la nueva sociedad, tal como lo propuso Augusto Comte y otros autores que disertaron en torno a este sistema filosófico, lo que refrenda la idea de apreciar a Victoriano Salado Álvarez como un hombre conocedor del positivismo y defensor del mismo, ya que este sistema fue el desarrollado durante el Porfiriato.

⁴² “Un episodio nacional es un microgénero de la novela histórica que presenta un sistema de índices formales, semánticos y pragmáticos que funcionan como referente para escritos posteriores. El episodio nacional representa una renovación de la novela histórica que puede servir como una fuente de información.” (Jiménez, 2007: 83)

Para finalizar, quisiéramos comentar que esta investigación nos deja un grato sabor de boca, ya que son muchas las aristas que pueden trabajarse más adelante, hay un sinfín de elementos que deben ser analizados en torno a los *Episodios nacionales mexicanos*. Con este trabajo, quisimos contribuir al rescate de un escritor que fue autoridad en su tiempo pero que hoy en día es poco conocido, por lo que pesquisas de esta naturaleza permitirán que su legado vaya siendo difundido y transmitido a las nuevas generaciones, que por medio del acercamiento a estas obras podrán tener un beneficio doble, ya que accederán, como señala la página de presentación de los *Episodios*, a una narración amena e instructiva, es decir, se revivirá el tópico de enseñar deleitando, por lo que se cumplirán las funciones lúdica y didáctica de la literatura.

Referencias

- Álfaro Vargas, Roy (2005). “Relación literatura-sociedad. Una aproximación teórica”, en *Revista de Ciencias Sociales (Cr)*, Vol. II, N° 108, Costa Rica, Universidad de Costa Rica.
- Almela Boix, Margarita (2006). “La novela histórica española durante el siglo XIX”, en Morales Jurado, José [coordinador] (2006). *Reflexiones sobre la novela histórica*. España, Universidad de Cádiz.
- Aragón, Agustín (1972). “A los lectores de la Revista Positiva”, en Villegas, Abelardo (1972). *Positivismo y porfirismo*. México, Secretaría de Educación Pública.
- Arciniega Cervantes, Margarito (2005). *La obra periodística de Victoriano Salado Álvarez* [Tesis de maestría]. México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, Historia.
- Barreda, Gabino (2010). “Oración cívica”, en Sosa, Ignacio [prólogo y selección] (2010). *El positivismo en México: antología*. México, Universidad Autónoma del Estado de México.
- Barrientos, Juan José (2001). *Ficción-historia: la nueva novela histórica hispanoamericana*. México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Calvelo, Patricia Alejandra (2001). “El arte de amar de Ovidio: una lectura sociocrítica”, en *Cuadernos de la facultad de Humanidades y Ciencias Sociales*, N° 16, Argentina, Universidad Nacional de Jujuy.
- Clark de Lara, Belem (2005). *La república de las letras. Asomo a la cultura escrita del México decimonónico. III Galería de escritores*. México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Comte, Augusto (2000). *La filosofía positiva*. México, Porrúa.
- Cros, Edmond (1986). *Literatura, ideología y sociedad*. España, Gredos.
- Del Valle-Arizpe, Artemio (1944). *Don Victoriano Salado Álvarez y la conversación en México*. México, Jus.
- Díaz-Polanco, Héctor (1983). *Las teorías antropológicas 1. El evolucionismo*. México, Línea.
- García Barragán, María Guadalupe [estudio preliminar] (2004) *Victoriano Salado Álvarez, crítico de Federico Gamboa*. México, Colegio de Jalisco / Universidad de Guadalajara.

- Franco, Jean (1988). *Lectura sociocrítica de la obra narrativa de Agustín Yáñez*. México, Unidad Editorial.
- Gómez Rufo, Antonio (2006). “La novela histórica como pretexto y como compromiso”, en Morales Jurado, José [coordinador] (2006). *Reflexiones sobre la novela histórica*. España, Universidad de Cádiz.
- Jiménez, Francisco (1974). *Los episodios nacionales de Victoriano Salado Álvarez*. Trad. de Nicolás Pizarro. México, Diana.
- Jiménez Marce, Rogelio (2007). “Historia y literatura en Su Alteza Serenísima de Victoriano Salado Álvarez”, *Takwá*, N° 11-12, primavera-otoño, México, Universidad de Guadalajara / Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades.
- Larroyo, Francisco [proemio, estudio introductorio, selección y análisis de los textos] (2000) en Comte, Augusto (2000). *La filosofía positiva*. México, Porrúa.
- Lukács, Georg (1977). *La novela histórica*. Trad. de Jasmin Reuter. México, Era.
- Mbarga, Jean-Claude (2004). “Sociocrítica de los aparatos ideológicos del Estado y de los aparatos represivos del Estado en *Miau*, de Benito Pérez Galdós”, en *Opción*, Vol. 20, N° 43, Venezuela, Universidad del Zulia.
- Mata, Oscar (2010). <<“Un caballero del antiguo régimen”: don Victoriano Salado Álvarez>>, en *Temas y variaciones de literatura*, N° 34, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Azcapotzalco.
- Martínez, José Luis (s./a.). “Victoriano Salado Álvarez (1867-1931)”, Academia Mexicana de la Historia.
http://www.acadmexhistoria.org.mx/miembrosANT/res_v_salado_alvarez.pdf
- Mendieta y Núñez, Lucio (1961). *Homenajes: Augusto Comte, Emilio Durkheim, Manuel Gamio*. México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Menton, Seymour (1993). *La nueva novela histórica de la América Latina, 1979-1992*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Mill, John Stuart (1972). *Augusto Comte y el positivismo*. Argentina, Aguilar.
- Mitlich Osuna, Ana Consuelo (2010). *El gótico en la novela histórica mexicana del siglo XIX* [Tesis de licenciatura]. México, Universidad de Sonora, Departamento de letras y lingüística, Letras hispánicas.

- Molina Enríquez, Andrés (2010). “El secreto de la paz porfiriana”, en Sosa, Ignacio [prólogo y selección] (2010). *El positivismo en México: antología*. México, Universidad Autónoma del Estado de México.
- Montés, Cristián (2012). “Las novelas de la oligarquía chilena de Grínor Rojo”, en *Acta Literaria*, N° 45, Chile, Universidad de Concepción.
- Mora, Sonia Marta [reseña] (1988). “Edmond Cros: *Literatura, ideología y sociedad*”, en *Revista Iberoamericana*, Vol. LIV, N° 144-145, Estados Unidos, Universidad de Pittsburgh.
- Morales Jurado, José [coordinador] (2006). *Reflexiones sobre la novela histórica*. España, Universidad de Cádiz.
- Morán Quiroz, Hilda Mercedes (2007). “Sociocrítica: ¿versatilidad, caos o complejidad?”, en *Estudios sociales*, N° 1, México, Universidad de Guadalajara.
- Negrín, Edith (1993) “Edmond Cros: de la sociología de la literatura a la sociocrítica”, en *Literatura mexicana*, Vol. 4, N° 1, México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Palerm, Ángel (1986). *Historia de la Etnología 2. Los evolucionistas*. México, Alhambra / Universidad Iberoamericana.
- Palomera Ugarte, Luz (1990). *Los Nocturnos de Xavier Villaurrutia (un análisis sociocrítico)*. México, Universidad de Guadalajara.
- Parra, Porfirio (2010). “Consecuencias de la Reforma”, en Sosa, Ignacio [prólogo y selección] (2010). *El positivismo en México: antología*. México, Universidad Autónoma del Estado de México.
- Pereira, Armando [coordinador] (2004). *Diccionario de literatura mexicana: siglo XX*. México, Coyoacán / Universidad Nacional Autónoma de México.
- Pérez Daniel, Gustavo Heron (2004). *Análisis estructural y propuesta sociocrítica sobre Historia del Lontananza de David Toscana* [Tesis de maestría]. México, Universidad Autónoma de Nuevo León, Facultad de Filosofía y Letras, Letras españolas.
- Raat, William Dirk (1975). *El positivismo durante el porfiriato*. México, Secretaría de Educación Pública.
- Rabasa, Emilio (1972). “Efecto moral del periodo de paz”, en Villegas, Abelardo (1972). *Positivismo y porfirismo*. México, Secretaría de Educación Pública.

- _____ (2010). “La dictadura democrática”, en Sosa, Ignacio [prólogo y selección] (2010). *El positivismo en México: antología*. México, Universidad Autónoma del Estado de México.
- Rojas Garcidueñas, José (1968). “Don Victoriano Salado Álvarez como diplomático”, en *Historia mexicana*, vol. 17, N° 4, México, El Colegio de México.
- Salado Álvarez, Victoriano (1984). *Episodios nacionales mexicanos / tomos I-VII*. México, Fondo de Cultura Económica / Instituto Nacional de Bellas Artes / Instituto Cultural Cabañas.
- Sánchez Robles, María Guadalupe (2000). “La autobiografía y el periodismo en los *Episodios nacionales mexicanos* de Victoriano Salado Álvarez”, en *Sincronía: Revista electrónica de Estudios culturales*, verano 2000. México, Universidad de Guadalajara.
- _____ (2003). “El conflicto educativo en los *Episodios nacionales mexicanos* de Victoriano Salado Álvarez”, en *Sincronía: Revista electrónica de Estudios culturales*, verano 2003. México, Universidad de Guadalajara.
- _____ (2005). “Polifonía narrativa en la novela histórica *De Santa Anna a la Reforma* de Victoriano Salado Álvarez”, en *Connotas. Revista de crítica y teoría literarias*, vol. III, números 4-5. México, Universidad de Sonora.
- _____ (2007). *De Santa Anna a la Reforma: discurso novelístico y recreación de la historia*. México / Francia, Universidad de Guadalajara / Institut International de Sociocritique.
- _____ (2014). “Los Episodios Nacionales Mexicanos” en *La Jornada semanal*. México, 25 de mayo de 2014, número 1003. <http://www.jornada.unam.mx/2014/05/25/sem-maria.html> [Consultado el 12 de enero de 2015]
- Sierra, Justo (1972). “La era actual”, en Villegas, Abelardo (1972). *Positivismo y porfirismo*. México, Secretaría de Educación Pública.
- _____ (2010). “Juárez, su obra y su tiempo”, en Sosa, Ignacio [prólogo y selección] (2010). *El positivismo en México: antología*. México, Universidad Autónoma del Estado de México.
- Sosa, Ignacio [prólogo y selección] (2010). *El positivismo en México: antología*. México, Universidad Autónoma del Estado de México.
- Van Gennep, Arnold (2008). *Los ritos de paso*. España, Alianza Editorial.

- Villegas, Abelardo (1972). *Positivismo y porfirismo*. México, Secretaría de Educación Pública.
- Vital, Alberto (2002). *Un porfirista de siempre: Victoriano Salado Álvarez 1867-1931*. México, Universidad Nacional Autónoma de México / Universidad Autónoma de Aguascalientes.
- _____ (2005). “Victoriano Salado Álvarez”, en Clark de Lara, Belem (2005). *La república de las letras. Asomo a la cultura escrita del México decimonónico. III Galería de escritores*. México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Yilian-Castro, Lederlys Eng (2012). “La sociología y la literatura. Una aproximación a sus relaciones”, en *Santiago*, N° 128, Cuba, Universidad de Oriente.
- Zea, Leopoldo (1985). *El positivismo y la circunstancia mexicana*. México, Fondo de Cultura Económica.
- _____ (2002). *El positivismo en México: nacimiento, apogeo y decadencia*. México, Fondo de Cultura Económica.